

El Robo más Sencillo del Mundo

Alien Carraz

ALIEN CARRAZ



el **robo** **más**
sencillo **del**
mundo

Capítulo 1

La casualidad lo había puesto a descubrir lo que ocurría al interior del laboratorio el día aquel que su jefe del garaje, donde trabajaba ocasionalmente, le pidió que fuera a comprar un galón de ácido cítrico para limpiar unas piezas metálicas.

Al entrar al área de recepción del laboratorio y mientras se encaminaba al mesón de atención al cliente, ocurrió que el hombre que venía justo detrás de él cargando unos envases plásticos, no se percató del lápiz en el piso. En el instante en que puso un pie sobre el lápiz, se precipitó de espaldas al suelo. Los envases se escaparon de sus manos, volaron por el aire y finalmente se reventaron en el piso. El tipo se demoró más en caer que en levantarse. Pegó un salto y se subió en la primera silla que encontró.

Un líquido amarillento y humeante se desparramó por todo el salón. Alfredo, escuchó la imprecación del tipo al momento de resbalar, pero al darse vuelta para ver lo que estaba sucediendo ya tenía los zapatos y parte de sus pantalones cubiertos por un líquido humeante. El vapor tóxico le hizo cubrirse la boca con las manos, y de un brinco se metió por la primera puerta que tuvo a su alcance.

Los tres tipos de las batas blancas se quedaron petrificados ante la violenta irrupción del hombre en la sala. Alfredo, reaccionó presto para mostrarle sus pantalones y zapatos

Lo siento, pero alguien desparramó un líquido allá afuera... y no es bueno

Uno de los hombres, al percibir el olor, le gritó, señalando con la mano

¡Es ácido clorhídrico!... Métase en ese baño, primero lávese en la ducha y después se quita los zapatos y la ropa de inmediato... ¡Apure!

Los ojos siempre ávidos de Alfredo, se pudieron percatar de la bolsa repleta de fajos de billetes que había sobre la mesa.

¡Son dólares... miles de dólares! - se dijo dominado por la excitación

Calculadamente, juntó la puerta del baño sin cerrarla por completo. Después, se metió en la ducha, lavó rápidamente los zapatos y los pantalones antes de quitárselos, y luego, tras secarse a toda prisa con una toalla que encontró colgada, se fue a mirar a través de la puerta entreabierta.

Vio cuando uno de los hombres intentó levantar la mesa de un lado y, sin

embargo, no logró moverla

Claudio, no levanta - exclamó el hombre

Dale de nuevo al botón...

El hombre metió la mano debajo de la mesa

Uno, dos, tres... pausa... uno, dos – repitió en voz alta

Se oyó el *click* de un mecanismo

Después, el hombre levantó un lado la mesa cuyas patas estaban adheridas a un rectángulo del piso que dejó al descubierto un hueco del mismo ancho y largo de la mesa donde metió la bolsa.

Alfredo, con los ojos abiertos de par en par, luchaba por controlar la emoción que le hacía sentir un cosquilleo por todo su cuerpo.

Las maniobras de Claudio Maturana en la fabricación de productos sin certificar, el establecimiento de convenios confusos con la gente de Centroamérica, más otras artimañas suyas que sabía encubrir con todo tipo de truculencias que sus dos socios no eran capaces de vislumbrar con claridad, eran la fuente de las discordias entre ellos. Sin embargo, ambos se daban cuenta perfectamente que aquellas prácticas de Maturana eran la verdadera fortaleza económica del laboratorio y las que permitían no solo pagar las deudas millonarias, sino también depositar en sus cuentas personales buenas sumas para sostener sus privilegios como también para aquellas otras inversiones imprescindibles de la expansión y la renovación instrumental.

Ambos, sabían desentenderse muy bien de indagar demasiado en los asuntos de la empresa en los que estaba la mano de Maturana. De hecho, terminaron por dar un paso al costado en la toma de decisiones y prefirieron que fuera él quien apareciera como el único responsable ante cualquier cosa que pasara.

Alfredo, alcanzó justo a cerrar silenciosamente la puerta en el instante en que uno de los hombres preguntó por él

¿Y qué pasó con el tipo que entró al baño?

Ahí está todavía

Escuchó los golpes de nudillos en la puerta

¿Todo bien?

¡Voy!

Abrió la puerta con la toalla alrededor de su cintura

Estoy complicado – exclamó con cara de angustia - *No tengo pantalones, están empapados...*

Espere, veré que puedo conseguirle

Tres veces, pausa, y luego dos más – repitió Alfredo en su cabeza y sintió una especie de corriente eléctrica recorriéndole entero. Se sacudió la excitación que le produjo imaginar todo ese dinero en su poder y se concentró en observar el baño en detalle. Abrió la otra puerta que había y se topó con una despensa que contenía útiles de aseo. Calculó que tendría un metro de fondo y 70 centímetros de ancho. Su mente, acostumbrada a locos planes de emergencia, imaginó un fondo falso.

Después de vestirse con el overol que le trajeron, usó la pequeña cinta métrica que traía su llavero y midió con exactitud la despensa. Con su celular tomó varias fotos calculando que no le costaría nada reproducir el color del fondo. Pensó que lo mejor sería hacer un fondo que pudiera doblarse en dos. Sería más fácil tanto para llevarlo al lugar como también para instalarlo una vez adentro del pequeño espacio.

Con la excitación de todo ese dinero al alcance de sus manos, Alfredo, sufrió una noche de insomnio imaginando con todo detalle cómo haría para volverse millonario y dejar esa *ciudad de mierda* para irse a disfrutar de la vida en alguna isla paradisíaca con una nativa de ojos cariñosos, curvas deliciosas y una piel perfumada con olor a coco. Le daban estertores con solo imaginárselo.

Esta vez, no quería cometer ningún error. Como tampoco quería que ninguna parte de su plan pudiera echarse a perder por culpa de algún *compinche estúpido*, tal como le había ocurrido con el último asalto fallido que lo puso en la cárcel.

Su cómplice - mientras él se afanaba haciéndole un boquete a la caja fuerte - había descubierto el bar de la casa y, tras zamparse de un golpe una buena porción de una botella de Johnnie Walker Blue Label, había terminado tropezándose con el cable de una lámpara de pie y con toda su humanidad sobre la mesa de cristal que se hizo añicos. Con el estruendo se despertaron los empleados, los dueños de casa y las alarmas que empezaron a resonar como si estuvieran anunciando la llegada de

algún meteorito y el fin de la humanidad.

No alcanzó ni a apagar la antorcha sobre la caja fuerte cuando un par de pistolas le apuntaban directamente a su cabeza. Su cómplice, desmayado, parecía dormir plácidamente sobre los cristales rotos.

Esta vez, haría todo él solo. Lo primero que pensó fue cómo familiarizarse con todo lo que ocurría al interior de laboratorio. Para eso, analizó todas sus posibilidades con el asunto de la devolución del overol. Se dijo que ese era el momento clave para sacarle partido a su visita de "agradecimiento".

Con el fin de causar una buena impresión, lo llevó a la lavandería y compró una caja de cartón de color blanco en la que, una vez doblado como lo hacen en las tiendas de ropa, el overol calzaba a la perfección. Más parecía un regalo que una devolución.

Eligió ponerse el mostacho hípster de Clark Gable, que le daba un cierto aspecto de tío divertido y que, de seguro, desconcertaría un tanto a los del laboratorio. Se vistió impecablemente y se puso sus zapatos nuevos tipo Oxford de dos tonos que había conseguido de oferta en una tienda de ropa americana.

Cuando terminó de arreglarse, se parecía muy poco al modelo original.

Claudio Maturana, ingeniero químico, era un tipo que había aprendido que cada cosa tiene su afán y que cada afán tiene su momento. Siempre imaginó que el laboratorio sería un buen escalón para alcanzar la meta de alguna de sus ambiciones. Y la primera meta que logró fue la de conocer a cierto tipo de gente poderosa que estuviera dispuesta a ayudarlo a potenciar sus habilidades. No lo movía tanto el dinero ni los deseos de hacerse de cosas. Lo que verdaderamente lo motivaba era el gusto por hacer de las capacidades de la química el instrumento más relevante para obtener poder, dominio y para lograr convertirse en alguien a quien la gente le tuviera respeto y admiración. Le fascinaba sentir la atención y cortesía que le brindaban algunos de aquellos poderosos cuando en sus reuniones secretas les exponía las espectaculares posibilidades de algunas aleaciones. Sus expresiones de asombro le llenaban de orgullo y placer.

Claudio Maturana, era una persona especialmente soberbia, pero que sabía perfectamente, ante cualquier público ajeno a sus negocios, cubrir con una refinada fachada todos aquellos rasgos de su personalidad megalómana.

La mujer de recepción lo miró con cierto recelo y recibió la flor con una

mueca parecida a una sonrisa.

Buen susto pasamos aquel día con el ácido... ¿Verdad? - exclamó él haciéndose el desentendido de la mirada de interrogación de la recepcionista

¡Oh, sí...ahora lo recuerdo!... ¡Muchas gracias por la flor! - sonrió abiertamente, aunque seguía sin reconocerlo en lo más mínimo - *¿Cómo está usted?*

Aquí me tiene...Vine para agradecerle todas sus atenciones, y también para darle las gracias y a hacerle entrega de esta caja a don Claudio Maturana, el hombre que me ayudó a sacarme el ácido de encima...

Ah, qué bien... Estee... déjeme ver si don Claudio está disponible en este minuto... - levantó el auricular - *¿Cuál era su nombre?*

Alfredo Cifuentes

Don Claudio, está aquí el señor Alfredo Cifuentes, que es la persona que estuvo involucrada en el incidente del ácido del otro día... ¿Se acuerda?... Bueno, él está aquí y quiere hablar con usted...

Levantó la vista para brindarle una mecánica sonrisa

Me dice don Claudio que si lo puede esperar unos minutos. Está en una junta...

Sí, claro, no hay problema, dígame que, encantado...

Tras colgar, la mujer le señaló la sala adjunta

Si gusta, puede sentarse en aquel vestíbulo

Notó que la recepcionista se había puesto seria y parecía querer centrarse en sus asuntos

Se recostó en un sillón y se puso a mirar a su alrededor a través de los dedos de sus manos cubriéndole la frente y los ojos, como si estuviera haciéndose un masaje con sus pulgares en las sienes. Buscaba algún aparato de vigilancia. Se dio cuenta que no había cámaras de seguridad.

Se había preguntado repetidamente qué hacía una bolsa llena de dólares en un laboratorio como ese. Por su cabeza pasaron imágenes de alguna organización delictiva con una empresa de fachada. Sin embargo, le pareció que aquel lugar se veía muy poco custodiado para ser algo como eso y para mover tanto dinero. Algo raro había en todo aquello, pero por más vueltas que le daba, no podía dar con alguna respuesta que le

pareciera medianamente lógica.

¿Será que son solo unos idiotas que no saben del peligro que significa andar poniendo bolsas de plata debajo de una tonta mesa?

Lo otro que lo intrigaba era justamente aquella mesa y su absurdo escondite pretendiendo ser una especie de caja fuerte o algo parecido

¡Ja, qué estupidez!

De pronto, apareció la mujer de recepción que con una seña le indicó seguirle. Fueron hacia la misma oficina que él ya conocía. Claudio Maturana, hablaba por teléfono sentado tras la mesa. Alzó una mano a modo de saludo y le hizo una seña para que ocupara la silla en frente suyo.

No, hermano, no creo que ese cargamento deba moverse de Costa Rica... Pienso que es solo una fachada, algo que invite a hacer algún movimiento equivocado...

Alfredo, con su mejor pose de indiferencia a la conversación del hombre, sostenía la caja en sus rodillas y pensaba que aquello del "cargamento" sonaba a algo muy interesante.

Tendremos que dejar la carga en el mismo lugar. No hagamos nada nuevo. Sin embargo, dejemos que nuestros amigos piensen que nos movemos y que estamos algo inquietos...

La mente febril de Alfredo sacaba conclusiones a mil por hora

Bien, Zacarías, mantengamos todo en orden y deja que el tío aquel sienta que tiene todo bajo control. Ya sabes que es mejor tener a nuestros... contrincantes... aún más cerca de lo que ya están. Un abrazo.

El hombre extendió el brazo por encima de la mesa y le dio un insulso apretón de manos. Inmediatamente, Alfredo se dio cuenta que aquel sujeto no le daba ninguna importancia a su presencia. Junto con hacerle sentir una pizca de resentimiento, lo invadió una buena cuota de energía en forma de ganas ardientes de dejar al *idiota que tenía en frente* sin ninguna de las bolsas repletas de dinero que estarían bajo la mesa.

Claudio Maturana, trataba de recordar el incidente y a ese personaje que parecía salido de alguna película antigua. Sin embargo, desistió del intento.

¿Qué tal? ¿Cómo ha estado usted? - preguntó por decir algo

Yo, muy bien, señor. Solo vine a agradecerle su ayuda y a devolverle el overol que usted gentilmente me prestó – le pasó la caja por encima de la mesa

El hombre quedó sorprendido al ver el overol prolijamente doblado al interior de una caja impecable.

No tenía para qué molestarse tanto... ¿Alfredo... me dijo?

Sí, señor

¿A qué se dedica usted, Alfredo?

Trabajo en un taller mecánico. Claro que la mecánica no es exactamente lo mío...

¿Ah sí? ¿Y qué es, exactamente, lo suyo?

Alfredo, presintió que ahí había una oportunidad

Bueno, mi padre fue mecánico y aprendí el oficio porque él así lo quiso. Sin embargo, yo quería ser policía. Tuve la oportunidad de hacer varios cursos vespertinos en la escuela de detectives y también seguí la carrera de administración en el Instituto Profesional Hollander... - hizo una pausa. Calculaba aceleradamente lo siguiente que diría - ... Pienso que lo mío es la investigación...

La investigación... – repitió el empresario mientras hacía rebotar la goma del lápiz sobre la mesa – Interesante. O sea, usted es una especie de detective privado...

Alfredo, pensó que la oportunidad estaba más cerca que nunca

Oh, no, señor. Lo mío tiene que ver con la seguridad. O sea, la investigación al servicio de la seguridad

Ahá... - el hombre soltó el lápiz y se recostó en el respaldo de la silla - ¿La seguridad de una casa, por ejemplo?

Sí, señor... o de una fábrica... o de una empresa... - agregó, calculadamente

Ahá... bien... muy bien - tomó el auricular del teléfono sobre la pequeña mesa adjunta – Permítame un minuto.

Pedro... ¿Puedes venir?... Bien...

Mire, Alfredo, hace algún tiempo que estamos dándole vueltas a un tema de seguridad en nuestra empresa. De vez en cuando recibimos remesas de la fábrica y nos parece una cosa incómoda y mal orientada. A lo mejor, usted nos podría hacer alguna propuesta que sirva para mejorar este asunto...

El corazón de Alfredo latía con más celeridad que de costumbre.

En ese instante, se abrió la puerta y entró un hombre que le resultó familiar. Estaba seguro que era uno de los tres que estaba en la sala del incidente.

Pedro, te presento a Alfredo, un especialista en investigación y seguridad

La mirada seca del tal Pedro, más el apretón de su mano - que supo devolver con igual firmeza - le hicieron presentir que tendría que ser impecable si es que quería salir de allí con algún proyecto en sus manos. No supo cómo interpretar aquello de ser presentado como un especialista en investigación y seguridad

Pedro Ramírez, se fue a sentar en el sillón a la cabecera de la mesa

¿Cuál es la propuesta? - dijo, por decir algo

No, Pedro... aún no hay propuesta. Solo estoy evaluando la posibilidad de que ipor fin! echemos a andar el proyecto de seguridad que hemos conversado tantas veces... - señaló a Alfredo - Una vez que tengamos su currículum y los demás antecedentes, podríamos solicitarle que nos haga un planteamiento para que tengamos un protocolo de seguridad en nuestra empresa y en las operaciones... No me refiero a un gran proyecto de seguridad como el que tenemos para operar como laboratorio, sino uno simple y efectivo que nos sirva para defendernos de la delincuencia, por ejemplo... ¿Qué te parece?

Pedro, miró fijamente al hombre del bigotillo. Le recordó a alguien, quizás a algún actor mexicano haciendo de detective en una película de los años 50. Le pareció un tipo bastante peculiar.

Me parece - dijo. Aunque lo que en verdad quiso decir era ¿Y a mí qué?

Bien, entonces - Claudio Maturana, se puso de pie y le extendió su mano - Alfredo, quedamos a la espera de sus antecedentes. Si todo está en orden, acordamos los términos y de inmediato usted se pone a trabajar en el proyecto... ¿Qué le parece?

Alfredo, hacía rato que estaba haciendo sus cálculos de cómo le haría para conseguir el mejor currículum del mundo y unos antecedentes diáfanos y

transparentes.

¡Por supuesto, señor! En un par de días le hago llegar todos los documentos...

A pesar de su excitación, el insulso apretón de manos le hizo sentir que aquel tipo era un fraude

Cuando Pedro Ramírez abandonó la sala, iba tratando de imaginar cuál podría ser la triquiñuela que su socio estaba tramando.

Alfredo, se recostó en la silla del restaurante con una sensación de satisfacción vibrándole por todo el cuerpo. Tal como había disfrutado una *cuba libre* en otras ocasiones, le dio vueltas a los hielos con el índice hasta que la superficie del vaso quedó completamente empañada. Entonces, lo bebió con ansioso deleite, de un solo sorbo y hasta la última gota. Dejó que el sopor del alcohol se le subiera hasta sentirlo en sus sienes. Su mente se centró en el rostro de Claudio Maturana y le pareció que tenía la cara del hombre más tonto del planeta o del más ingenuo. De hecho, hasta le preocupaba que aquello pareciera *el robo más fácil del mundo*. No le cabía en la cabeza que alguien de ese nivel pudiera poner en manos de un desconocido la seguridad de su empresa. Sus pensamientos insistían en conectarse con algo turbio, algo que parecía un plan maquiavélico.

Pero... ¿Qué mierda estás pensando?... ¡Qué plan maquiavélico ni qué nada! ¡No jodas!...

El alcohol hizo su efecto y Alfredo solo tuvo ganas de reír. Todas sus aprehensiones se diluyeron por completo. El segundo ron, lo llevó a la isla paradisíaca y a los brazos de la morena con aquellos pechos turgentes y deliciosos entre los cuales imaginó su boca y su nariz paladeando y oliendo una piel exquisita con el sabor y el aroma del coco.

Si de algo le había servido la cárcel, había sido la cantidad de trucos y pillerías que había aprendido, más los contactos con algunos falsificadores que transformaban cualquier demonio en un ángel. Tuvo que ceder un par de sus cosas más preciadas para pagar por los servicios. Dos días después, los documentos "oficiales" indicaban que sus antecedentes civiles eran impecables y su nivel de estudios y preparación eran los óptimos para el trabajo. Armó una carpeta digna del más experto de los especialistas en seguridad.

Esta vez, cuando fue a dejar los documentos, la mujer de recepción lo recibió con una encantadora sonrisa.

Tres días más tarde y después de una corta reunión donde pactaron las condiciones y un suculento pago por el diseño del proyecto, le asignaron una pequeña, pero muy cómoda oficina que tenía un escritorio con una

computadora de última generación, varios estantes, un mueble archivero y hasta un baño privado.

Alfredo, se sentía en la gloria. Sin embargo, sus pensamientos seguían porfiando en hacerse preguntas e insistiendo en imaginar cosas nebulosas. Tenía esa cargante sensación de que algo no encajaba. Hasta la oficina que le asignaron le parecía una exageración.

¿Será que estos tipos son tan... demasiado ingenuos o bienintencionados?

De un golpe, le vino a la mente la imagen de Pedro Ramírez y tras recordar con toda claridad los detalles de la severidad de su rostro y la fuerza en el apretón de su mano, se dijo que, ahí, no había ni una pizca de ingenuidad.

Entonces – se dijo – tendré que moverme impecablemente si es que quiero salir con la plata de aquí

Una de la cualidades de su inteligencia y voluntad, era su capacidad para asimilar lo que ocurría a su alrededor y actuar en consecuencia. No tuvo que hacer demasiado esfuerzo para asumir el papel de un ejecutivo de la seguridad a cargo de un proyecto.

Su compañero de celda, un pillo experto, maestro del camuflaje y miembro desterrado de una familia rica y de abolengo, lo había instruido bastante bien en el arte de refinarse cuando las circunstancias lo ameritaran o había una buena cantidad de plata que echarse al bolsillo. Se podía decir que, Alfredo Cifuentes, era un excelente actor de sí mismo. La naturaleza que lo dominaba era capaz de transformarlo en casi cualquier personaje que encajara con sus anhelos.

En los días siguientes se dedicó a garrapatear distintas opciones de un proyecto de seguridad copiando cosas que bajaba por internet. Esa voz interior que lo mantenía alerta con aquella persistente sensación de algo raro, también le hacía tomar precauciones. Le pegó un pedazo de tape a la cámara del computador y siempre borraba la caché y los datos de las web de seguridad de donde sacaba información.

Le parecía extraño que por momentos olvidaba casi por completo su misión de hacerse con el dinero oculto debajo de la mesa. De repente, se encontraba a sí mismo enfrascado en la idea de elaborar un verdadero proyecto de seguridad.

Pero, qué idiota eres...Tú, no sabes nada de seguridad... ¡Concéntrate en el dinero, imbécil! - se decía enrabiado

Helmut Berger Schule, tenía deseos de castigar. La rabia que lo dominaba no cesaba casi nunca de empujarlo hacia la orilla de un precipicio sin fondo que le parecía la única salida lógica a su dolor, a esa emoción desgarradora que le hacía despreciar su vida. Era un adolescente roto que tenía algunos espacios de gran lucidez en los que parecía recuperar sus anhelos de ser feliz, pero que se esfumaban apenas sus dedos crispados sobre el teclado empezaban a golpear las teclas para testimoniar en sus poemas apologías repletas de rabia donde plasmaba su frustración ante un mundo al que describía como el símbolo de la explotación del hombre por el hombre, de la infamia del mercantilismo, de una sociedad sexual sucia y extraviada, de la codicia de los países poderosos por hacerse de los recursos de las naciones pobres y de sus malvadas prácticas que producían contaminación y otros venenos en la Naturaleza...

Sentía que su corazón ardía de rabia mientras las palabras se iban desgranando en sus escritos.

Solo su amigo, amante y compañero, Claudio Maturana, era el único a quien, muchas veces, podía hablarle de aquello que bullía en su interior. Le encantaba ese hombre, porque más allá de la pasión que le despertaba sentirlo dentro de sí, estaba totalmente seguro que era una de las personas más inteligentes que había conocido en su vida. Le fascinaba el dominio que tenía. Es que, después de topar fondo en su tragedia, surgió en él una ansiedad oscura y neurótica por los hombres mayores.

Sin embargo, aquellas sensaciones que le parecían positivas en su relación, no le duraban demasiado. También existían otras cosas de la bipolaridad de Claudio Maturana que le dolían: Esa repentina indiferencia, su impasibilidad, sus aspavientos de superioridad y su falta de empatía le resultaban propias de un egocéntrico insensible. Tras episodios como aquellos y apenas estaba solo y absorto en sus pensamientos y exaltaciones, se acrecentaba en él la ira y unos irrefrenables deseos de venganza en contra de todo.

Por su parte, Claudio Maturana disfrutaba de la compañía de Helmut, de sus locas divagaciones, de sus fanáticos y ridículos pensamientos, pero mucho más de su juventud y de su arrebatada y apasionada forma de entregarse.

Helmut, a su vez, vivía inmerso en ciertas fantasías y contrasentidos que le hacían repudiar el libertinaje sexual, pero que, al mismo tiempo, le permitían aceptar fervientemente su entrega porque se decía a sí mismo que lo suyo era una muestra de amor real y verdadero.

No hay nada obsceno en entregarse por amor...Y él me ama y yo... yo pienso que... también...

Los planes de "emergencia" que tenía Claudio Maturana incluían a quien él llamaba, el "cortocircuito mental Helmut". Le parecía que su rabia y las ganas que tenía de castigar al mundo, podían servirle perfectamente para en algún momento utilizar esa frustración, esa ira, en contra de aquellos que habían decidido no alinearse con su proyecto y ponían en peligro su continuidad.

Es que ya no soportaba la constante presión que ejercían sus socios en relación a la elaboración de algunas muestras de productos para exportación que se etiquetaban de manera fraudulenta.

Pedro Ramírez y Fernando Benavente, no estaban nunca tranquilos y siempre temían que algún día llegaría la policía y los pondrían tras las rejas. Sus intentos por convencerlos de que todo estaba perfectamente controlado no servían de nada. El *par de cobardes* se encargaban de arruinarle el vuelo de su imaginación y de sus ansias de crear y producir "*aleaciones químicas geniales*".

Estaba convencido que sus reproducciones de algunos productos industriales y farmacéuticos eran tan buenas como las originales. Le indignaban los números de las falsificaciones chinas que estaban presentes en cantidades bestiales en casi todo el mundo. Sin embargo, a pesar de sus enormes ambiciones, se daba cuenta que no podía competir con los chinos ni tampoco le convenía siquiera gastar energía en darle vueltas a ese asunto.

Cuando pensaba en Helmut como el instrumento para sus planes, imaginaba una trama en la que el chico podría descargar toda su furia y sus socios estarían allí para recibirla. Le daba vueltas al asunto y sin embargo no lograba conectar con claridad una cosa con la otra. Entonces, su cerebro recurría a la figura del sicario colombiano Edgar Elices.

El cartel Tico había encontrado en su laboratorio una fuente ideal para lavar dinero a manos llenas introduciendo en Centroamérica sus productos químicos de bajo costo que estaban teniendo gran éxito entre los industriales y agricultores. Ese flujo empezaría a ser constante una vez que se terminara de legitimar la sucursal internacional de su laboratorio en San José.

Claro que el asunto no era simple. En Costa Rica y en todo Centroamérica, había mucha presión sobre cualquier empresa relacionada con productos químicos. Especialmente, por los agentes infiltrados de la DEA, que estaban siempre muy atentos a todos los movimientos de mercaderías y los tipos de componentes químicos presentes en ellas. Los muestreos eran frecuentes. El juego de la corrupción hacía circular enormes cantidades de

dinero.

A pesar de la rotación de agentes que la agencia llevaba a cabo para, justamente, combatir la corrupción, el cartel aplicaba métodos de influencia que mantenían tal nivel de complicidad con las autoridades, que les permitía pasar controles sin grandes inconvenientes. Para los efectos de demostrar gestión al gobierno de turno y anestesiar a la prensa, la policía local, hacía de vez en cuando, algunos decomisos de fachada de contenedores falsos en conjunto con la DEA.

Alfredo Cifuentes, estaba nervioso. Sin embargo, supo mantener una actitud serena y relajada, mientras, en frente suyo, al otro lado de la mesa, Claudio Maturana, leía en un murmullo los detalles principales del plan de seguridad enumerados en una lista de 15 puntos elementales.

Para el empresario, lo más importante era que el proyecto fuera un asunto lo suficientemente serio y profesional que les hiciera creer a sus socios y al directorio, que el laboratorio cumplía con todas las normas de seguridad frente a la delincuencia o los ataques externos en cualquier circunstancia.

Quedó más que sorprendido con el nivel del planteamiento. Habría esperado algo mucho menos acucioso ni tan bien definido. De hecho, no contaba con que el tipo que tenía al frente resultara ser demasiado prolijo. Había calculado que Alfredo Cifuentes era solo un mediocre al que se le podría sacar provecho justamente por sus limitaciones.

Muy bien, Alfredo... Me parece que... aunque hay que afinar detalles... en general, está muy bien...

Gracias, señor – sintió un cosquilleo de satisfacción

La oficina privada de Claudio Maturana, era un espacioso recinto dominado por un elegante escritorio de nogal, un par de sillas ejecutivas, un área con una mesa de centro, un sofá de cuero, unos sillones y un bar. Al fondo, un amplio ventanal hasta el piso que daba a un patio interior.

El asunto es sencillo, don Claudio, pero es más conveniente que sea uno solo de sus socios el que tenga el... problema. Es mejor que sea don Pedro...

Edgar Elices, era un meticuloso especialista en trabajos sucios. Un sicario al que le gustaba que todo cuadrara perfectamente antes de dar el primer paso

¿Por qué?

Porque es el hombre que manda, mueve y presiona. Don Fernando, solo lo sigue...Una vez sin apoyo ni compañía, aquel se va a desmoronar y se va a entregar a lo que usted quiera...

Eso no lo tengo tan claro – le rellenó el vaso con ron – No sé de dónde sacas tanta claridad sobre lo de Fernando. Hay veces en que lo desconozco...Y no me parece tan pusilánime... así como lo pintas tú...

El hombre, tomó un sorbo del ron y luego sacó una libreta del bolsillo trasero de su pantalón

Mire, don Claudio, aquí tengo varias páginas con notas de todos los seguimientos que le he hecho a don Fernando. Sé lo que le digo...

Ok. Vamos a suponer que es como dices – se puso de pie y caminó hasta el ventanal – Tengo claro que Pedro es el hombre que ejerce la presión, pero... yo había pensado que un accidente con los dos de protagonistas podría ser más... eficiente

Se dio vuelta para encararlo. En sus ojos se leía una fiera determinación

No tengo ganas de continuar ninguna relación con ninguno de los dos... ¡ Me tienen harta!

Lo entiendo, don Claudio, pero no debe usted correr ningún riesgo con la policía, las conclusiones, los análisis o las coincidencias...

¡No va a ocurrir nada de eso! - caminó de vuelta a su escritorio. Cogió una carpeta que abrió y deslizó hasta ponerla justo bajo la mirada del hombre – Mira, este es el tipo que se va a llevar toda la culpa y todo el peso de la ley...

Alfredo, estaba alucinado con su proyecto de seguridad. Tanto le había gustado todo lo que había leído y estudiado bajando tutoriales y hasta siguiendo algunos cursos cortos, que ahora estaba absolutamente convencido que lo suyo era la seguridad. De hecho, y en consideración al sueldo que le pagaban, a la oficina que le habían asignado, a las facilidades que le daban para hacer su trabajo y al agradable ambiente que lo rodeaba en la empresa, Alfredo había perdido el impulso por delinquir. Sentía que tenía la oportunidad de ser alguien. Aunque, claro, la tentación de aquel dinero bajo la mesa siempre estaba presente, tal como le invadía aquella deliciosa visión de libertad y placer recostado sobre la hamaca en una playa de aguas turquesas en algún paraíso tropical.

Pero, la vida es un sueño y el azar se entromete en las cosas como el viento por las rendijas.

Ocurrió que, Helmut Berger Schule, siempre atormentado por sus ansias de venganza en contra del mundo, había decidido que si quería causarle daño a todos aquellos que atentaban en contra de la naturaleza o que explotaban *vilmente a la gente pobre o a los inmigrantes*, tenía que prepararse aún mejor para darles por donde más les doliera. Mientras más leía, veía videos y bajaba tutoriales, se convencía que era posible poner una bomba casera en cualquier empresa y dejarles una advertencia que “*los obligara a reconsiderar sus prácticas malévolas y abusivas*”.

Eran cerca de las 2:00 am, cuando se topó con un artículo escrito por un connotado experto en seguridad y ex miembro del ejército. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para prestarle atención, porque sentía un profundo desprecio por cualquier cosa que tuviera que ver con militares o uniformados. Pero, una frase destacada al principio del artículo llamó poderosamente su atención: “*No hay ningún sistema de seguridad que no se pueda romper*”.

Al terminar de leer el escrito, lo invadió una emoción que lo llenó de motivación. Vislumbraba una oportunidad porque quedaba más que claro que los niveles de seguridad existentes en la mayoría de las empresas locales eran malos y que siempre existiría alguna forma de esquivarlos.

Y justo cuando iba a cerrar la página, alcanzó a ver, al final del escrito, el encabezado de un comentario que le pareció, además de errado, incomprendible

iFALSO! Todo sistema de seguridad que se rompe es porque está mal hecho. Hacerlo bien es hacerlo imposible de romper. He estudiado mucho el tema y he aprendido que todo sistema debe superar el interés del que quiere romperlo

Lo firmaba un tal Alci (Santiago, Capital)

Entonces, en un arranque, decidió responderle

Alci, te informo que estás totalmente equivocado. Además, lo que dices no se entiende. Estudia más

Firmó su comentario como *Mara* (Santiago, Capital)

Después, dominado por un impulso repentino, guardó la página en sus marcadores y se fue a dormir.

De las cosas del cartel que más le molestaban a Claudio Maturana, era esa práctica “*mafiosa*” que tenían los encargados locales de presentarse en el laboratorio a “pagar” con bolsas de dólares. Toda la mercancía que el Cartel Tico negociaba en Chile se transformaba en pago de los contenedores que llegaban a Costa Rica. Después, venía un intrincado

intercambio de documentos y giros bancarios que legalizaban la inversión. Mientras tanto, todo ese dinero en efectivo era más un gran problema que simplemente una gran ganancia. Sus socios sufrían de inquietud y temor con esas transacciones, mientras que a él le producían un profundo desagrado. Consideraba que esos pagos groseros en efectivo eran cosas de feria y de verduleros.

Entonces, ocurrió algo que Alfredo no había calculado en ningún momento: le asignaron la tarea de hacer los arreglos con el agente del banco y la bolsa con plata que llegaba cada semana. Cada bolsa llevaba la cantidad exacta de US\$ 150.000.

En otras circunstancias, Alfredo habría agarrado la bolsa y se hubiera largado a cumplir con su sueño caribeño. Sin embargo, en ese instante, su mente estaba concentrada en hacer un trabajo impecable y en terminar de elaborar el "*mejor sistema de seguridad del mundo*".

Ni siquiera quiso analizar demasiado de dónde salía ese dinero. Siguió al pie de la letra todas las instrucciones que le dio el empresario y también tuvo que cumplir con las estrictas normas de presentación que éste le pidió. Entre ellas, una vestimenta sobria y muy formal, afeitarse el bigotillo, recortarse el cabello y usar unos anteojos de corte óptico. Además, le pidió que por ningún motivo usara zapatos bicolors.

Claudio Maturana, garrapateó algo detrás de una de sus tarjetas de presentación y se la entregó.

Tome, Alfredo. Vaya a la tienda Casa Real, pregunte por Ricardo Meneses, le entrega mi tarjeta y le pide que lo vista muy formal, de corbata. Zapatos, calcetines y anteojos incluidos.

Cuando se miró en el espejo, vio a un tipo *elegante, buen mozo y muy inteligente*. Estaba orgulloso de sí mismo y de su nueva apariencia.

Una vez en su oficina, preparó todo meticulosamente. Metió los US\$ 150.000 en un maletín de cuero color café y repasó las instrucciones de contacto con el agente del banco.

Cuando su cerebro le dijo *¿A qué lavandería vas con esos pesos?*, tan metido estaba en su papel que ni siquiera se rio de su propia ocurrencia.

Helmut Berger Schule, como siempre, estaba frente al computador mientras el reloj de la pantalla anunciaba las 03:00 am.

Su mente inquieta y ansiosa, buscaba cualquier cosa que tuviera relación con métodos o fórmulas para intervenir sistemas de seguridad o para desactivar alarmas o cosas por el estilo. En el fondo, Helmut era un niño con ideas estrafalarias. Alguien que no se daba cuenta para nada que lo

suyo eran solo fantasías de venganza que no lo conducirían a ningún destino que no fuera el desastre y la cárcel. Sin embargo, su corazón rebelde y rabioso lo empujaba a construir quimeras imposibles.

En medio de tales tribulaciones, observó en la pantalla que tenía la advertencia de una respuesta en el artículo guardado en sus marcadores.

Mara, no seas mala. Te explico: si tienes oro, el que quiera robártelo hará mil cosas para lograrlo y tú necesitarás mucha seguridad para impedirselo. Pero, si tienes lechugas, necesitarás muy poca. ¿Se entiende? Saludos

Alci (Santiago, Capital)

A Helmut le pareció una respuesta encantadora y divertida. Como no le ocurría desde hacía un buen tiempo, se sintió motivado y quiso contestarle de inmediato

Alci, ahora entiendo lo que dices. Cada mañana que voy al Café Del Moro y veo las cámaras de seguridad que allí tienen, me pregunto para qué tantas cámaras. No imagino a un ladrón experto tratando de robar café... Saludos

Mara (Santiago, Capital)

Apenas su índice pulsó "enviar", sintió un especial regocijo. Se daba cuenta que le había mandado una señal a un desconocido y que ahora sus visitas al Café Del Moro serían como un viaje a un encuentro furtivo o quizás a algo aún más interesante.

Para Alfredo, el trámite con el agente del banco fue un asunto especialmente desilusionante. A pesar de que lo habían instruido con toda claridad respecto de todo lo que ocurriría, e incluso sobre lo que debería hacer si es que se presentaban ciertos imprevistos, había porfiadamente imaginado una reunión con algún café y una conversación entre "ejecutivos" o algo por el estilo. Sin embargo, lo que ocurrió fue exactamente lo que estaba previsto: entregó el maletín a la persona que lo recibió, lo hicieron pasar a una oficina donde solo había un escritorio y un par de sillas, y tras unos pocos minutos, la misma persona entró, le entregó de vuelta el maletín y luego le extendió la mano a modo de despedida.

Le pareció incomprensible tanto arreglo para un trámite tan simple. Tampoco le encontró demasiado sentido que Claudio Maturana lo felicitara por el "buen trabajo del banco".

¿Si ya saliste de la lavandería para qué seguir dándole vueltas al asunto?

Esta vez, sí le dio risa la frase que le llegó desde el interior de su cabeza.

Frente a la pantalla del computador y mientras trabajaba en sus apuntes del proyecto de seguridad, le llegó a su mente el rostro de Mara creado por su imaginación. La veía rubia, de piel muy blanca, un rostro dulce de nariz pequeña y boca sensual. La imaginó delicada y elegante...

Miró su reloj que marcaba las 10:23 am. Pulsó la tecla de recepción y avisó que saldría a hacer un trámite. Sus piernas le pedían, ansiosamente, moverse. Contuvo el impulso, y en la pantalla desplegó la página del artículo de seguridad del mayor del ejército para irse directamente a los comentarios. Revisó una a una las palabras escritas por Mara

*Alci, ahora entiendo lo que dices. Cada mañana que voy al Café Del Moro y veo las cámaras de seguridad que allí tienen, me pregunto para qué tantas cámaras. No imagino a un ladrón experto tratando de robar café...
Saludos*

Mara (Santiago, Capital)

Al contemplar su imagen en el espejo del baño, se sintió satisfecho. Ajustó su corbata, le dio un retoque a su peinado y, finalmente, tras darse un saludo militar, se dijo que estaba listo para irse de conquista.

Nunca había estado en el Café del Moro. Era un local típico de las actuales cafeterías modernas y funcionales. Tenía tres mesas sobre la vereda frente a su amplio ventanal y otras cuatro en el interior.

Lo invadió el olor a café tostado recién molido cuando llegó hasta la puerta de vidrio en la entrada del recinto. Pudo ver que las mesas del interior estaban todas ocupadas. Se instaló entonces en una de las de la calle. Casi inmediatamente apareció una chica morena que le entregó un pequeño menú. Pidió un capuchino.

El lugar de la mesa que escogió para sentarse, le permitía ver claramente todo el interior del local. Haciéndose el que ojeaba el menú, podía observar a las personas que estaban en cada mesa. Solo le llamó la atención aquel chico rubio, de piel muy blanca, que estaba solo, y que parecía, ingenuamente, disimular que no se había dado cuenta de su presencia.

Alfredo, lo observó con más detención. El lado capcioso de su mente le dijo que aquél era, sin duda, *maricón*.

Cuando sus miradas se encontraron, Alfredo, haciendo gala de su mejor

estilo provocativo, le envió una pícara sonrisa.

Helmut, se puso tenso con el gesto de aquel tipo de la mesa de la calle. No era su estilo andar coqueteando con desconocidos

¿Será Alci? - se preguntó mientras un cosquilleo se le encaramaba por la espalda. Le había agradado lo que furtivamente había podido observar de aquel hombre. Sin embargo, había empezado a arrepentirse de lo que llamó *su pequeña aventura*. Era la primera vez que había sentido deseos de romper la rutina de su relación con Claudio Maturana.

Justo, cuando se preparaba para darle el último sorbo a su taza de café, Helmut, sintió la presencia de alguien a su lado

¿Mara? - Alfredo, tenía su mano extendida a modo de saludo y una sonrisa divertida que se conectaba perfectamente con un par de ojos chispeantes

La cara de asombro y turbación de Helmut, le confirmaron a Alfredo que, efectivamente, aquel "*maricón bonito*" no era otro que Mara.

Le dio un amistoso palmoteo en la espalda y se sentó frente a él en el otro extremo de la pequeña mesa

No te preocupes por nada - le puso su mano sobre el brazo. Helmut, aún no terminaba de salir de su azoramiento - *Me gustó lo que dijiste en los comentarios*

El chico, sonrió con timidez. Hizo un esfuerzo por recuperar su aplomo

Así que... tú eres Alci - Exclamó con un mohín marcadamente afeminado. No sabía enmascarar casi nada de su naturaleza emocional.

Así es - Alfredo, estaba encantado con la turbación de aquel chico. En realidad, y en la medida que pasaban los segundos, podía ver y sentir en aquél más cosas de una mujer que de un hombre. Lo veía hermoso, sensual, coqueto, pero al mismo tiempo lo sentía frágil y quebradizo

No fue mi intención disfrazarme de otra persona - dijo con una voz apenas audible

Tú no te preocupes. Hoy en día es bueno disfrazarse un poco - le regaló una risa de complicidad - *Ya ves que yo soy Alci cuando en realidad soy Alfredo* - extendió hacia él su mano abierta - *Hola, soy Alfredo, encantado de saludarte*

Helmut, ingenuamente, extendió la suya y dejó que Alfredo la cogiera. El

contacto le hizo estremecerse.

Alfredo, sintió que era la mano más suave, cálida y hasta femenina que había apretado en su vida. Se dio cuenta de sí mismo que estaba algo más que confundido. Una parte de su naturaleza tosca y pedestre parecía estar en rebeldía frente a la ambigua sensación que le producía aquel contacto

A mí no me gustan los maricones... ¡Nunca me han gustado! – se dijo convencido

Una parte de sí lo empujaba a pararse y mandarse a cambiar, mientras que otra le hacía proyectar cosas sexuales con aquel rubio delicado y endeble que parecía estar tan al alcance que hasta lo sintió como ansioso de entregarse.

Helmut, luchaba por dominar su sensación de sentirse a merced de aquel sujeto que actuaba como si supiera perfectamente quién era él. No le gustó esa certeza que veía reflejada en su mirada. Siempre odiaba ver deseo en la mirada de un hombre que le escudriñaba su homosexualidad.

No soy puta para que me miren así – sus pensamientos parecieron rebotar ruidosamente dentro de su cabeza

Bueno, Alci, tengo que... irme – levantó su mano para llamar la atención de la mesera

La intuición le dijo a Alfredo que algo había pasado

Pero, aún no me has dicho tu nombre – exclamó con una sonrisa

No importa... si te gusta Mara, dejémoslo así...

Espero que no estés molesto por algo que hice...

Aquellas palabras bastaron para que Helmut sintiera que lo que había imaginado en la mirada de Alfredo no fuera sino una interpretación suya equivocada

No... No estoy molesto con nada – sus ojos azules y brillantes parecían sonreír - *Me llamo Helmut...*

Vaya nombre para un... chico de tu edad...

¿Qué tiene de malo?

No, nada. Solo que... Helmut, parece el nombre de un señor muy serio

que vive en Alemania o algo así...

¡Jajaja...! - la carcajada de Helmut hizo que alguna gente en las mesas se diera vuelta para mirarles

Qué loco eres – agregó aun riendo – *Pero, sí... mi nombre es muy alemán y significa algo así como guía del espíritu... o timón del espíritu... Creo...*

Bien por ti – le dio jovialmente dándole un palmoteo en el brazo

En ese instante empezó a sonar una llamada en su teléfono. Vio la palabra *oficina* en la pantalla.

Helmut, tengo que irme – extendió su mano – *Ha sido un gusto. ¿Tienes un número de teléfono que darme?* - exclamó contradiciendo su intención de dar por terminado ese asunto con Helmut

Helmut, dudó. Por un segundo evocó el rostro de Claudio Maturana y le alcanzó para percibir la sensación triste y dolorosa de un episodio en medio de los trastornos bipolares que lo transformaban en otra persona, en ese alguien tan manipulador e insensible

Sacó una tarjeta de su billetera Jeep de color violeta, mientras que Alfredo le dictó el número que Helmut guardó en su teléfono

Tras el intercambio, Alfredo se acercó para darle un corto abrazo que Helmut no supo corresponder, aunque habría querido hacerlo.

Hizo un esfuerzo para despedirse definitivamente de Helmut y tomó raudo el camino de vuelta a la oficina. Por su cabeza pasaban las imágenes de aquellos tiempos cuando él era un delincuente que no escatimaba en gastos a la hora de dejarse llevar por sus instintos más prosaicos. Los años que pasó en la cárcel le sirvieron para que su extravagante compañero de celda le insistiera en implantar en su mente aquello de aplicar el freno y tomar un desvío cuando su intuición le hiciera presentir que el camino allá adelante podía conducir directamente a un despeñadero.

¿Qué te pasa? ¿Te estás volviendo estúpido? ¿iQué tanta cosa!?¿Desde cuándo me volví moralista?...

Sacudió las preguntas de su cabeza y trató de concentrarse en las razones por las que había sido convocado a la oficina de Claudio Maturana.

Helmut, caminaba con sus manos en los bolsillos como si el tiempo se hubiera detenido a su alrededor. Estaba absorto en la parte más oscura de su relación con Claudio Maturana. Vislumbraba que gracias a esa velada con Alci había podido darse cuenta que no todo lo que brilla es oro, ni que

su vida amorosa estaba tan bien como a veces le parecía. Se le venían encima las imágenes de sí mismo como un estúpido sin coraje ni amor propio. Sin embargo, al mismo tiempo lo invadían sensaciones gratas y alegres al evocar los gestos y las palabras de Alci. Hacía demasiado tiempo que no se reía de verdad con alguien a quien pudiera considerar como genuino y auténtico.

¿Lo es o tú quieres que lo sea?

Al hacerse la pregunta, su cerebro echó a correr las imágenes de Alfredo como en una película. Le pareció un tipo encantador que nunca le hizo sentir que estuviera tratando de conseguir algo con él. Sin embargo, íntimamente, presentía que una chispa se había encendido entre los dos. Y eso, lo llenaba de gozo.

Mire, Alfredo...Tenemos un serio problema... - Claudio Maturana, sacó una carpeta del cajón de su escritorio, la abrió y la deslizó hacia él lo justo como para que pudiera apenas vislumbrar su contenido

Aquí, se puede ver que los números en las transacciones del laboratorio con la gente de Costa Rica... pues, no cuadran en absoluto...

Lo que Alfredo logró ver fueron columnas con números y códigos que le resultaron absolutamente incomprensibles. Antes que alcanzara a hacer el intento de agarrar el informe con su mano, el hombre cogió de regreso la carpeta y la metió en el cajón de su escritorio

Esto – exclamó con un gesto rabioso y apuntando con su índice hacia el cajón - ¡Es inaceptable! No voy a tolerar que alguno de esta empresa o... quizás... alguno de mis socios... ¡No sé cuál!... esté... o estén... derechamente... ¡robándome!

Alfredo, estaba de una pieza, sin saber qué decir ni qué actitud asumir ante tamaña acusación.

Es por esto, Alfredo, que voy a necesitar de su ayuda para que aclaremos este asunto de una buena vez... Hay que llegar al fondo de todo esto – dio un manotazo sobre el escritorio y se puso de pie con una calculada brusquedad

¡Claro, señor!... Es decir... dígame usted qué quiere que haga...

Lo que quiero que haga, señor, es vigilar estrechamente a mis socios. Quiero saber qué está pasando y en qué maniobras están metidos... ¡No puedo creerlo!

El hombre se dio cuenta que Alfredo estaba entregado a lo que él pudiera decirle. Lo que tendría que hacer ahora era ahondar un poco más en la

trama para que terminara de convencerse que sus asociados no eran otra cosa que un par de traidores y ladrones. En un actoral gesto de abatimiento, se dejó caer en el asiento

¡No puedo creer que me hagan esto... nuevamente! - con sus codos sobre el escritorio se tomó la cabeza entre sus manos en un gesto dramático que hizo que a Alfredo lo invadiera una ira genuina en contra de los socios

¿Nuevamente? ¿Cómo nuevamente?... ¡Malditos sinvergüenzas! - pensó enrabiado

No se preocupe, señor... Déjelo en mis manos...Yo me encargo...

El empresario, parecía estar a punto de quebrarse

Necesitaré de toda su discreción, Alfredo...Tendrá que hacer un trabajo impecable. No quiero que ellos se den cuenta en ningún minuto que usted está detrás de sus maniobras... ¿Me entiende?... ¿Entiende lo que le digo?

¡Sí, señor... por supuesto! Déjeme estudiar los antecedentes para ver por dónde se mueven esos números...

El empresario levantó un brazo y le hizo un gesto con la mano abierta

No, Alfredo, usted no se preocupe por los números... Dejémosle los números a la gente especializada...

Alfredo, estaba a punto de decirle que era necesario para él tener esa información si quería seguirle la pista al dinero, pero prefirió no extender más las tribulaciones del hombre. Lo veía demasiado abatido y frustrado.

Muy bien, señor. Déjeme ver entonces por dónde puedo empezar para aclarar este asunto...

Claudio Maturana, lo miró con ojos severos

Empiece por vigilarlos, Alfredo. Dedíquese solo a eso... Observe muy bien qué es lo que hacen... a dónde van... con quién se juntan... ¡Eso, nada más!

Aunque a Alfredo no le pareció que esa fuera una forma adecuada para desenmascarar el asunto, un presentimiento lo empujó a salir pronto de ahí. Se puso de pie y extendió su mano para estrechar con fuerza la del empresario

Usted no se preocupe. Lo mantendré informado

Gracias, Alfredo. Le recuerdo que este asunto es absolutamente confidencial, entre usted y mi persona. Nadie más...

Siempre le había incomodado estrechar una mano que diera un apretón insulso y sin carácter. La respuesta a su vigoroso apretón, que era una muestra de su convicción y del nivel de su compromiso, fue, nuevamente, una mano blanda e inexpresiva. No supo bien qué pensar de ello, pero le resultó algo más que decepcionante y... desagradable.

Con el convencimiento que tenía buena parte de la tarea hecha, Claudio Maturana echó a correr la segunda parte de su plan: Hacer que Alfredo Cifuentes pudiera ser claramente acreditado haciéndole seguimientos a sus socios.

Durante toda aquella semana, Alfredo estuvo dedicado a verificar los movimientos y salidas de Pedro Ramírez y Fernando Benavides. Después de varios días de vigilar sus acciones, absolutamente rutinarias y sin ningún acto especial por el que sacar conclusiones negativas, ocurrió que aquel viernes, tras abandonar el laboratorio a última hora de la tarde, Pedro Ramírez condujo su coche hasta el exclusivo night club "Le Mistral".

Alfredo, se estacionó a una prudente distancia de la entrada del club y desde el coche pudo observar que por lo menos había 4 personas controlando el acceso.

Uno de los guardias le hizo un saludo militar a Pedro Ramírez al momento de abrirle el portón.

Alfredo, se sentía extraño. Una parte de sí no tenía la menor intención de hacer nada para saber qué podría estar haciendo allá adentro Pedro Ramírez, y con quién. Sentía que lo suyo era como una misión idiota. No le veía la razón de estar haciendo esos seguimientos cuando el problema de los socios, claramente, tenía que ver con números, movimientos financieros, truculencias de escritorio. De hecho, durante toda la semana de seguimientos se había dado cuenta que los socios eran un par de ingenieros absolutamente concentrados en asuntos técnicos y quienes, a duras penas, tenían vida propia fuera del laboratorio.

¿Entonces, qué hago aquí siguiendo a este señor? ¿Cuál es el complot que dice Maturana? ¿Por qué no estoy investigando los números de aquellos documentos? ¡Esa es la única pista que hay que seguir!

Su mente, insistía en traerle de vuelta la sensación desagradable de la mano flácida del empresario.

En ese instante, su cerebro empezó a elucubrar una idea que le pareció tan loca como factible.

¿Cómo unos socios tan serios, abnegados, trabajadores y técnicos iban a estar involucrados en robarse a sí mismos?

No podía ver a Pedro Ramírez haciendo trampas de ninguna especie. Tampoco a Fernando Benavides.

Fue, entonces, que, en su mente, instantáneamente, la figura de Claudio Maturana se le volvió la imagen de un hombre con un plan.

iClaro que sí! Todo encaja perfectamente...

Con las manos en el volante, Alfredo se quedó con la vista perdida en la imagen del empresario cuando le mostró la carpeta. Pudo, entonces, ver con toda claridad la intención detrás de aquel gesto...

iFue un truco! ¡Claro que fue un truco!...

Su mente había empezado a agitarse. Lo invadió un presentimiento de algo oscuro y maquiavélico.

¿Qué podría estar tramando? ¿Que yo descubra algo que le sirva para romper con la sociedad?... ¿Que yo los ponga en evidencia?... ¿Pero, de qué?... ¿O será que... en verdad hay algo en los socios que yo no estoy viendo?

Miró su reloj. Eran las 21:12. Hizo un esfuerzo por vislumbrar en su mente algo oscuro en los socios

iNo... No existe nada con ellos... No hay nada ahí!...¿Entonces?...

Sintió que tenía la garganta reseca. Decidió abandonar la espera y conducir hasta el gran centro comercial de la avenida Kennedy.

Edgar Elices, soltó una maldición. No esperaba que aquel sujeto se moviera de su sitio cuando apenas tenía unos cuantos minutos de haberse estacionado. Tampoco tenía un buen ángulo para tomar la fotografía que retratará a Cifuentes frente a la fachada del centro nocturno. Pensó entonces en dejarlo por esa noche, pero una corazonada le hizo cambiar de idea y se decidió por seguirle.

La cálida ambientación del bar Maverik le hizo buscar una mesa donde tuviera intimidad. Necesitaba concentrarse en sus ideas, tanto como tomarse un trago largo y fresco. Eligió beberse un gin tonic. Lo disfrutó de

un solo trago hasta que los hielos rebotaron en sus dientes.

El alcohol relajó el frenesí de ideas que se agolpaban en su cabeza. Lo invadió una agradable sensación de calma y placidez, más el respectivo cambio de perspectiva conque su mente empezó a percibir el problema.

Ahora, no le costaba demasiado concebir con cierta claridad las truculencias de Claudio Maturana para meterlo en aquel plan suyo.

Pero... ¿Cuál es el plan? - con su vista fija en el gin tónica recién servido y mientras su dedo índice le daba vuelta a los hielos, Alfredo repasaba los diferentes eventos del pasado que le llamaron la atención sobre la personalidad del empresario. Su flácido apretón de manos le seguía entregando sensaciones incómodas.

Sintió vibrar su teléfono en el bolsillo de su chaqueta.

¿Hola?

Hola, Alfredo, soy Helmut...

Hey, Helmut... ¿Cómo estás? - le dio gusto escuchar la voz de aquel chico

Bueno... Bien... Sí, bien... ¿Y tú qué tal?

Alfredo, evocó algunos detalles del rostro de aquel *maricón bonito* e imaginó que estaría necesitado de algo

Yo, bien, aquí tomándome un gin en el bar del mall de la Kennedy... ¿Te apetece?

¿Ahora?

No, el viernes del mes que viene... Jajaja... ¡Claro que ahora!

Sí, qué tonto... Bueno, me encantaría... - por su cabeza pasó el fantasma del manejo - *No quiero manejar, así que llamaré a un taxi...*

Como tú quieras. Después te llevo de vuelta...

Helmut, estaba emocionado

Oca. Te veo en un rato... ¿Estás en el Maverik, verdad?

Ahá...

Ok. En 30 minutos estoy ahí. Hasta pronto...

Helmut, apretó el botón del citófono que lo comunicaba con la recepción del edificio

Hágame el favor de conseguir un radio taxi. Estaré listo para salir en 15 minutos

Se dio una ducha, se cambió de ropa y frente al espejo del closet le dio un repaso a su imagen hasta sentirse satisfecho de lo que veía.

Helmut, con su madre fallecida cuatro años atrás y como hijo único, había heredado el pent-house y varias otras propiedades de su padre tras un fatal accidente en su avión bimotor que capotó hacía dos años en un lugar casi inexpugnable de la Patagonia.

Fueron aquellas dos fatalidades las que cambiaron completamente su carácter y modificaron su temperamento. De ser un chico feliz y extrovertido, pasó a volverse retraído e insociable. Desarrolló una furia enorme en contra del dios que alababa su madre y terminó por convertirse en un ser amargado y rebelde. En ese período oscuro de sí mismo desarrolló el gusto por castigarse hasta hacerse daño. Llegó un momento en el que experimentó con su sexualidad con el solo afán de sentir dolor.

Cuando Alfredo lo vio venir, se dio cuenta que aquel chico tenía para él un atractivo excitante. Pensó que, más allá de expresar marcadamente un lado femenino, poseía ese halo de sensualidad fatal que calzaba perfectamente con su estilo sofisticado de niño rico homosexual.

Se levantó de su asiento para darle un abrazo. Se sentaron uno frente al otro. Helmut, pidió un pisco sour. Alfredo, tomó un largo sorbo de su trago. Inmediatamente, se dio cuenta que el alcohol se le había subido a la cabeza lo suficiente como para tener que estar alerta. El peligro de una lengua traposa estaba demasiado cerca.

Helmut, lo miró y soltó una risa que a Alfredo le pareció graciosa

iVaya!, veo que me llevas un par de tragos de ventaja...

Noup... solo uno... y este otro... Jajaja...

A Helmut le parecía encantador ese aire tosco de Alfredo. Sentía que era un hombre que sabía contenerse y que más allá de cualquier atisbo de vulgaridad, creía ver en él a un tipo de buenos sentimientos que parecía tender a la sinceridad y la camaradería. Estaba emocionado de sentirse

tan a gusto con alguien a quien recién empezaba a conocer.

Dejando de lado su natural timidez y recelo, alzó su vaso para chocarlo con el de Alfredo

¡Salud por esta amistad nueva!

¡Bravo por ti! - exclamó Alfredo dándole un manotazo en el hombro - *Te veo optimista y muy... digamos que... bien*

Helmut, rio de buenas ganas

¿Y entonces, qué me cuentas? - Alfredo tenía una mirada chispeante - *¿Cómo va la vida...eh?*

Pues, nada... - Helmut, contuvo el impulso de irse por lo negativo - *Ahí vamos andando... haciendo cosas... Bien, en general...*

¿Y en comandante?

Jajaja... algo mejor... ¿Y tú?

Bien... y mal. Digamos que algo complicado en el trabajo... con dudas y otras cosas...

Nada grave... imagino

No... No... Solo ese asunto incómodo de la incertidumbre... Estoy como en la mitad de un túnel... sin saber si debo ir a la izquierda o a la derecha... - hizo un gesto chistoso con el índice levantado - ... y aclaro que no soy comunista... Jajaja...

Helmut, no se rio. Tomó las palabras de Alfredo como una revelación de algo que parecía importante

¿Y qué pasa si te equivocas de dirección?

Ahá... he ahí el asunto... - le dio un leve apretón en el brazo - *Sería muy malo que me equivocara... De hecho, no puedo equivocarme...*

Intrigante asunto... ¿Y cómo podrías estar seguro de tomar la dirección correcta?

Alfredo, enderezó su espalda como si quisiera tomar distancia antes de confesarse

Descubriendo cuál es la verdadera intención detrás del plan de un tipo

que... es mi superior... mi jefe...

¡Vaya! Tenemos el mismo problema...

No me digas... ¿También tienes un jefe que te cuenta mentiras?

Alfredo, notó una cierta pesadumbre en la mirada de Helmut

No... Yo, no tengo jefe... Lo que tengo es una especie de amigo... alguien especial. Un hombre mayor que muchas veces me entiende, que es súper lúcido... pero que otras tantas veces parece una persona oscura que tiene la mente llena de ideas de poder o cosas por el estilo...

¿Lo quieres?

Helmut, se sintió sorprendido con la pregunta. Sin embargo, le arrebató el impulso de desahogarse

No sé... antes... hace unos días... te habría contestado que sí – se bebió de un sorbo el resto del trago y luego suspiró apretando los labios - ... Ahora, no sé...

Perdona la pregunta, amigo... pero ¿tú eres mayor de edad o qué?

¿O qué?... Jajaja... ¡Qué pregunta tan rara!... - el pisco sour le hacía sentirse relajado y liviano - Sí, señor, soy mayor de edad... Acabo de cumplir los dieciocho... aunque algunos creen que tengo menos...

Sí, yo también lo creí... Jajaja... - su cerebro insistía en mirar el lado femenino de aquel chico. Se daba cuenta que había algo en él que le atraía sexualmente. Luchaba por mostrarse indiferente a aquella excitación. Entonces, quiso desviar el curso de esa sensación que lo empujaba a la conquista

Bueno, pero volviendo a lo de mi superior... tengo que decir que él está metido en algún tipo de complot que no sé cuál es...

Helmut, podía percibir la agitación que provenía de Alfredo. Se daba cuenta perfectamente que estaba como ansioso o quizás... algo más.

¡Qué mal! Nada más infame que un tipo con poder... Bueno, a lo mejor me estoy adelantando demasiado... ¿Este superior tuyo es un hombre de poder?

En realidad, no sabría decirte... es un empresario muy ambicioso que tiene a la química de su lado...

Helmut, se quedó de una pieza. Sintió un apretón en la boca de su estómago

¿Química?... ¿Me estás hablando en serio?... ¿Cómo se llama aquel tipo?

Alfredo, estaba sorprendido por la reacción de Helmut. Pudo notar que se había puesto bastante tenso

¿Por qué?... ¿Te recuerda a alguien?

Helmut, no sabía qué pensar. Quiso ver en el rostro que tenía enfrente alguna señal que le hiciera ver que aquel no estaba jugando con él.

No... No sé... Lo que pasa es que me acordé de alguien... un tipo... alguien que es un especialista en asuntos de la química...

Ya veo... - Alfredo, sintió que había algo más detrás de esa respuesta - ...
¿Y cómo se llama aquel hombre?

Este... Juan... Juan Poblete...

Bueno, si de algo te sirve, este tipo del que te hablo, no es aquél... -
Alfredo intentaba descifrar el cambio de humor en Helmut

¿Y a qué se dedica Juan Poblete?... Digo... más allá de la química...

Dudó antes de contestarle

Lo único que sé es que es dueño de un laboratorio...

Ahora fue el turno de Alfredo para quedarse perplejo

¿Me estás jodiendo?... Esta sí que es buena... El tipo del que yo te hablo también es dueño de un laboratorio...

Helmut, estaba desconcertado. Por su mente pasaban imágenes de algún tipo de complot en el que Claudio Maturana era el gran protagonista. No podía descifrar si Alfredo tenía algo que ver con ello

No me digas... trabajas para Claudio Maturana...- dijo fijando al máximo su atención en el semblante de su interlocutor

Alfredo, no se inmutó. Ya había comprendido todo

Así que Claudio Maturana es tu Juan Poblete...

Ambos, se quedaron mirando detenidamente. Helmut, quiso presentir que

Alfredo no era parte de algo premeditado

iNo lo puedo creer! - exclamó – Quiero creer que a ti no te mandó Claudio para algo que no atino a comprender qué podría ser...

Alfredo, lo tomó del brazo

Pues, quédate tranquilo. No hay nada de eso. Yo, estoy aún más sorprendido que tú... ¡Vaya puta coincidencia!

Sí... es difícil de creer que estemos hablando del mismo Claudio – exclamó Helmut

Y todo fue por lo del artículo aquel... - replicó Alfredo

iSí... qué locura!

Una vez rota la tensión y, en principio, descartadas las sospechas, ambos se quedaron absortos en sus pensamientos por varios segundos. Alfredo rompió el silencio

¿Qué tan bien conoces a Maturana?

No sé... Ahora, como que me doy cuenta que lo conozco muy poco...

Pues, tendré que decirte que lo que se me viene a la mente sobre él no es nada muy bueno. Mientras más vueltas le doy, más creo que tu amigo está metido en algo muy feo...

¿Cómo qué?

Pienso que tiene que ver con... sus socios... Creo que Claudio Maturana se quiere deshacer de sus ingenieros y socios del laboratorio...

¿Cómo deshacer?... ¿Te refieres a eliminarlos?... ¿A un crimen?

No sé si tanto, pero pienso que, al menos, les está preparando alguna jugada que los hará salir del negocio...

Bueno, Claudio Maturana, enrabiado, podría ser un enemigo extremadamente peligroso... - Helmut recordó un episodio – Es un tipo muy determinado... capaz de cualquier cosa con tal de salirse con la suya...

¿Y cómo fue que te... aliaste con él?

La pregunta lo pilló de sorpresa.

Creo que me tomaré otro pisco sour antes de contestar a esa pregunta

Alfredo, le hizo un gesto a la camarera y luego le mostró a Helmut la palma de su mano abierta

Perdona, no te quise incomodar. Simplemente, la pregunta llegó sola a mi bocota...

Helmut, le sonrió con simpatía

No te preocupes... Creo que hasta me va a resultar útil contarte cómo fue que llegué hasta Claudio Maturana...

Alfredo, se dio cuenta que con la sacudida, tras el descubrimiento de ambos relacionados con Claudio Maturana, su mente parecía haberse despejado del sopor del alcohol.

Helmut, se quedó absorto unos instantes con el vaso en posición de brindis. Alfredo, alzó el suyo y esperó a que el chico saliera de su ensimismamiento.

¿Por qué podríamos brindar? - dijo Helmut de pronto- ... ¿Por...nosotros?

¡Por nosotros! - exclamó Alfredo y chocaron los vasos. Helmut, se zampó la mitad del pisco sour. En segundos el alcohol se le había subido a la cabeza. Se sentía algo turbado

¿Viene entonces la historia? - la pregunta de Alfredo lo desconcertó por un segundo

¿La historia?

Así es, estimado... la historia que puso a Helmut en el camino de Claudio Maturana... ¿O fue al revés?

Helmut, luchaba por coordinar las ideas y encontrar las palabras. Del desconcierto, pasó a una emoción que le apretaba la garganta

Ah, eso... No es la gran cosa... Solo las ganas de no estar solo... - sus ojos parpadearon como queriendo evitar las lágrimas - ...Ser hijo único de padres... fallecidos... es... una cosa horrible... una tragedia monstruosa... difícil de digerir...

Eh...Claro que sí - Alfredo pensó entonces que era una mala idea llevar a Helmut por el camino de aquellos recuerdos - Lamento escuchar lo de tus padres... ¿Podemos cambiar de tema y hablar de otras cosas... como de lo

que haces para vivir, por ejemplo? ¿Trabajas?

No te compliques, Alfredo – sus ojos mostraban que el alcohol había hecho un gran efecto en él –... No tengo problemas en hablarte... O sea, yo... conocí a Claudio en un lugar equis... una feria... un evento en el parque Araucano... No me gustaba para nada... Era solo un señor grande que comía un sándwich enorme... que le chorr...chorreaba... ¡Uf, qué palabra tan complicada!...le chorr...rreaba... los zapatos...

Alfredo, no sabía si reírse o sentir lástima por el momento que pasaba Helmut.

Señor... le dije... el sándwich le está ensuciando sus zapatos. Así fue como lo conocí...

Alfredo, se largó a reír

¡No me digas! ¿Y eso fue todo?

Pues... sí... Así lo conocí... Tonto de mí que andaba buscando cualquier cosa que me hiciera acallar mis pensamientos... Me sentía mal y tenía ganas de hacer alguna estupidez... - le hizo un gesto a la camarera - Necesito agua...

Se zampó todo el contenido mientras su respiración resonaba dentro del vaso

Ahora sí – exclamó poniendo el vaso vacío sobre la mesa - ¡Uf...!, tenía la lengua pegada al paladar... Creo que ya me llegó oxígeno al cerebro...

Jajaja... - la risa de Alfredo retumbó en la sala. Helmut, rio con él.

Después, se quedaron en silencio. Helmut, bostezó y el contagio fue inmediato. Decidieron entonces que ya era hora de irse a dormir. Ninguno de los dos estaba en condiciones de alargar la jornada ni tampoco parecía haber ansiedad ni energía para algo más. Un abrazo fraternal dentro del coche fue la despedida frente a la puerta del edificio de Helmut.

Alfredo, lo miró cruzar el umbral del acceso, y pensó que era un chico estupendo... un bomboncito...

¿Un bomboncito? - se sorprendió de su propia expresión - ¿Qué te pasa? ¿Estás caliente o qué?... ¿Te gustan los maricones?... ¡No, por supuesto que no!... ¿Pero, te gusta este, verdad?...

Se recostó en el asiento y se quedó absorto en sus pensamientos durante

varios minutos.

Helmut, vio el número en la pantalla del celular y su corazón se aceleró

Hola, de nuevo... estoy aquí, en la puerta del edificio... ¿Te parecería bien si subo?

No hubo respuesta, solo el estridente chasquido del seguro de la puerta al abrirse.

¡Vaya, esta sí que es buena! - exclamó Edgar Elices – Hay alguien que no va a estar nada de contento cuando se entere que su mariconcito juega a varias bandas...

Esa mañana, Alfredo entró al laboratorio cargado de energía. A pesar de la sensación de alerta que le producía toparse con Claudio Maturana, su cabeza bullía en pensamientos alegres, al tiempo que sus emociones lo llevaban a conectarse con la percepción de un futuro excitante y lleno de promesas.

Su experiencia de aquella noche con Helmut lo había transformado completamente. Se sentía dichoso. Ni siquiera era capaz de concebir que apenas días atrás tenía cerrados conceptos respecto de la homosexualidad y de sí mismo como hombre.

Sin embargo, también una parte de sí intentaba descifrar el fondo de sus emociones; sentía la necesidad de saber si lo suyo tenía que ver con la lujuria o en verdad era algo romántico, sentimental.

Creía percibir a Helmut, no como un hombre o una mujer o un homosexual, sino simplemente como a un ser humano a quien le encantaba tener cerca, disfrutarlo, comunicarse con él, hacer planes y desearlo para sí en su futuro.

Pero, a pesar de su alegría, su mente lo castigaba con ideas preconcebidas y con esa pertinaz sensación de ser simplemente un *calentón* y estar engañándose a sí mismo.

Su debate mental se topó de frente con la otra realidad que había pasado a segundo plano.

Cuando cruzó el pasillo que lo llevaba a su oficina, se percató de aquel extraño y sombrío personaje sentado en la sala de espera, que había visto otras veces. Entendía que aquel sujeto era un visitante regular a la oficina de Claudio Maturana.

La recepcionista le devolvió el saludo con una sonrisa

Isabel, además de... de... ¡Vaya!... se me fue el nombre... ¿Cómo es que se llama este hombre que espera a don Claudio?

El señor Edgar Elices

Claro... Edgar... ¿Hay alguien más citado a la oficina de Don Claudio?

Sí, a las 10:00... y... a las 11:30

Ahá. ¿Y en la tarde?

Tiene un almuerzo... y... estará libre después de las 17:00

Una vez en su escritorio, buscó en su libreta el teléfono de su contacto. No le costó demasiado tiempo averiguar quién era el tal Edgar Elices. El informe indicaba que el sujeto era un sicario colombiano con seis años de estar afincado en el país. Definitivamente, algo muy oscuro estaba cociéndose en la mente de Claudio Maturana.

En ese instante, pudo vislumbrar un panorama espeso y peligroso para sus intereses. Se dio cuenta que si los acontecimientos desembocaban en una tragedia, aquello se volvería una historia con policías, investigaciones, revisión de antecedentes y todo lo demás. De seguro, terminaría preso, quizás acusado de cómplice o algo por el estilo.

¡Qué cagada! - sus pensamientos se pusieron febriles. Fue, entonces, que su cerebro lo llevo de vuelta a la idea original de la bolsa con dinero debajo de la mesa. Pensó que él debería estar lejos cuando ocurrieran los hechos...

¿Cuáles hechos?... ¿Cómo sabes con certeza que aquí va a ocurrir un crimen o algo por el estilo? - fue al baño y se lavó la cara con agua fría - *¡Es que está de cajón!... ¿Qué otra cosa podría estar planeando Maturana con el tal Elices?*

Tras pensarlo por unos cuantos minutos, decidió que lo mejor sería... desaparecer. Pero, no se iría con las manos vacías.

...Y tampoco le voy a dejar el camino abierto a Maturana para que se apodere de todo... Tendré que hablar con uno de los socios... Con Pedro Ramírez... Sí, con Pedro Ramírez... y... con Helmut...

El mar turquesa, las arenas blancas, el sol radiante, las caipiriñas, Helmut... todo aquello que anhelaba le llenó la mente y la piel de sensaciones apremiantes. No tuvo la menor duda de que debía moverse

con suma rapidez si quería transformar esas imágenes en una realidad.

Imaginó la cara de Pedro Ramírez cuando le expusiera los planes de su socio

¿Pero, cómo confirmo absolutamente que eso es así?

Se vio a sí mismo con una 38 en la sien de Elices para hacerlo confesar sus planes con Maturana. Sin embargo, no le pareció una buena película. Demasiado violenta para su gusto. Pensó, entonces, que sería mejor encontrar la fórmula para ganarse la confianza de Ramírez. Tendría que ser muy convincente. Aunque, por otro lado, estaba aquello de la evidente mala relación que Maturana tenía con sus socios. Todos en el laboratorio sabían de la prepotencia con que Maturana dirigía la empresa, como si no tuviera socios con quienes compartir ni consultar sus decisiones.

Tendría que ser extremadamente cuidadoso antes de soltarle la bomba a don Pedro. No obstante, por más vueltas que le dio al discurso, no pudo encontrar las palabras adecuadas para convencerse que el hombre lo escucharía sin que se le ocurriera salir corriendo a la oficina de Maturana y quizás denunciarlo con él.

Pensó que lo mejor sería conversar de todo aquello con Helmut. Le haría bien repensarlo y, a la vez confirmar si de verdad Helmut estaba en sintonía con la complicidad que parecía haberse generado entre ambos.

Helmut, se acunó entre sus brazos como quien busca un refugio para el alma. Alfredo, estaba emocionado y feliz. Esa manifestación amorosa de Helmut lo había llenado de energía. Ahora, sus planes tenían toda la razón de ser del mundo.

Rodeado de la refinada opulencia presente en la arquitectura y el mobiliario del pent-house de Helmut, pensó que los 150 mil dólares le eran imprescindibles para su autoestima. Quería que Helmut viera que él era perfectamente capaz de gobernar el mundo que quería construir para los dos. Sus complejos lo empujaban a no pensar muy bien.

Sentados uno al lado del otro en el amplio sofá, Helmut, destapó la botella Isidora, de Cousiño Macul, unos de sus vinos rosé preferidos.

Alci, quiero que sepas que estoy contigo en lo que decidas hacer... con la excepción de esos 150 mil dólares, que me parece una tontería, un riesgo totalmente innecesario... Y por otra parte, no me hago grandes ilusiones en que todo salga perfecto... ni que lo que suceda entre tú y yo... dure una eternidad...

Hizo una pausa para beber un sorbo de vino

Tú, eres un hombre grande... y yo, no sé qué voy a ser... ni siquiera sé si algún día llegaré a ser grande...

Alfredo, empezaba a preocuparse

Pero, Helmut... no seas pesimista... Lo que te he propuesto me sale de aquí adentro... - le tomó una mano y se la puso en su pecho - Mira, de aquí viene todo...

Helmut, tenía ganas de llorar

Se abrazaron y estuvieron largos segundos así, hasta que la mente de Alfredo se despertó abruptamente ante la urgencia de tener que tomar decisiones.

Claudio Maturana, a través de la ventana de su oficina, contemplaba la hermosa orquídea violeta que colgaba del árbol adjunto a la terraza del patio. Siempre le pareció que las orquídeas eran una especie de plantas tan exóticas como extravagantes.

En su cerebro, sus pensamientos eran un enjambre de ideas tórridas y salvajes. Podía ver el rostro de Helmut, pero no podía conectarlo con el *hijo-de-puta* de Alfredo Cifuentes por ninguna parte. Le parecía ridículo que Helmut se hubiese involucrado con un *mediocre* como ese. Era cierto que últimamente había estado algo alejado del chico, pero de ahí a que *el muy cabroncito se volviera puta y se metiera con cualquiera...*

¿Y cómo este cabrón llegó hasta Helmut? ¿Cómo un muerto de hambre con antecedentes falsos termina en el pent-house de Helmut? ¿Qué está pasando aquí? ¿Estoy siendo parte de alguna maldita confabulación?

Se dio vuelta para encarar a Edgar Elices. De sus ojos brotaban chispas de ira

¿Cómo sabes exactamente lo que dices, eh? ¿Cómo sabes lo que pasó entre ellos?

Jefe, solo le cuento lo que vi. No estoy insinuando nada. Como le dije, el tipo y el chico se abrazaron en el interior del coche. Luego, el muchacho se bajó y entró al edificio. El hombre se quedó en el vehículo y estuvo allí por cinco o más minutos... y luego se bajó. Fue hasta la puerta del edificio, apretó un botón en el panel junto al portón eléctrico... y luego entró. Eso fue todo...

¿Y cómo sabes que el fulano este iba donde Helmut?

No tengo idea, jefe. Le repito que solo le estoy contando lo que vi...

Mierda... mierda... ¡Mierda!... ¡No hay nada ahí!...

Si usted lo dice...

¿iCómo si usted lo dice!?...¿iQué quieres decir con eso!?

Nada, Don Claudio... tranquilícese... Solo digo que a lo mejor todo es una cabrona coincidencia y el hombre iba a ver a otra persona...

iClaro... justamente el imbécil ese iba a ver a otra persona después de dejar a Helmut ahí mismo! ¿Tú crees que soy idiota... o qué?

Bueno, Don Claudio... entonces dígame lo que usted cree que ocurrió...

¿Lo que ocurrió?...Yo te voy a decir lo que ocurrió... El pendejo ese... ¡Se ha pasado de la raya!... ¡Eso es lo que ocurrió!... Pero, esto no se va a quedar así... No, no, no...¡No, señor!...

Don Claudio, yo le pido que piense muy bien lo que va a hacer. Le recuerdo que estamos por resolver el tema de sus socios y que ello tiene que ver con ese mismo fulano Cifuentes...

El hombre se dejó caer en el sillón de su escritorio. Observó el rostro de Edgar Elices y se dio cuenta que aquel tipo, ese mercenario, ese feo y maldito asesino a sueldo, tenía razón. De la rabia de imaginar a Helmut revolcándose con el infeliz aquel, sus emociones y pensamientos lo llevaron a centrar toda su atención en acabar de una buena vez con esa sociedad de porquería que no le permitía lograr todo aquello que su ambición le empujaba a conseguir para sí.

De pronto, en su rostro se dibujó una mueca feroz

Bueno, si va a caer uno... pues que caigan los dos juntos... ¿No crees?

¿Se refiere a sus socios o al muchacho?

Siempre creí que Helmut era una bomba de tiempo que podía servir a la causa... - se puso de pie y fue hasta el bar. Regresó con un whisky en una mano y un ron en la otra. Deslizó el vaso de ron sobre la superficie de su escritorio hasta ponerlo al alcance del hombre en frente suyo

...Su furia en contra del mundo es una buena herramienta para conseguir cosas... Levantó su vaso y lo hizo chocar con el otro que aún permanecía sobre el escritorio – Por eso, Edgar, ahora tendremos a dos tortolitos, en

vez de uno solo, para cargar con la culpa de todo...

Cuidado, don Claudio... es más complicado involucrar a dos personas en un asunto de esta naturaleza...

¿Por qué?... ¿Dónde está el problema?

Pues, porque eso significa tener que hilar más fino para que las circunstancias, las pruebas y todo lo demás que los incrimine se multipliquen por dos... La idea de eliminar uno ahora pasa a ser la confabulación de deshacerse de dos... Y eso es ya más complicado de construir sin una certeza absoluta que no queden cabos sueltos...

Maturana, soltó una risotada

¿Tú, eres filósofo o qué?... ¿De dónde sacas tanta imaginación para una cosa tan simple?... Piénsalo... si los dos se van de alguna manera... ¿Cuáles serían las circunstancias, pruebas y todo lo demás que dices?... ¿Eh?... Déjame decirte que la tumba se lleva todo...

Sí, don Claudio, pero usted tiene que considerar que todos esos muertos están relacionados con usted... - enumeró con sus dedos - ... Este chico, el tal Alfredo... sus dos socios... Es mucha gente... Demasiadas fatalidades para que usted no tenga que ver con nada... ¿Entiende lo que le digo?

Esta vez, Claudio Maturana levantó su vaso y esperó que Edgar Elices hiciera lo propio

Ahora entiendo por qué cobras tan caro – exclamó con una mueca de sonrisa mientras hacía chocar los vasos

Bueno, señor, siempre hago lo mejor que puedo por mis buenos clientes...

(Aunque éste es bastante más estúpido que la mayoría de los más estúpidos) – se dijo, mientras su cerebro se afanaba en descifrar qué hacer con ese trabajo sin que las cosas le explotaran en la cara y terminara en la cárcel por culpa de un empresario idiota con ideas estrafalarias y peligrosas.

Señor, mi sugerencia es que nos concentremos en el plan original. Es decir, reunir la mayor cantidad de evidencia que ponga a Cifuentes en la escena de un complot en contra de sus socios o, al menos, de uno de ellos...

...Comprendo...

Lo otro, don Claudio... me refiero a lo del muchacho... Bueno, eso va a tener que esperar su momento. Sería un error fatal mezclar las cosas... Créame...

Su primer impulso fue el de explotar y exigir algún castigo en contra del *par de traidores*. Sin embargo, la abrumadora lógica expuesta por Elices lo dejó sin argumentos para hacer peticiones de venganza...

Mira, Edgar... necesito ipor lo menos! neutralizar a Pedro... Tendré que hacer un esfuerzo brutal para no perder la cabeza en presencia del cerdo de Cifuentes... Sin embargo, ilo haré!.... ¡Está decidido!... Pero, no me dilates lo de Pedro... Necesito que ese cabrón esté fuera de mi vida y de la empresa... ¡Ahora... pronto... ya!

El hombre observaba al empresario y se preguntaba cómo era posible que individuos tan estúpidos lograran tantas cosas en la vida y fueran capaces de hacerse ricos con un cerebro tan pequeño.

Entre las cosas propias que son necesarias para transformarse en un asesino a sueldo exitoso, Elices tenía una que lo hacía especialmente eficiente: su pragmatismo.

Su mente, centraba todo su accionar en la lógica funcional imprescindible para acometer cualquier trabajo de la forma más práctica posible. Por tal razón, este proyecto, con *ese imbécil*, cada día que pasaba, le gustaba menos. Es que se estaba cansando de tener que buscar fórmulas para hacerle entrar en razón. Se daba cuenta que con un tipo de esa calaña de razonamiento se corría el riesgo inminente de verse enfrentado a un sin fin de cabos sueltos. El errático comportamiento del empresario, su extravagancia y esas explosiones de carácter, le hacían vislumbrar un resultado nefasto.

Elices, disfrutaba del dinero, pero no se volvía loco por conseguirlo de cualquier forma. A él, le gustaba mucho más, tomarse su tiempo y hacer las cosas bien ordenadas, limpias y sin huellas. Le fascinaba centrarse en los detalles básicos y, gracias a su intuición exacerbada, era capaz de detectar mucho de lo imperceptible al momento mismo de poner el lápiz sobre el papel y empezar a garrapatear cualquier proyecto en el que había que destruir algo o cometer alguna felonía.

Elices, veía siempre, primero, los detalles. Y en este caso, todo indicaba que había demasiadas posibilidades de que algo saliera mal.

¡Viejo pendejo! - a pesar de su estado de ánimo y de su natural rudeza, le dio risa su espontánea interjección. Se daba cuenta que, en realidad,

Claudio Maturana era más joven que él.

Cuando notó cierto cansancio y que su mente estaba ya divagando más de la cuenta, sacó un pequeño frasco de su chaqueta y eligió la pastilla que le pareció la más armónica con el ambiente del momento. El sicario, como buen psicópata, tenía ciertas manías. Y una de ellas era aplicar la misma obsesión de los tenistas: ponía tres o cuatros pastillas sobre la palma de su mano y tras menearlas y darles vueltas, elegía la que le daba la sensación de ser la mejor, la más potente.

Unos cuantos minutos después, la metanfetamina lo ponía a experimentar esa energía y agudeza mental que lo hacía sentirse fuerte y en control de todo. En esos momentos, y mientras el lápiz corría sobre el papel, podía escudriñar en los detalles y ver con toda claridad la maraña de conexiones que había entre ellos.

La respuesta que le llegó en forma de una revelación anunciada, le mostraba, en toda su dimensión, lo que ya sabía: que aquel proyecto, no tenía destino y que lo único verdaderamente inteligente por hacer era cobrar y retirarse.

Garrapateó unos números y luego, en la calculadora, redondeó la cifra. Después, sacó la Glock 19 del maletín, le quitó el cargador, expulsó la bala de la recámara y desarmó la pistola en tres partes. Mientras analizaba los pormenores de su reunión de despedida con Claudio Maturana, sus manos expertas rociaban la espuma y limpiaban meticulosamente con un paño de microfibra cada pieza de su arma favorita.

Hernán Barruntes Solís, detuvo su enorme Toyota Tundra frente al semáforo en rojo. A pesar de haber dormido algo más de las ocho horas que acostumbraba, se sentía somnoliento y cansado. Su reloj marcaba las 09:27. Trató de recordar los episodios importantes del día anterior y no encontró nada que tuviera que ver con su cansancio.

Quince minutos de pala y picota para enterrar a ese pendejo no son para que me sienta...

Fue entonces que su cerebro revivió el otro incidente: los varios minutos de carrera cuesta arriba en el cerro para alcanzar al *maldito cadáver...*

El bocinazo a sus espaldas le hizo descubrir que, al frente suyo, el semáforo estaba en verde. Miró por el retrovisor panorámico y pudo ver con toda claridad el rostro descompuesto del *gordo estúpido del coche rojo estúpido...*

Otto Bazturk, era un hombre irascible. De hecho, los cinco segundos que la enorme camioneta delante de él llevaba parada frente a la luz verde, le

parecieron una cantidad de tiempo inaceptable.

Entonces, nuevamente, hizo sonar la bocina de su coche con impaciencia

Lamentablemente para él, no tenía la menor idea de quién era el tipo que iba al volante de aquel enorme pedazo de camioneta detenida en la luz verde. Para desgracia suya, su mal carácter también venía emparejado con un ego estrafalario y un cuerpo grande y voluminoso que le daba esa apariencia de ser alguien a quien se debe temer en cualquier disputa que incluya un encuentro físico. Y, obviamente, el portador de tamaña anatomía, estaba totalmente seguro que con solo bajar del coche y presentarse ante el oponente - cualquiera que fuera - era más que suficiente para que aquel se arrepintiera de sus intenciones y optara por retirarse.

Lo que ocurrió después fue una serie de eventos coléricos, desgraciados, infaustos y absolutamente innecesarios. Y todo se desencadenó porque el del vehículo *monster* con luz verde, porfió en no moverse. Entonces, el del ego con cuerpo grande y voluminoso, hizo sonar la bocina como anunciando la llegada de un ataque aéreo. El conductor cansado, que venía de enterrar a un muerto, metió la mano en la guantera y sacó una Baretta APX de 9 mm, la que puso justo en frente de su retrovisor. El gordo, ya colérico, metió su mano derecha debajo del asiento y sacó una Sig-Sauer P-226 y la puso contra el parabrisas para que el *pendejo* delante suyo se diera cuenta que no le convenía meterse con él. Sin embargo, la Baretta APX asomó por la ventanilla del conductor apuntando hacia el cielo y se oyeron tres disparos.

Sin siquiera pensarlo, el gordo sacó su Sig-Sauer P-226 por la ventanilla, pero, en vez de apuntarle al aire, el obeso del mal genio dirigió la mira del cañón directamente hacia el *hijoeputa* de la camioneta detenida en frente suyo. El matarife, se percató de la maniobra por el panorámico y con gran celeridad puso marcha atrás, aceleró a fondo, soltó el embrague y su *monster* salió disparada estrellándose violentamente en contra del Ford del sorprendido gordo colérico que, no solo no alcanzó a disparar, sino que con el golpazo, a duras penas pudo evitar que la pistola se le escapara de las manos. A partir de ahí, y apenas el gordo se recompuso, vino un intercambio de metralla digna de una guerra de trincheras. Tres balas se incrustaron en el parabrisas del Ford justo donde segundos antes estaba la cabeza del voluminoso, el que, dada la dificultad de mover su anatomía con la premura necesaria para evitar llenarse de orificios, optó por la urgencia de recostarse en el asiento. Apenas se detuvo la ráfaga de balazos, y con una celeridad casi impropia de aquel volumen de carne y huesos tan grandes, el gordo se enderezó en el asiento y, en lo que dura un segundo, su Sig-Sauer P-226 se puso a descargar, a través del parabrisas, un vendaval de balas que hicieron trizas el vidrio trasero y el espejo panorámico de la Toyota. Lo que siguió después, fue un largo y aterrador silencio entre los gritos y carreras para buscar refugio de la

gente que circulaba por la calle.

El gordo, apuntaba con su Sig-Sauer hacia todos los puntos de la camioneta donde pudiese asomar la cara del *hijoeputa* aquel. Tras la balacera, todos los automóviles cerca de ellos habían desaparecido. Entonces, el obeso, calculando que bajarse era para él una tarea llena de dificultades, se decidió aprovechar que su coche seguía con el motor encendido, y en un santiamén, puso la reversa y el auto salió disparado hasta detenerse abruptamente al chocar su maletero en contra de una pandereta a unos 20 metros de distancia de la camioneta.

El brillo del cañón de la Baretta asomándose justo por encima del pickup de la Toyota, le dio tiempo al regordete de recostarse nuevamente sobre el asiento, mientras la lluvia de balas que se le vino encima reventaba lo que quedaba del parabrisas y del espejo retrovisor de su Ford.

De pronto, se escuchó el ulular de una o varias sirenas. Tal acontecimiento, hizo que ambos contrincantes cambiaran su proyecto de matar al *hijodeperra* que tenían enfrente y optaran por escapar del lugar antes que la policía se hiciera presente.

El matarife-enterrador fue el primero en subirse a su monster y lanzarla a toda velocidad por la primera bocacalle que tuvo a su alcance. El gordo, se enderezó en el asiento cuando escuchó el chirrido de los neumáticos de la Toyota, y sus ojos, cargados de un veneno capaz de derretir el acero, siguieron la trayectoria de la *puta* camioneta hasta perderla de vista. No más de diez segundos después, se pudo escuchar el chirrido de unos frenos, un choque brutal y, casi inmediatamente, el loco trepidar de una balacera infernal.

El gordo, con una mirada asesina y el convencimiento absoluto que todo aquello tenía que ver con el *malnacido* de la monster, condujo lo que quedaba de su Ford hacia el lugar de los hechos. Justo al doblar en la esquina, pudo observar el frenesí de la gente en pánico huyendo en todas direcciones y parapetándose detrás de cualquier cosa. En medio de la escena, estaba la monster hecha añicos en contra de un par de coches policiales que bloqueaban la calle. Atrincherado detrás del pickup de la Toyota, el que venía de enterrar un muerto, disparaba en contra de cuatro policías que estaban guarecidos en las patrullas volcadas.

El gordo, a espaldas del matarife y desde la parte alta de la calle, observaba el espectáculo allá abajo. De pronto, decidió que la batalla era demasiado desigual y que aquél, era el hombre que le hacía falta. Entonces, hizo el esfuerzo de bajarse del coche, se sacudió los trozos del parabrisas en su ropa y fue hasta el maletero. De su interior, sacó una Airtronic China Lake 4x40, su escopeta lanza-granadas de corredera, y

una de sus armas predilectas.

Revisó la carga de sus tres granadas en el depósito más una en la recámara, calculó que había unos 45 metros hasta los policías y elevó el cañón de la Airtronic. Las dos granadas que cayeron sobre los coches policiales hicieron que la batalla llegara a su fin inmediatamente. Los policías quedaron desparramados por el suelo.

El hombre parapetado detrás de su camioneta se dio vuelta y quedó petrificado. Podía haber esperado cualquier cosa, incluso un ataque extraterrestre. Pero, nunca, ni en sus delirios más extravagantes, habría imaginado que aquel gordo demente llegara con un lanza-granadas a... ¿ayudarlo?... ¿a salvarlo?... ¿O vendría otra granada para él?

Se quedaron inmóviles, mirándose mutuamente por unos instantes. Entonces, el gordo le hizo una seña con su mano, urgiéndole a ir hacia él. El hombre se echó a correr calle arriba y cuando llegó a su lado, el gordo apuntó hacia la Toyota y soltó dos granadas más que hicieron pedazos lo que quedaba de ella.

Los coches policiales que llegaban a la escena no pudieron sortear el montón de escombros, cuerpos y restos de automóviles que bloqueaban la calle.

El matarife y el gordo, sin mediar palabra, se subieron al destartado Ford y desaparecieron.

La oficina de Pedro Ramírez, no se parecía en nada a la de Claudio Maturana. Todo en ella era una mezcla de muebles de todo tipo, atiborrados de libros. En la pared, colgaban títulos universitarios y varios diplomas de logros académicos en distintas especializaciones. En las otras paredes, había pizarras tapizadas de referencias a fórmulas y otros cálculos.

Sentado, frente al amplio escritorio cubierto de carpetas y papeles, Alfredo hacía su mejor esfuerzo para ganarse la atención del ingeniero y convencerlo de que su advertencia era real y verdadera

Pedro Ramírez, del otro lado del escritorio, lo observaba en silencio. A pesar de sus aprehensiones y recelos, la historia que le contaba Alfredo Cifuentes tenía toda la lógica del mundo. Hacía un buen tiempo que sospechaba que su socio andaba detrás de algo siniestro respecto de su persona. Ese presentimiento se avivaba cada vez que le hacía ver a Claudio Maturana su desacuerdo por su forma de llevar la empresa. Sin embargo, al considerar la cercanía de aquel personaje con su socio, dudaba de las intenciones detrás de esas confesiones

Puedo aceptar... y hasta creer lo que me cuenta, Alfredo, pero no entiendo cuál es su interés en este asunto... ni qué busca para sí...

Don Pedro, yo sabía que esto iba a ser complicado... Tuve muchas dudas sobre hablar con usted o no... Para mí, solo quiero que Claudio Maturana no se salga con la suya...

Alfredo, sentía sobre él la aguda mirada del hombre

No, don Pedro, no le busque... no tengo ninguna otra intención al contarle todo esto – hizo una pausa para cargarse de energía - ...lo único... aparte de esto... es que quiero rescatar a Helmut...

¿Helmut...?... ¿Y quién es Helmut?

Alfredo, se quedó de una pieza. No se le había ocurrido imaginar que aquel hombre no sabía nada de Helmut

Helmut, don Pedro, es un chico honesto que... bueno... digamos que ha estado un poco perdido... porque ha sufrido mucho... y entonces ha terminado... digamos que... enredándose... con su socio...

¿Cómo enredándose? ¿Usted se refiere a algo sexual?

Así es, señor...

¡No me diga!... O sea, Claudio Maturana, aparte de todo, es un homosexual... Pero... ¡qué cabrón! No lo habría imaginado nunca...

Alfredo, sintió una ola de calor subiéndole por todo el cuerpo. Hizo un esfuerzo por no descomponerse

Ese chico, señor, es un gran chico... Es mi pareja... mi amigo y mi compañero... Lo quiero fuera de la vida y de los dominios de Claudio Maturana...

Pedro Ramírez, se sintió entre sorprendido e incómodo. En ese instante, vio en Alfredo a un hombre que hablaba desde su amor propio. Lo sintió honesto y sincero. Tanto así que hasta intentó pulimentar su referencia a la homosexualidad

No me malinterprete, Cifuentes... No tengo nada que decir de las preferencias sexuales de las personas... Solo que, en el caso de este hombre, me causa molestia su impronta de macho alfa, su soberbia y todo lo demás, para finalmente enterarme que, además de ser un delincuente, tiene amoríos con otro hombre... con un chico...

Alfredo, se empezaba a impacientar. No quería hablar de Helmut con nadie

Sea como sea, don Pedro, usted corre peligro. Deberá tomar decisiones urgentes sobre este asunto... Se lo digo abiertamente...

Pedro Ramírez, pensó que lo mejor sería darle cuerda para ver hacia dónde quería llevarlo

Sí... entiendo... pero... ¿Qué se puede hacer?...

Escúcheme, don Pedro, le diré algo que no le va a gustar... Pero, correré el riesgo de hacerlo porque creo que este es un momento para poner todo sobre la mesa... No habrá muchas más ocasiones para que usted y yo tengamos la oportunidad de hablar sobre esto...

El hombre lo escudriñaba como si quisiera ver en su interior

Debo confesarle que, yo...vine aquí... con la intención de quedarme con las bolsas de dinero que llegan de la gente de Costa Rica... Es la verdad...Yo, solo quería agarrar la plata y desaparecer...

El ingeniero no mostró ninguna señal de estar sorprendido o algo por el estilo. Siempre pensó que cualquiera que trabajara directamente con su socio no podía ser alguien muy íntegro

Sin embargo, la oferta de trabajo que me hizo su socio, me desarmó mi forma de pensar o acerca de la meta que tenía. Sinceramente, decidí descartar lo de la plata porque, a pesar de ni siquiera comprenderlo ni comprenderme... simplemente, me enamoré de la idea de hacer un gran proyecto de seguridad para esta empresa... Y le confieso que yo no sabía nada de seguridad... Pero, de repente, así de la nada, me sentí responsable por el trabajo que me dieron... por la oficina... y por todo lo demás...

Comprendo... pero...

Permítame, don Pedro... le termino la idea... - entrelazó sus manos y las puso sobre el escritorio - Usted sabe muy bien que los negocios de su socio son negocios sucios... la mano del narcotráfico está involucrada... las platas que llegan aquí son platas de lavado...Usted, su otro socio y el laboratorio, están contaminados con las truculencias de Claudio Maturana y el cartel de Costa Rica... ¿Lo sabe, verdad?

Por la cabeza del ingeniero pasaron las imágenes de las tantas veces que había temido que lo de Claudio Maturana fuera descubierto. Recordó aquello del avestruz y maldijo su estupidez de guardar silencio y haberle dejado el camino despejado a ese *canalla*. Al mirar a los ojos de su

interlocutor, se dio cuenta que no había otra cosa más que hacer que aceptar la realidad.

Así es – pudo decir

Alfredo, dio un suspiro de alivio. Sintió que, finalmente, había llegado a donde quería

Bueno, señor, entonces usted se tiene que dar cuenta que Claudio Maturana no se va a detener por culpa suya y de su otro socio. Él, contrató a un colombiano... Edgar Elices. Él, es un sicario, un criminal...

Lo conozco de vista... ¡claro que sí!... Así que ¿ése es el aliado de Claudio?...

Sí, señor...

¿Entonces... Alfredo... qué es lo que propone usted que yo haga? - ahora había genuina inquietud en su semblante

Si le soy franco... no tengo idea...vine a hablar con usted sin ningún plan muy claro... - se puso de pie y caminó en círculos - ... habrá que pensar en algo... y rápido...

Sí, pero a mí no se me ocurre qué... No soy experto en cosas como estas...

Mire, don Pedro, hagamos una cosa... Deme un par de días para elaborar algún plan. Mientras tanto, usted averigüe todo lo que pueda...

¿Qué voy a averiguar?

Cualquier cosa que tenga que ver con los negocios de su socio... cualquier asunto que le parezca digno de investigarse... las platas, las cuentas, los depósitos... los envíos de sus productos... lo que sea.

Bien...veré qué puedo hacer... - se puso de pie y extendió su mano - ... Pero, le advierto... más bien, le informo... que también hablaré con mi abogado...

Alfredo, estrechó con fuerza la mano del ingeniero que le devolvió el apretón con igual firmeza

Si confía en él ciento por ciento y ese abogado suyo no tiene nada que ver con Claudio Maturana... hágalo

Aquellas palabras y su forma de estrechar su mano, le sirvieron para

presentir que Alfredo hablaba con la verdad.

Otto Bazturk, condujo el Ford sin parabrisas ni espejo retrovisor, por el estrecho camino de tierra que terminaba frente a un sólido portón de madera hecho de palos redondos. La propiedad estaba amurallada en todo su perímetro con un frondoso cerco vivo de crateus, unos arbustos espinosos de más de dos metros de altura

Ni el gordo ni el matarife habían dicho palabra alguna durante todo el trayecto.

Con el coche detenido frente al portón, Hernán Barruntes quiso saber cuál era la idea

¿Se abre solo... o quieres que yo abra?

El gordo lo miró con una sonrisa extraña

Tranquilo...

De pronto, se oyó un chasquido y el portón, en vez de abrirse, comenzó a descender hasta hundirse completamente en el suelo.

¡Vaya...esa sí que es buena! - exclamó el matarife

El gordo sonrió con una mueca de satisfacción

El camino interior de la parcela cruzaba un pequeño bosque de pinos hasta un prado y unos jardines de hortensias, agapantos, clivias, convalarias y otras plantas con flores circundando todo el frente de una hermosa casa de madera de dos pisos en cuyo costado derecho había una cochera para varios vehículos que estaba cubierta y coronada por una enorme y florida buganvilla de un intenso color fucsia.

El gordo detuvo el Ford junto a la cochera. Hernán Barruntes estaba impresionado con el portón, la casa, los jardines y la pulcritud de todo el conjunto. Se notaba que ahí había mucho mantenimiento.

Al bajarse del coche y justo cuando le iba a hacer un comentario, apareció un hombre desde el interior de la cochera. Era un sujeto muy alto y delgado, ataviado con un raído overol naranja pálido y un sombrero de paja que conoció mejores tiempos.

Otto – dijo el hombre

Zurk – exclamó el gordo

Ambos, se quedaron mirando al matarife como esperando que éste dijera algo

Hernán – dijo. Y cuando esperaba alguna reacción, algún saludo o algo por el estilo, el hombre y el gordo se dieron media vuelta y caminaron hacia la entrada de la casa. No le quedó otra cosa que seguirlos

Adentro, todo lucía impecable. El vestíbulo daba paso a una sala dominada por un gran sofá y un par de holgados sillones, todos de cuero negro, rodeando a una imponente mesa de centro rectangular de patas anchas.

El gordo, lo llevó por un amplio pasillo y lo puso frente a la puerta abierta de una habitación

En el botiquín del baño tienes casi todo lo que vas a necesitar para esos cortes y heridas. Ve lo que hay en el closet que te pueda servir para vestirte. Zurk, te va a traer un desinfectante

El gordo, entró en otra habitación y se fue directamente a la ducha. Después, con unas pinzas y algodones empapados en un antiséptico recién hecho que le trajo Zurk, se limpió y quitó el resto de los pequeños pedazos de vidrio y otras esquirlas incrustadas en sus brazos.

Hernán, pensó que el alcohol era mejor para limpiar sus heridas, pero, Zurk, con un gesto fraternal le hizo entrega de un recipiente con agua de matico

Póngase esto... es mejor que el alcohol

Al mirarse en el espejo, el matarife se dio cuenta que tenía una decena de pequeños cortes en la cara y el cuello. También, tenía rasguños y moretones en los brazos. De pronto, cayó en cuenta que estaba adolorido de todas partes.

Zurk y el gordo ya estaban instalados en el sofá y con un trago en la mano cuando Hernán apareció en la sala. Se le quedaron viendo y ambos soltaron una risa que inmediatamente dio paso a unas carcajadas

El matarife, se miró sus ropajes y no les encontró nada divertido. Sin embargo, rio con ellos

Pareces un inmigrante al que le dieron una buena paliza... Jajaja

Y tú no lo haces nada de mal... parece que te pegó el mismo que me aporreó a mí... - exclamó el matarife sentándose en un sillón, y todos rieron

¿Whisky, gin, vodka, ron o cerveza?

Un vodka doble y solito me caería de maravillas

Zurk, puso sobre la mesa de centro, una botella de Stolichnaya, un vaso de cristal, un recipiente con hielos y un platillo con rodajas de limón

Hernán, se sirvió una generosa porción y luego se puso de pie. Levantó el vaso en dirección al gordo.

Quiero hacer un brindis por este hombre... uno de esos tipos raros que, en vez de eliminarte, cuando tiene ganas de matarte... elije salvarte... Brindo por él porque lo que hay en su corazón es un misterio... uno de esos misterios que nos sirven para creer que la amistad se puede construir en cualquier parte... aún en medio de las batallas y las ganas de meter unos tiros...

El gordo, lo observaba fijamente. Hizo un esfuerzo para ponerse de pie. Le dolía cada parte de su voluminoso cuerpo. Alzó su vaso

Bueno, compadre, la amistad no se construye con palabras sino con hechos... Así que yo también brindo por la balacera, los cerdos que se fueron al infierno y por tu camionetota... que se fue a la mierda... Jajaja

No hay problema... era de un muerto

El gordo, le hizo una seña a Zurk. El hombre fue hacia la puerta de entrada y de un pequeño tablero en la pared sacó un juego de llaves.

Esas – señaló en gordo con su mano – son las llaves de una Mazda BT-50 que mi amigo Zurk pondrá a tu servicio cuando decidas irte. Después, cuando terminemos el trabajo, si te da por aceptarlo, te regalaré una de esas grandotas que te gustan a ti... y a tus muertos

Los tres rieron de buenas ganas

Si el trabajo es tan bueno... y lo podemos hacer juntos... me gusta la idea – exclamó el matarife alzando su vaso

Bien por eso, broder... ¡Hagamos entonces un salud por el éxito!

Después de brindar, Hernán Barruntes hizo sus cálculos y pensó que lo mejor era ir al grano de una buena vez. Se daba cuenta con toda claridad que el gordo no lo había salvado porque sí.

Ahora... y si te parece bien... me gustaría conocer en detalle de qué se

trata el trabajo...

Mira, Hernán, el asunto es algo bastante sencillo, pero tiene su cuento. Resulta que existe un laboratorio químico que lava dinero para un cartel de Costa Rica. Son tres los dueños de esa empresa. Sin embargo, uno de ellos, se contactó con mi amigo Zurk. Se conocen desde el tiempo en que este hombre que ves aquí era el genio encargado del mantenimiento del Parque Metropolitano...

Ahora entiendo el porqué de la belleza de este lugar – exclamó Hernán Barruntes señalando a Zurk, que le devolvió la gentileza con una sonrisa y alzando su vaso

Así es... y como te decía, este dueño de la empresa, un ingeniero químico... prácticamente un ratón de laboratorio, tiene graves problemas con uno de sus socios, quien está directamente a cargo de todo y quien ha puesto al laboratorio al servicio del cartel de Costa Rica y quien, además, está extendiendo sus nexos con ellos instalando una sucursal del laboratorio en ese país...

Este ingeniero y ahora amigo y cómplice mío, quiere ponerle fin a todo lo relacionado con el cartel. Quiere deshacerse de sus socios, de la empresa, cobrar unos seguros y empezar limpiamente todo de nuevo...

¡Guau... no quiere casi nada! - exclamó Barruntes y los tres soltaron la risa

Bueno, parece mucho, pero en realidad no es tanto si hacemos un solo paquete con todo... - el gordo hizo una pausa a la espera de alguna reacción de Barruntes

¿Y cómo harías eso? - exclamó éste

Bueno, he creído que meterse con un cartel... nunca es una buena idea. Por lo tanto, y para hacer un trabajo limpio y sin consecuencias, es necesario... por no decir de cajón, que nadie del cartel nos conecte con este trabajo. Debemos pasarle todo el gasto a un pendejo que está metido, justamente, con el otro dueño de la empresa, un tal Claudio Maturana... y que es el cabrón que se asoció con el cartel.

¿Y ese pendejo, quién es?

¿Cuál? ¿El pendejo o el otro dueño?

El pendejo – exclamó Barruntes y los tres rieron

¡Nadie! Es un fulano que se llama Alfredo Cifuentes, que apareció de repente y se puso a trabajar en la empresa por insistencia de este

Maturana. Se supone que es un experto en seguridad, pero tengo información de que el tipo no es más que un golfillo de esos que andan detrás de alguna oportunidad. El tipo, le apunta a las remesas en efectivo que llegan del cartel...

Entonces... ¿Por qué no dejar que el cartel se haga cargo de borrar nuestras huellas? - dijo Barruntes

¡Exacto! Bien pensado... De hecho, ese es el plan para salir limpios... - el gordo le enseñó su pulgar levantado - Una vez terminado el trabajo y con las remesas en nuestro poder, debemos dejar huellas que conduzcan todo directamente a ese Cifuentes...

Entiendo... ¿Y cuál sería el orden a seguir? ¿Qué haríamos primero? - exclamó Barruntes

Bueno, lo primero que debemos tener claro es que hay que destruir el laboratorio. Lo segundo es que el tal Maturana debe desaparecer... Y lo más sencillo sería que se hiciera carbón al igual que toda la puta empresa - los tres se echaron a reír

...Lo que sí es que el incendio no puede comenzar en las instalaciones. Me he comprometido a que los seguros no tengan excusas a la hora de pagar... Por lo tanto, tenemos que armar una gresca, algún zafarrancho, afuera... Algo que reviente en la calle o al lado y termine por extenderse hasta el pendejo laboratorio...

¡Ahá!... eso se ve divertido... - exclamó Barruntes y los tres volvieron a reír con ganas

Una de las cosas que al gordo le funcionaba muy bien era su intuición. El comentario que acababa de hacer Barruntes, le dio la certeza que su espontáneo plan de incluirlo en este proyecto, en el mismo momento que se empecinaba en matarlo, fue una de esas decisiones suyas, incomprensibles, que casi siempre terminaban por ser de las mejores. Le parecía que aquel sujeto encajaba perfectamente con su estilo y su forma de trabajar

Entonces... - continuó el gordo - y para los fines de coordinación, debemos considerar que Maturana deberá estar inconsciente, desmayado o lo que sea imenos muerto! cuando comience el incendio...

Perdón... - interrumpió Barruntes - ¿Y dónde están las remesas?

En un escondite muy pendejo, debajo de una mesa...

¡Vaya!... eso sí que es... exótico – las risotadas rebotaron en las paredes

Más bien... ¡estúpido! - exclamó Zurk y las carcajadas se hicieron más fuertes

Bueno... - siguió el gordo – debo decir que estos tipos del laboratorio son unos tontos. No sé cómo se han salvado de las bandas que se dedican a los asaltos de empresas que mueven dinero en efectivo. Me parece casi un milagro...Y por eso, debemos apurar la causa... - levantó su vaso – Tengo la garganta seca... Hagamos un brindis por el éxito...

Al alzar su vaso, sintió una puntada por los golpes en su brazo. Barruntes, le vio hacer el gesto de dolor

A mí también me duele todo... - dijo soltando una carcajada

El gordo rio de buenas ganas y ambos hicieron chocar sus vasos. Zurk, se levantó de su sillón para sumarse al brindis.

Una pregunta... ¿Tenemos a alguien adentro?

Sí, señor Barruntes... Buena pregunta... Tenemos a Manuel, el hombre que está a cargo del mantenimiento del lugar... Es el que saca las basuras, el que pinta, el que arregla las goteras, el que cambia los focos... Ah, lo otro que debemos considerar es a un sicario colombiano, un matarife que trabaja para Maturana y que tiene fama de ser especialmente cabrón e inteligente. Habrá que neutralizarlo apenas asome su nariz en este asunto...

Neutralizar... es una de mis especialidades – exclamó Barruntes. El gordo y Zurk levantaron sus pulgares casi al mismo tiempo

Sabía que alguna gracia tenías que tener - exclamó el gordo y volvieron las carcajadas

Bueno, tengo que ganarme los frijoles... ¿O no?

Así es, hermano. Lo que sí es que tendrás que apurar el beneficio... Con Zurk hemos calculado que tenemos pocos días para que el fuego lo consuma todo... Los planes del tal Maturana pueden llevarlo a viajar a Costa Rica y eso significaría un retraso demasiado largo... No confío en la seguridad de esa empresa y temo que en cualquier momento los van a asaltar... Eso, sería fatal porque habría policías, cambios en la seguridad, asuntos de seguros... En fin, una serie de situaciones que nos las pondrían mucho más difícil...

Yo, estoy listo... claro que tendré que tomarme unos cuantos ibuprofenos

antes de empezar a moverme...

La ocurrencia de Barruntes reactivó las carcajadas que se prolongaron cuando el gordo mostró los moretones de sus brazos y en las costillas

De pronto, el gordo se puso serio y levantó una mano

Bueno, muchachos, ahora viene la parte más técnica de este asunto. Tendremos que definir paso a paso cuándo, cómo y con qué vamos a hacer este trabajo... Propongo que nos vayamos a descansar... estoy demasiado molido como para pensar bien... - miró a Barruntes y le dio un golpe en el brazo - ... Esta es tu casa... podemos dormir hasta la tarde... Luego, comemos algo y después nos ponemos a trabajar... ¿Qué te parece?

Me parece bien, hermano...gracias... - Barruntes le devolvió el golpe en el brazo y el gordo hizo un exagerado gesto de dolor que hizo que los tres rieran de buenas ganas.

En medio del vapor del agua caliente que emanaba de la tina del espacioso baño, Helmut pasó la toalla por el espejo para poder contemplarse. Acercó su rostro lo suficiente como para observar en detalle lo que quería ver. Estaba seguro que la tensión y el estrés se verían reflejados en su cara. Sin embargo, lo que vio fue el brillo alegre de sus ojos...vio algo en sus pupilas que definió como una chispa de felicidad...vio la faz de un chico lleno de energía y emociones vibrantes...

¿Entonces? ¿Por qué estoy tan... tan inquieto...o angustiado? ¿O soy un idiota que está feliz y que tiene miedo de despertar y... de perderlo todo? ¡Tonto!...eso eres... ¡Un tonto re tonto!

Tomó el láser, se sentó en su butaca especial para depilarse y empezó a pasarse la máquina por la piel de su pierna izquierda, desde los tobillos hasta arriba del muslo. Se miró sus genitales y sintió el mismo desprecio de siempre por *esa cosa fea, tonta y peluda...*

¡Qué estúpido puedo ser de repente!

Después, y tras mascullar otras cosas ininteligibles, se paró sobre la butaca para seguir la trayectoria de la máquina en la pared espejo mientras la hacía deslizarse por su trasero. Le gustaba lo que sus ojos veían. Tenía una silueta bien delineada que cualquiera, hombre o mujer, desearía para sí.

Los golpes de unos nudillos en la puerta lo sacaron de su ensimismamiento

¿Vienes?

Alfredo, estaba ansioso. Algo en su estómago le decía que tendrían que moverse rápido si es que querían conseguir salir bien de todo el asunto

¡Voy... dame dos minutos! - la voz de Alfredo lo había llenado de regocijo

Caía la tarde, cuando ambos, sentados frente a frente en la mesa del comedor de diario en la enorme cocina del pent-house, se contemplaban mutuamente como si cada quien estuviera esperando que el otro tuviera la solución perfecta que los arrancaría de esa sensación de angustia que el mismo Alfredo se había encargado de implantar cuando expresó la urgencia de tomar decisiones

Extrañamente, Helmut quería reír. Podía detectar la tensión en el semblante de Alfredo, pero también la dulzura en su forma de mirarlo. Se daba cuenta que aquel hombre quería protegerlo. Eso, era algo que le llenaba el corazón de gozo y de sensaciones luminosas. Tenía ganas de reír pero también de demostrarle su amor y entregarse a sus deseos. Sin embargo, había ese *algo* de siempre que no le dejaba tomar la iniciativa

Alfredo, fundido en la mirada de Helmut, percibía el cariño y el calor que emanaban de aquel chico y tenía unas ganas locas de abrazarlo y hacerle sentir que él podía protegerlo. Pero, al mismo tiempo, por su mente seguían corriendo apremiantes cálculos y fórmulas para salir de ahí antes que las cosas se precipitaran. Podía presentir con toda nitidez que las circunstancias que los rodeaban estaban cargadas de una urgencia insoportable. Su intuición lo conectaba insistentemente con la imagen del colombiano sentado en la sala de espera.

Creo que no vamos a poder esperar a lo que pueda hacer don Pedro – dijo como hablando consigo mismo

¿Pedro Ramírez?

Alfredo, asintió con la cabeza

¿Y qué iba a hacer Ramírez?

Nada. No me hagas caso. Lo que pasa es que nos habíamos puesto de acuerdo para cada uno hacer distintas averiguaciones sobre las truculencias de Maturana, pero ya no hay tiempo para eso. Creo que no serviría de nada...

¿Por qué? - a Helmut no le gustó el semblante de preocupación de Alfredo

Bueno, pienso que Maturana está ya moviendo sus fichas y su esbirro colombiano...

iElices! - exclamó Helmut

¿Lo conoces?

iCómo no!... claro que lo conozco... es el oscuro empleado todo servicio de Claudio...

Bueno, Helmut... ese, es el tipo que se hará cargo de hacer el trabajo sucio de Maturana... en cualquier momento... Hoy, estaba en su oficina...

¿Entonces... qué propones que hagamos?

Alfredo, se sentía enrabiado. Se daba cuenta que ya no lo sostenía su forma natural de tomar las cosas. Antes, habría actuado de manera temeraria y sin darle casi vueltas al asunto. Pero, esa sensación de tener un tesoro entre las manos y de no querer perderlo, le hacía dudar de sus impulsos.

Creo que voy a ir a la oficina a ponerle término inmediato a mi trabajo... voy a renunciar...

A Helmut le cambió el semblante

Imagino que no irás detrás del dinero...

No, no hay tiempo para eso. Sin la planificación necesaria, sería un error enorme poner al cartel detrás de nosotros por esa plata... podríamos perderlo todo...

Helmut, se abalanzó sobre él para abrazarlo

Amor... ¡qué felicidad que me digas eso!... No tenemos ninguna necesidad de esa plata...

Alfredo, le devolvió el abrazo inmerso en una dualidad de emociones. Por un lado, la felicidad, y por el otro, esa cuota de incomodidad que le daba su realidad sin dinero.

Pero, yo trabajaré sin descanso hasta que tengamos todo lo que nos haga falta – exclamó emocionado

Helmut, aferrado al abrazo, sentía que su corazón palpitaba de alegría.

Claudio Maturana, sentado en su escritorio, pulsó el botón del

intercomunicador

Isabel, hágalo pasar

Edgar Elices, había ensayado el discurso lo suficiente como para sentir que no debía dar demasiadas explicaciones. Sabía aplicar el método de autoenrabiarse para ganar aplomo y decisión en aquellas ocasiones en la que tenía que hacer el peor trabajo de todos: hablar.

¿Me traes buenas noticias? - cuando Elices cruzó el umbral de la puerta, el empresario tenía el brazo estirado hacia él con el vaso de ron en su mano

Bueno, señor... lamento informarle que no son tan buenas... - exclamó en el momento justo en que el ingeniero chocaba su vaso con el suyo. El semblante amistoso del empresario se transformó en una mueca de hosquedad. Se dio media vuelta para ir a sentarse con marcada rudeza en el sillón de su escritorio. Sus ojos severos tenían un signo de interrogación

¿Qué es lo que pasa? - exclamó con una voz fuerte

Elices, lo vio hacer y cuando definió el tono de la pregunta y la actitud bravucona del ingeniero, sintió una carga de energía oscura subiéndole por su estómago.

Bueno, don Claudio, la cosa es simple... Este plan suyo es un mal plan y las posibilidades de que prospere en algo beneficioso son... nulas... En otras palabras, su proyecto está destinado al fracaso...

Claudio Maturana, se quedó estático. El golpe de las palabras del hombre enfrente suyo lo dejó aturdido. No podía creer lo que escuchaba. Lo invadió una ola de furia

¿iQué dices!? - se puso de pie en una actitud frenética y cuando estaba listo para gritarle sus verdades a ese *inmundo y pestilente colombiano de mierda*, se topó con la mirada feroz de un asesino que, de pronto, blandía una reluciente Glock 19 en su mano derecha y que, haciendo gala de un control espeluznante, la puso suavemente encima del escritorio

A ver, estimado... usted se me calma y se me sienta... ¡Ahora! - exclamó con voz potente y una mirada que al ingeniero lo dejó frío. A pesar de la aterradora actitud del sicario, hizo el intento de no mostrar todo el temor que sentía. Sin embargo, acató el mandato y se sentó de vuelta en el sillón antes de contraatacar

Pero... ¿Qué es lo que ahora pasa contigo?... ¿Acaso te pago muy poco o

qué?...

Mire, estimado... esto no se trata de lo que usted me paga – le apuntó con su índice - Esto, se trata de usted... y preste atención a lo que voy a decirle... Sus planes son malos... su proyecto es malo... Todos sus disparates para hacerse dueño de todo, no son más que grandes errores que nos harían... a usted y a mí... terminar con nuestros huesos en la cárcel...

El empresario temblaba de ira y de miedo. Frenéticamente, su cerebro buscaba una salida

... Si usted quiere arruinar su vida y perder todo lo que tiene... pues... adelante... ¡hágalo!... Pero, le digo una cosa... yo no quiero estar ahí cuando eso suceda...

El ingeniero pensaba en la Baretta 92 FS que tenía adherida debajo de la cubierta del primer cajón de su escritorio

... No, señor... Yo, no me voy a ir al despeñadero por culpa suya...

Sus cálculos le decían que no tenía ninguna posibilidad de sacar la Baretta

... Por lo tanto, don fulano – metió la mano en el bolsillo del pañuelo de su chaqueta y sacó un papel que deslizó sobre el escritorio hasta ponerlo frente a sus ojos - ... quiero que arreglemos lo que tenemos pendiente y simplemente me pague el número que dice aquí... y asunto arreglado... Usted para su casa y yo para la mía...

Aquello de “don fulano” le hizo darse cuenta que esa *maldita alimaña* lo abandonaría sin remedio o le pegaría un tiro a las primeras de cambio. Miró la cifra en el papel e hizo el gesto de abrir el primer cajón de su escritorio.

El sicario, ya con la pistola en la mano, siguió sus movimientos hasta que el ingeniero sacó la chequera y terminó de rellenar el documento.

No está demás decirle, estimado, que no vaya usted a cometer el error fatal de complicarme el cobro de este maldito papel... No me gustan los bancos ni me gustan los cheques... Así que voy a ir al banco una sola vez... y a cobrar esta mierda una sola vez...

Claudio Maturana, percibía en toda su dimensión la sarta de amenazas detrás de las palabras del sicario. Se daba cuenta que no tenía ningún caso intentar salvar su relación con él y que lo mejor que podía pasar era pedir que se largara de una buena vez. Recobró algo de su aplomo al convencerse que la solución de esa situación estaba en la plata y que todo

lo demás era solo discurso

No tienes para qué ponerte violento ni recordarme algo como eso... puedes cobrar tu dinero cuando quieras... Yo, no tengo problemas con eso.

..

Bien, entonces... - se puso de pie. Por instinto o por intuición, sintió que el cajón abierto del escritorio y los ojos vidriosos del empresario eran algo que no estaba bien. Se puso al lado del hombre, miró al interior del cajón y luego lo señaló con su pistola

Estimado, hágame el favor de cerrar esa gaveta y me da la llave

Entre sorprendido y contrariado, el empresario obedeció. Mientras le entregaba el llavero hizo su mejor esfuerzo en no demostrar ninguna señal de su excitación interior ante la perspectiva de que aquel *cabrón* se pudiera percatar de la presencia de su Baretta *Buena suerte con lo suyo... la va a necesitar... y mucho...* Elices, pensó en extender su mano para despedirse con algún signo de cordialidad, pero se dijo que tal cosa no venía al caso

El empresario hervía de rabia, pero fue incapaz de expresar nada de lo que sentía ni tampoco de decir una palabra

Le dejo las llaves con su secretaria – dijo desde el dintel antes de cerrar la puerta tras de sí

Claudio Maturana, se quedó estático, absolutamente paralizado por esa mezcla de indignación y miedo.

Segundos después, y cuando calculó que el sicario ya debía haber abandonado el laboratorio, cogió el auricular del teléfono

¡Isabel.... urgente!... ¡comuníqueme con el coronel Fonseca!...

En ese instante, la puerta de su oficina se abrió y apareció la figura amenazante de Elices apuntándole con su pistola.

Claudio Maturana se quedó sin aire. Ni siquiera se percató de su orina bajando por sus pantalones

Elices se paró frente a él mirándolo fijamente mientras el cañón de su pistola le daba golpecitos en el pecho al estático y aterrorizado empresario hundido en su sillón

Mire, don pendejo... si quiere que le dé guerra y le ponga mi firma en toda la grasa que lo cubre... pues, yo lo hago con gusto... aquí hay 19 tiros de 9 milímetros cada uno... suficientes para poner mi nombre y mis

dos apellidos en toda esta puta piel suya...¿Me oyó?

De pronto, se oyó el zumbido del teléfono. Elices, tras hacerle un gesto de guardar silencio, apretó el interruptor

Don Claudio, tengo al coronel Fonseca en la línea

El sicario clavó su mirada en los ojos llenos de miedo del empresario

Don Claudio está en el baño. Me dice que lo disculpe con el coronel y que le diga que lo llamará de vuelta en cualquier momento

Ehhh... muy bien, señor...

Justo cuando Isabel colgaba el auricular tras informarle al coronel de la situación, emergió frente a ella la figura de Alfredo Cifuentes

Hola, Isabel... ¿Está disponible, don Claudio?

Está reunido con don Elices... pero, parece que no está muy bien...

¿Por qué lo dice?

Es que me pidió que lo comunicara con el coronel Fonseca... Pero, cuando lo llamé para avisarle que lo tenía en la línea, fue don Elices el que contestó el teléfono... Me dijo que don Claudio estaba en el baño... ¿Qué le habrá pasado?...

Alfredo, que venía con una gran carga emocional y mucha adrenalina en el cuerpo, elucubró que aquello era extraño. Se preguntó qué estarían planeando aquel par. Pero, más allá de aquello, no le cuadraba que Elices contestara el teléfono en la oficina de Maturana.

Se preguntó por qué le pediría a Isabel que lo comunicara con el coronel para luego meterse así no más al baño, sin avisarle. Algo no encajaba.

Se fue hasta la oficina del empresario y sigilosamente se acercó hasta pegar su oído en la puerta

... Ahora no me podré ir tranquilo pensando qué tipo de jugarreta va usted a intentar hacer a mis espaldas...

Claudio Maturana, presentía que aquel sicario estaba planeando matarlo ahí mismo

iNo... No... Elices... te prometo que no haré ninguna cosa! iNo me diga!... ¿Acaso no acaba usted de llamar a Fonseca? - el cañón de la Glock volvió a golpear el pecho del aterrado empresario - ¿O usted, don fulano, cree

que yo no sé quién es el coronel Fonseca?

¡Sí... sí...!

¿¡Sí, sí qué, don idiota?

¡Lo sé.... cometí un error! ¡El miedo me traicionó!

¡Jajaja... Esa sí que es buena!... Así que el miedo lo traicionó... - se fue a sentar frente a él arrastrando el cañón de la pistola sobre el escritorio. Elices, ya estaba disfrutando de aterrorizarle

Mire, don fulano... vamos a hacer lo siguiente... Como un pago justo por su deslealtad e ingratitud, usted me va a regalar los ciento cincuenta mil verdes que tiene bajo la mesa pendeja aquella... ¿Qué le parece?

¡Sí... claro... son tuyos!

Bien, entonces...Vamos por ellos - se puso de pie y con la Glock en dirección a los genitales del empresario lo conminó a hacer lo mismo y a moverse en dirección de la puerta - Después de usted...

Salieron, cruzaron el pasillo y cuando Elices, caminando detrás de Maturana, puso un pie en el interior de la sala del dinero, lo recibió un feroz puñetazo directo a la mandíbula. Antes que pudiera darse cuenta de lo que había sucedido, el otro golpe en la sien le hizo perder el conocimiento.

Ya con la Glock en su mano, Alfredo le señaló una silla al sorprendido y aún asustado Claudio Maturana

¡Siéntese ahí y quédese ahí! - tras cerciorarse que en el pasillo no habían testigos del incidente, cerró la puerta con llave

Maturana, recién se percató de la humedad de sus pantalones y el fuerte olor de su orina. La vergüenza le hizo perder hasta la última gota de su fortaleza.

Rápidamente, Alfredo arrancó el cable del teléfono y amarró las manos del sicario a su espalda. Luego, fue a pararse frente al abatido empresario

¡Míreme!... ¡Escuche muy bien lo que voy a decirle!...

En ese instante, Alfredo, pensaba en Helmut y en todo lo que se abría para ellos a partir de ese preciso momento. Su capacidad histriónica estaba en el límite máximo de sus posibilidades. Concibió la voz más

ronca y poderosa para su discurso

¡Sé todo en lo que está metido!... ¡Tengo todas la pruebas que lo pondrán en la cárcel hasta podrirse! ¡No habrá Fonseca alguno que lo pueda salvar! ... ¿¡Entiende lo que le digo!?

Claudio Maturana, se sentía destruido. No tenía fuerzas para pelear por nada. Apenas asintió con la cabeza y balbuceó lo del dinero bajo la mesa

¡Lléveselo!... es suyo... es todo suyo... no se preocupe por nada...

Ocurrió entonces que sus ojos se fijaron en la figura del desmayado Elices. Un sentimiento de rabia y rencor se apoderó de él. Vio sus manos atadas a su espalda, y de la rabia pasó a las ganas de vengarse.

Recuperó suficiente energía como para tratar de convencer a Alfredo

Escúcheme, Cifuentes... hágame caso... llévese los dólares... Yo, haré que este asesino cargue con la culpa de la pérdida... El cartel no va a perdonar...

¿Y cómo se yo que no va a mandar al cartel tras de mí?

Maturana, presintió que se le abría una puerta

No sea tonto, Alfredo... Usted me puede meter en la cárcel... tiene pruebas, incluso puede que tenga pruebas en otra parte... puede que le haya contado a alguien más... A lo mejor, a Helmut...

Sintió ganas de golpearlo

¡No meta a Helmut en sus estupideces! ¡Helmut, es un chico bueno que no tiene culpa de nada y que tampoco tiene nada que ver con sus planes idiotas ni con la vida de mierda suya!

¡Escúcheme, Alfredo!... lo de Helmut lo dije por decir algo... No tengo nada que ver con Helmut ahora... Él es libre de hacer lo que él quiera...

¿Ah sí? ¿Entonces para qué lo nombró?

¡Por favor, hombre!... Ya le dije... fue por decir algo... Además, yo ya sé que usted y él... bueno... se han conocido...o tienen algo... No sé...

¡Claro que tenemos algo!... ¡Nos queremos!... - lo invadió una gran excitación - ¡Eso tenemos Helmut y yo! ¡Amor, cariño, respeto... eso es lo que tenemos!

Maturana, a duras penas pudo contener el resentimiento y la rabia que querían explotar en él

Bueno... está bien... ¡lo felicito!... ¡de verdad, lo felicito!...

Alfredo, se dio cuenta que estaba perdiendo un tiempo precioso con aquel *bastardo* que solo estaba enredando la madeja y... *hablando mierda*. Pensó en el dinero y se dijo que, por último, esa plata tampoco le pertenecía a *ese infeliz*.

Siempre apuntándole con la pistola, fue hasta la mesa, apretó el botón de la clave, la levantó de un costado y extrajo la bolsa. Su mente trabajaba frenéticamente buscando la solución para salir de ahí con el dinero, pero también para decidir qué hacer con Maturana y el colombiano desmayado.

En ese momento, se dio cuenta con toda claridad que no había otra cosa que hacer que no fuera pactar algún tipo de arreglo con Maturana. Por todo lo que logró escuchar a través de la puerta, estaba más que claro que el empresario estaría feliz de vengarse de Elices. Entonces, concibió la idea

¡Escúcheme usted!

Le golpeó el hombro con la pistola. El empresario lo miró como quien está a punto de desmayarse

¡Hey, ponga atención! Esta será la última vez que usted va siquiera a pensar ni oír el nombre de Helmut... ni el mío... ¿Me oye lo que le digo?

Claudio Maturana, asintió con su cabeza

Alfredo, echó mano a su tono de voz más convincente

Bien... quiero que sepa que entre Helmut, su abogado, el administrador de sus propiedades y yo, hemos formado una red para asegurar que las pruebas en su contra no se puedan perder y que el cartel sepa a quién tiene que apuntarle los tiros...

Con el cañón de la pistola señaló al sicario desmayado

Ese tipo, es el otro cabo suelto que puede hacer que el cartel se haga cargo de dismantelar el negocio con usted y, de paso... enviarlo en un barril al fondo del río... ¿Me entiende?

Los ojos del empresario sobre el cuerpo desmayado de Elices, despedían

chispas

Bueno... señor Maturana... ya no hay tiempo para seguir aquí con esta charla...- dijo con voz ronca

El empresario miró el cañón de la pistola con ojos temerosos. Le temblaba la mandíbula

Pero... Alfredo... ya tiene el dinero... illéveselo... es todo suyo!...

Sí... pero estoy pensando qué será mejor hacer para evitar todo lo que sigue...

El hombre en la silla, imaginando que aquel le iba a meter una bala, hacía esfuerzos desesperados por encontrar una salida

¿Lo que sigue?... pero, Alfredo... ¡Piénselo!... No tiene nada de qué preocuparse...

¿Usted cree?

¡Claro que sí!... ¿De qué podría preocuparse?...

No sé... a lo mejor a usted le da por buscar venganza...

¿Venganza?... ¡Por favor, Alfredo! ¡No sea loco!... ¿Cuál venganza?... No me interesa ninguna venganza...

Entonces, puso su mirada sobre el sicario desmayado y lo señaló con su mano

Ese asesino, es el único que se llevará la culpa y el castigo por todo este lío... ¿No se da cuenta?... ¡Es perfecto!

Alfredo, sentía deseos de darle con el cañón de la pistola y volarle todos los dientes. La imagen de Helmut revolcándose con aquella *alimaña* le pareció algo repugnante. Temblaba su dedo sobre el gatillo. Tuvo que hacer un esfuerzo supremo para no dejarse llevar por la furia. Apretó las mandíbulas hasta hacer rechinar sus dientes y luego respiró profundamente antes de hablar

¡Escúcheme usted! Yo, voy a salir de aquí y usted se va a hacer cargo de arreglar todo este despelote de manera inmediata... ¿iMe oye!?...¿iEntiende lo que le digo!?

Sí... sí, sí... ¡Por supuesto!

En ese instante, sonó el teléfono sobre la mesa. Alfredo lo conminó a ir hasta el teléfono

Dele al altavoz... Sea quien sea, diga que está en una reunión...

Diga, Isabel

Don Claudio... ¿Está usted bien?

Sí... sí, Isabel... Cuénteme...

Nos acaban de avisar de que ha ocurrido algo en la propiedad vecina... parece que es un incendio o algo por el estilo

¿Y entonces...?

No... Es que estaba pensando en los protocolos de seguridad... por si acaso...

Alfredo, le murmuró en el oído las palabras que el empresario le transmitió a la secretaria

Usted tranquila, Isabel... espere instrucciones de bomberos... hablamos luego, estoy en una reunión importante... con el señor Elices... No me pase llamadas... Ah, el señor Alfredo Cifuentes va a ir por un trámite que le he pedido. Cuando lo vea salir dígale que lo espero mañana a las 10:00

Ante la perspectiva de aquella emergencia y la posible llegada de bomberos y policías, Alfredo se dio cuenta que tenía que salir de ahí de forma inmediata. Decidió jugarse el todo por el todo. Fue al baño y con la toalla de mano limpió la Glock. Como última precaución antes de partir, puso el arma en el estanco del retrete. Después, tomó la bolsa con el dinero y se dirigió a la puerta de salida

El empresario no sabía que pensar. Tras el discurso que Alfredo le hizo transmitir a la secretaria, se quedó imaginando cualquier cosa, incluso que era hombre muerto. Sintió una inmensa cuota de alivio cuando lo vio ir hacia la puerta

En ese instante, el hombre atado en el piso emitió una queja y trató de moverse

Alfredo, quitó el seguro de la puerta

La pistola está en el estanco del retrete. Tendrá que moverse rápido antes que las cosas se compliquen aún más... ¡Cuidado con lo que hace!

Antes que el empresario tuviera tiempo de replicar, Alfredo Cifuentes había cerrado la puerta tras de sí.

Claudio Maturana, con la Glock en su mano derecha y la adrenalina a tope, le descargó un culatazo en la sien al sicario que luchaba por levantarse con sus manos aún atadas a su espalda. Elices, se desmayó al instante.

Entonces, tomó las llaves que colgaban en el muro, miró hacia el pasillo por la puerta entreabierta, salió y le volvió a poner el seguro. Se dirigió raudamente a su oficina. Una vez en el closet del baño, eligió la ropa que estaba más a mano y luego se metió en la ducha.

Cuando salió del baño, recobró la energía suficiente como para pensar en *las ratas* de Alfredo y Helmut, más el *cabrón* de Elices. Se dio cuenta que la venganza tendría que empezar de inmediato y con el *hijoeputa colombiano*. La imagen del sótano fue lo primero que lo conectó con el sicario.

Pero, había algo que lo tenía extrañado. Le pareció que había demasiada inactividad a su alrededor. Estaba sorprendido que los teléfonos no sonaran o que no hubiese nadie en los pasillos. Se decidió por averiguarlo.

Isabel... ¿Qué me dice del amago de incendio?

Nada, señor, todavía no tengo respuestas

¿Le dio mi recado a Cifuentes?

Sí, señor...

¿Ya salió?

Hace... unos cuantos minutos, señor

¿Mis socios?

No están, don Claudio. Don Pedro, fue al dentista y no regresa sino hasta mañana. Don Fernando anda en Puerto Montt... por lo de la planta de celulosa...

¿Y los demás... toda la gente?... ¿Dónde está... el hombre de mantenimiento?

Todos trabajando... todos en sus puestos, señor... Manuel, el de mantenimiento, justo me llamó hace unos minutos. Está haciendo unas

reparaciones en el techo... ¿Quiere que se lo busque?

No, no... No es necesario... es que me pareció que había demasiado silencio en la empresa...

Sí... ¿verdad?... Parece uno de esos días que...

Bien, gracias... Ah, voy a estar en la sala uno... no me pase llamadas

Se maldijo por estar gastando el tiempo en *estupideces* cuando tenía que resolver algo tan fatal como deshacerse del *maldito colombiano*. Volvió a la sala y tras percatarse que Elices continuaba desmayado, levantó un lado de la mesa hasta recostarla completamente sobre el piso. Metió la mano en un costado del hueco del suelo y apretó el otro botón oculto. El sonido del picaporte al abrirse le permitió tirar de la palanca hasta que el fondo de la trampa se levantó completamente. Bajó rápidamente por la angosta escalera vertical hasta poner sus pies sobre el piso de la amplia bóveda dos metros más abajo.

De una gaveta, sacó una caja de metal de la que extrajo un frasco pequeño y un dosificador.

Subió de vuelta hasta donde estaba el sicario aún desmayado. Dejó la Glock en el piso y con algún esfuerzo logró poner al sicario de espaldas. Le abrió la boca y con el dosificador puso en su interior varias gotas del narcótico. Después, cerró de vuelta el acceso a la bóveda subterránea y se sentó en la silla con la Glock apuntando a la cabeza del colombiano mientras su cerebro buscaba febrilmente una respuesta que le ayudara a encontrar la mejor solución para deshacerse de aquel *infeliz*...

Afuera, en medio del bullicio de la calle, la columna de humo subiendo desde el techo de la casa desocupada se hacía cada vez más evidente

La puerta de acceso del laboratorio se abrió violentamente y tres hombres vestidos con trajes de bombero irrumpieron en el hall. Uno de ellos fue directamente a la recepción mientras los otros dos se dirigieron a la puerta que daba al interior de la empresa.

El gordo, premunido de una chaqueta anti flama de oficial de bomberos, le hizo una seña a la estupefacta y sorprendida recepcionista y al par de empleados que la acompañaban para que guardaran silencio, al tiempo que les conminó con ademanes urgentes a que prestaran atención al sonido que venía del suelo

¡Escuchen!

Los tres hicieron lo que les pidió el hombre, sin comprender nada de lo que debían oír. Aunque, de inmediato, Isabel asoció todo con el aviso de

incendio en la casa vecina

¿Qué está pasando? - exclamó

¿No oye?

No sé qué debo oír

¡El fuego, señorita... el fuego!

Tras unos cuantos segundos que parecieron un tiempo larguísimo y justo cuando Isabel le iba a preguntar al tipo aquel sobre los otros dos que habían entrado, empezaron a aparecer de uno en uno los asustados empleados de la empresa en dirección a la calle.

Hernán Barruntes, apenas entró al laboratorio, sacó la Taser, volvió a verificar la carga y se fue directamente a la oficina de Claudio Maturana. Se había instruido muy bien con los detalles del interior del inmueble así como con las fotografías de los dos a quienes había que neutralizar.

Manuel, minutos antes, le había llamado para informarle que Maturana y Elices estaban juntos o en la oficina del empresario o en la sala uno.

Tras comprobar que no había nadie en la oficina de Maturana, el matarife se topó con que la puerta de la sala uno estaba cerrada con llave. Golpeó fuertemente con sus nudillos.

Claudio Maturana, caminaba de un lado para el otro con la Glock en su mano, cuando escuchó los golpes en la puerta. No pudo imaginar quién podría atreverse a dar esos golpes cuando él estaba en la sala

¿iQuién es!?

iSoy bombero... hay un incendio!...¡¡Abra inmediatamente!!

iAhora no! iSalgo en unos minutos! -

iTiene que salir ahora! iNo hay tiempo!

iSoy el dueño de la empresa y dije que salgo en unos minutos! iVáyase!

El matarife pensó que, idealmente, el *idiota* ese podía quedarse ahí y cocinarse. Pero, tenía que hacerse de la plata bajo la mesa y también tenía que comprobar que todo estuviera muy ordenado para lo del seguro y que los personajes estuvieran acomodados para que el humo y el fuego se hicieran cargo de ellos. Entonces, no le quedó más remedio que tomar distancia y hacer que su bota le diera de lleno a la cerradura y la puerta

se abriera violentamente.

En el segundo que captó la escena del tipo tirado y amarrado de espaldas en el suelo, y del otro, al que reconoció de inmediato como la víctima número uno, con el rostro contraído y una Glock en su mano, supo a quién debía apuntarle. Entonces, apretó el gatillo de la Taser.

Los 50.000 voltios de la descarga en forma de dos electrodos, se clavaron en la anatomía de Claudio Maturana haciéndole convulsionarse y luego caer al suelo tras golpearse su cabeza en contra del canto de la mesa recostada en el piso. La mezcla del shock eléctrico y el golpe hicieron que perdiera el conocimiento de manera fulminante.

Barruntes, comprobó que el empresario estaba fuera de combate, pero vivo. Entonces, el matarife se puso a revisar el hueco junto a la mesa volteada pero no encontró ninguna bolsa con dinero. Aunque, sí se percató del pequeño frasco y el dosificador en el piso. Leyó la etiqueta, lo destapó y con suma precaución lo acercó a su nariz. Reconoció el fuerte aroma del alcaloide e inmediatamente lo asoció con el otro hombre desmayado. Se acercó a olfatear alrededor de su boca y pudo percibir el mismo olor. Entonces, calculó que aquel tendría para rato inconsciente. Rápidamente, le quitó las amarras y lo arrastró hasta ponerlo junto a la puerta rota.

Tomó su celular y envió un mensaje al gordo que mostraba dos signos: 0\$. Luego, se quedó mirando el cronómetro de su reloj y esperó hasta que retumbaron los muros con la explosión.

Los acontecimientos programados se precipitaron casi exactamente como lo habían indicado los cálculos del gordo. La carga que llevaría la lluvia de material inflamable hasta el laboratorio, hizo explosión cuando el fuego subió por las tiras de papel y alcanzó la ventana de la casa donde estaba colocado estratégicamente el tubo que servía de cañón. Toda la descarga fue a parar al inmueble vecino y, especialmente, al techo del laboratorio, donde, Manuel, el encargado de mantenimiento, acababa de poner una gruesa capa de cierto impermeabilizante industrial, en cuyo envase se leía la advertencia "Altamente Inflamable". Un tarro destapado y casi lleno del mismo material, sosteniendo la puerta abierta del techo hacia el interior, sirvió perfectamente para que el fuego se esparciera a los pasillos del segundo piso del laboratorio en forma de una viscosa masa ardiente que lo inflamaba todo.

El matarife, abandonó la sala y se fue hasta el final del pasillo donde estaba la escalera que conducía al segundo piso. Escuchó el crepitar de las llamas y pudo ver el humo asomándose en la boca de la escalera. Del interior de su chaqueta anti flama, sacó un paquete al que le rasgó la cubierta plástica antes de arrojarlo en contra de los escalones. Era el mismo material impermeabilizante del techo. Después, corrió por el pasillo

hasta llegar a la puerta que daba al hall de entrada al laboratorio. Sacó la otra bolsa plástica que traía consigo, la puso sobre el piso, la pinchó con la punta del lápiz y luego la dio vuelta. El líquido se esparció a todo lo ancho del pasillo. Enroscó una tira de papel, le prendió fuego con el encendedor y la dejó caer. Cuando cerró la puerta tras de sí, las llamas copaban todo el pasillo de entrada y se encaramaban por la puerta. El hall de la recepción estaba vacío y en silencio. Solo se podía escuchar el ulular de los carros de bomberos a la distancia.

Barruntes, abrió la pesada puerta metálica de servicio y salió a la calle lateral donde lo esperaban el gordo y Zurk arriba de una camioneta.

Desde su llegada al laboratorio, habían pasado 12 minutos.

Cuando los carros lanza agua llegaron al lugar, el laboratorio ardía en llamas por sus cuatro costados y el suelo se estremecía con la explosiones al interior del inmueble. Los bomberos tuvieron que retirarse a prudente distancia. Impotentes, observaron como en pocos minutos, toda la enorme estructura de dos pisos terminó por derrumbarse entre las llamas.

A pesar del calor sofocante, la falta de oxígeno y el entumecimiento que sentía en todo el cuerpo, Claudio Maturana, se las arregló para apretar el botón y asir la palanca que abría la tapa de acceso a la bóveda. Después, una vez adentro, cerró de vuelta la tapa, pulsó el interruptor y una segunda cubierta de acero se unía a la primera por debajo. Aquel habitáculo, que había sido concebido medio siglo atrás como un refugio, quedaba herméticamente aislado de la superficie.

Claudio Maturana, se miró en el espejo del baño y el estruendoso grito de furia que brotó de su garganta le hizo temblar. En ese instante, las explosiones que ocurrían sobre su cabeza hacían estremecer las paredes del refugio. Entonces, cerró la puerta de acero del baño con el doble cerrojo, se sentó en el retrete y apagó la luz.

La historia detrás de la construcción del inmueble se remontaba a los tiempos en que Giancarlo Metazzi, el millonario ingeniero metalúrgico italiano que lo hizo construir, temía que algún día su pasado pudiera exponerlo. Concibió entonces la idea de un espacio subterráneo donde refugiarse en el caso de que el ímpetu de la caza de nazis en la Argentina pudiera cruzar la frontera.

Cuando los socios del laboratorio compraron el recinto, fue Claudio Maturana el que tuvo un contacto más íntimo con el italiano y ambos

terminaron celebrando la compraventa en un restaurante donde el buen vino se hizo cargo de adormecer las defensas y los sentidos, al tiempo que la manifiesta complicidad entre ambos terminaron por aligerar sus lenguas. Fue entonces que el italiano de 86 años de edad y un sorprendente estado físico, le confesó los detalles acerca del refugio que había sellado con una nueva cubierta sobre el piso de la sala. Le explicó que lo había construido por miedo a que le robaran el oro y las joyas que su padre había acumulado porque desconfiaba de la estabilidad del dinero, de los bancos, de la bolsa y de la economía en general.

El oro y los diamantes no pierden nunca su brillo – decía su padre

Hablaron por largo rato sobre aquel recinto y el ingeniero metalúrgico acabó por referirse a ciertos alcances técnicos para hacer que aquel refugio fuera un espacio inexpugnable ante cualquier evento, y también le dijo a quién debía llamar para llevar a cabo ese trabajo.

Así fue como el nuevo dueño del inmueble se trajo al especialista italiano, cuyo padrastro había construido el refugio, para que lo acondicionara y le agregara los adelantos propios de los tiempos a casi 60 años de la fecha en que fue concebido.

Claudio Maturana, pensó que sus socios no tenían por qué saber de aquella guarida y, mucho antes que empezaran los trabajos en el inmueble para transformarlo en laboratorio, las remodelaciones del refugio en la sala uno y la mesa con el fondo falso, habían sido terminadas.

"Todos tenemos a alguien que nos quiere", reza la letra de la canción. Y Claudio Maturana, también tenía a varios que lo amaban y echaban de menos. Por eso, cuando abrió la puerta de su casa y se topó con su familia llorándole todos juntos en la sala, ocurrió una hecatombe de emociones que incluyeron gritos, alaridos y desmayos. La facha del ingeniero después de sortear los escombros carbonizados y húmedos para salir del refugio, lo transformaron en una especie de zombi recién salido de la fosa. Larissa, su escort favorita, que lo fue a recoger entre los escombros del laboratorio, llegó casi a tener dudas que aquel generoso cliente vip suyo por 5 años, estuviera realmente vivo.

Mientras el agua de la ducha corría por su cabeza aún adolorida por el golpe, el corazón de Claudio Maturana se retorció entre emociones asesinas, deseos de venganza y una búsqueda en tinieblas acerca de quién estaba detrás del atentado, quién fue el *cabrón* que lo planeó todo...y quien era el *maldito* que lo atacó y al que apenas alcanzó a vislumbrar antes de perder el conocimiento...

Su mente en ebullición lo llevó hasta la mirada asesina de Elices y entonces recordó que, al momento del atentado, el sicario estaba desmayado y narcotizado en la sala. Su imaginación lo trasladó a Alfredo

Cifuentes, pero al instante presintió que la confabulación no venía de ahí. Pensó, entonces, en sus socios. Se daba cuenta que si el laboratorio se había quemado hasta los cimientos era porque alguien pensaba cobrar el seguro. Y el seguro estaba a nombre de los tres... Pero, se necesitaba la firma de dos socios para hacer efectiva la solicitud del pago.

Evidentemente, uno de los dos hijos de puta es el que está detrás del atentado... ¿O son los dos?

¿Pedro?... ¿Fernando?... ¿Ambos?... ¡Difícil!... Pedro, es un mojigato de mierda que no sería capaz... Pero, Fernando... es un misterio...

Cuando salió de la ducha, Adrianela, su esposa, lo esperaba ansiosa en la habitación...

¿Qué vamos a hacer?... ¿Vas a llamar a la policía o qué?... ¡Tienes que hacerlo!...

¡Calma, mujer! ¡Tranquilízate!... Primero tengo que averiguar quién está detrás de esto... No puedo presentarme ante la policía sin tener idea a quién tengo que acusar... ¿Entiendes?... ¡Tengo que saber quién fue el hijo de puta que ha tratado de matarme!... Si voy a la policía, así, a lo pendejo, capaz que quede expuesto y me terminen culpando de algo... Tampoco quiero que me intenten matar de nuevo...

Pero, hombre... ¡Busca la ayuda de alguien... tu abogado... un guardaespaldas o algo como eso!... ¡Consíguete un sicario!

¿Qué dices?... ¿Cómo que un sicario?...

¡Por favor, Claudio!... No empieces ahora con tus juegos... Sé mucho más de lo que imaginas... Búscate otro Elices, mira que ese se volvió carbón...

El empresario estaba más que sorprendido. Nunca habría imaginado que su mujer estuviera enterada de cosas como esas. Y lo que más le desconcertaba era su soltura para referirse a alguien que acaba de morir brutalmente

¿Y cómo sabes tú de esas cosas? ¿Acaso me andas investigando... o qué?

¡No seas ridículo!... Elices, vino acá varias veces... ¿O no te recuerdas cuando lo mandaste a que me llevara al médico?... ¿O cuando ocurrió lo del corte de luz y nos quedamos a oscuras mientras tú estabas en Costa Rica?...

¿Y quién te dijo que era un sicario?

iAy, Claudio... no seas ingenuo!... No me costó demasiado averiguar quién era el tipo que andaba con una pistola en la sobaquera mientras intentaba reparar el corte de luz. Rebeca, la mujer de tu socio, Fernando Benavides, está enterada de todo... y no le para la lengua...

Por un instante, en la cabeza del empresario se instaló la imagen de Helmut. Trató de captar en los ojos de su mujer si había algo allí que le pudiera indicar que lo tenían bien medido. Creyó que no.

Bueno, Elices era un mal necesario para atender clientes difíciles

No alcanzó a contener esas palabras que salieron de su boca y que le parecieron una estupidez

¿Te refieres al cartel de Costa Rica, verdad?

No le estaba gustando esa conversación con su mujer. No compartía ese tipo de asuntos con ella

Y a otros también... En fin, el punto es que este no es momento para hablar de esas cosas. Tengo algo vital que resolver.... Déjame solo, mujer...Voy a hacer algunas llamadas...

Alfredo y Helmut, observaban las imágenes de la televisión sin dar crédito a lo que veían sus ojos. Las llamas devoraban el laboratorio. El fuego cubría completamente el inmueble y, de pronto, en medio de fuertes explosiones, toda la estructura se vino al suelo con gran estruendo.

Helmut, estaba consternado

iDios mío... y pensar que tú estabas ahí esta misma tarde!... ¿Cómo es que ha ocurrido esto?...

No sé... me cuesta creer que esto es algo fortuito... No... Esto es premeditado...

Alfredo, no había querido contarle aún a Helmut los detalles de su reciente y violenta experiencia con Maturana y Elices, ni tampoco lo del dinero en su poder.

El reportero de la televisión entregaba nuevos detalles

... Se cree que hay dos personas que quedaron atrapadas en el fuego. Una de ellas es el dueño, socio y director de la empresa... el señor Claudio Maturana. Sobre la otra persona desaparecida no tenemos antecedentes, pero se dice que era un colaborador directo del señor Maturana...

Helmut, tenía ganas de llorar

... Las primeras indagaciones de la policía señalan que hubo una serie de eventos fortuitos que se sucedieron fatalmente para que ocurriera esta tragedia. Entre ellos, la explosión por un cortocircuito en el entretecho de una casa desocupada y las esquirlas que volaron y cayeron sobre el techo del laboratorio que estaba siendo impermeabilizado con un material que resultó ser inflamable...

iPobrecito Claudio...!

Alfredo, lo abrazó para consolarlo. Pensó en decirle que no había nada de *pobrecito* en ese tipo, pero prefirió no hacerlo. Su cerebro trabajaba en imaginar quién estaba detrás del incendio. Si Elices estaba entre las posibles víctimas... Entonces, ¿Quién pudo...? ¿Pedro Ramírez?... ¿El cartel?... ¡Eso podría ser!... ¿Pero, qué razones habría para que el cartel decidiera ponerle fin a su alianza con el laboratorio?...

¿Qué piensas?... ¿Qué crees que pasó?

La voz apremiante de Helmut lo regresó a la realidad más urgente que necesitaba controlar. Con lo del incendio, todo se volvía nuevo para ellos. Pensó que si Maturana ya no estaba entre los vivos, no había cuentas por pagar con respecto de nada y los dólares eran suyos sin que hubiese peligro ninguno. Sintió entonces que todo estaba bien, lo suficiente como para dejarse llevar por una agradable sensación de fortaleza y vitalidad.

No hay prisa... podemos irnos cuando se nos dé la gana... ¡Qué bien!...

En un arranque, lo tomó de los hombros, lo atrajo hacia sí y le dio un abrazo de oso que casi lo deja sin aire. Helmut, no protestó, sino lo dejó hacer porque aquel apretón le hizo disfrutar de sentirse pleno y más vivo que nunca a pesar de la pena que le daba el trágico final de Claudio Maturana. Sin embargo, percibía que ellos estaban más seguros con aquél fuera de sus vidas.

Mientras disfrutaban de estar abrazados y compartir sus emociones, Alfredo también tenía espacio en su mente para darle vueltas a los acontecimientos recientes. No podía dejar de pensar en quién podría estar detrás del incendio. Esa incertidumbre le entregaba una cuota importante de inquietud. De alguna manera, fuera quien fuera el autor intelectual del atentado, Alfredo presentía que las consecuencias llegarían hasta ellos dos. Temía más por Helmut que por él mismo. De pronto, la urgencia de partir empezó a hacerse presente en la boca de su estómago

Amor... tenemos que irnos

Helmut, no quiso soltarse del abrazo

¿A dónde?

Alfredo, lo abrazó aún más fuerte

A donde sea...

¿Ahora?

Sí... ¡ahora!

Rebeca Miramontes Saldaña, esposa por 30 años del ingeniero químico Fernando Benavente Salvatierra, observaba con detención el rostro de su marido en la búsqueda de alguna señal de su estado de ánimo

No te esfuerces, mujer. No hay nada que buscar en mi semblante. Tengo absoluta claridad sobre lo que debemos hacer... ¿Qué sabemos de Otto?

Fernando, estamos en una situación tan sorprendente como peligrosa. A 24 horas del incendio aún no encuentran los restos de Maturana... Otto, me dijo que es imposible que aquella alimaña no esté calcinado y requete muerto en alguna parte entre los escombros...

Puede que ese cabrón tenga más de una vida...

Los gatos también se incineran... - exclamó la mujer haciendo un gesto burlón

Lo único que puedo pensar es que sea cierto lo del supuesto refugio escondido del que nos hablaba Pedro...

Pero, Fernando... Otto me dijo que en los planos de la casona no se encontró indicio alguno de ningún lugar subterráneo, refugio o lo que sea ... ¿Cómo entonces?

No tengo idea... - la miró con ojos severos - *Segunda vez que te pregunto ... ¿Qué sabemos de Otto?*

La mujer le devolvió la mirada con una ráfaga de ira cargada en sus pupilas

No me vengas con segundas ni terceras ni quintas... No estoy aquí para hacer de secretaria tuya en tus malditos asuntos...

A Fernando Benavente, como un rayo, lo invadió un ímpetu eléctrico y brutal. Dio un paso al frente y su palma abierta dio de lleno en el rostro de la sorprendida mujer que se llevó sus manos a la cara mientras su

cuerpo se doblaba sacudiéndose en sollozos...

Aún encorvada, levantó su rostro enrojecido y bañado en lágrimas

Pero, Fernando... cariño... no te enojés...

¡Mujer estúpida!... - el hombre se inclinó encima de ella al tiempo que de su boca escapaban gotas de saliva mientras le vociferaba las palabras más hirientes que podía encontrar

¡Ahora quieres ser la gran cosa... la heroína... la estúpida sabelotodo!... ¡Pues no, mujer tonta!... ¡Tú, harás lo que yo te diga, porque yo soy el que sabe y tú eres la estúpida que no sabe nada!... ¿¡Comprendes, estúpida!?

Rebeca Miramontes, pensó que el momento más importante de su vida después de 30 años de matrimonio con aquel *enfermo mental*, había llegado en ese preciso instante. Se dijo también - mientras lo tenía a centímetros con el rostro desencajado gritándole palabrotas salpicadas de saliva - que ya no tenía un segundo disponible para soportar una *realidad de porquería* con un *maldito psicópata*, un *demente que aparentaba ser alguien que no era*.

Entonces, con un rápido movimiento muchas veces practicado, giró en su dedo anular el anillo de coral negro que tenía un ingenioso mecanismo que servía a la perfección para inyectar la neurotoxina más potente del mundo. Bastaba con presionar sobre la piel de la víctima la cabeza del anillo para que asomara la ínfima aguja hueca que inyectaba la exacta dosis letal del veneno extraído de la serpiente más ponzoñosa del planeta Tierra.

Mientras fingía estar en sumisión y entregada a la agresividad de su marido, extendió sus brazos hacia él en un gesto de súplica y, apenas percibió la vacilación en aquel rostro contraído por la ira, la palma abierta de su mano derecha le dio el golpe al antebrazo del hombre, y el veneno mortal producido por la *Enhydrina schistosa*, penetró instantáneamente por su torrente sanguíneo.

Lo que siguió para el ingeniero colérico, además de su gesto de sorpresa al sentir el pinchazo, fue una puntada aguda y ardiente en el antebrazo, seguida de una sensación horrible de un calor asfixiante. Cuando quiso preguntarse qué era lo que le estaba pasando, todo su cuerpo empezó a sufrir de convulsiones y por su garganta subió un torrente de una espuma amarilla que empezó a brotar por su boca y que no le permitía respirar. Creyó entonces, que aquella mujer que lo observaba esbozando una sonrisa siniestra, era el mismísimo demonio en persona. Inesperadamente, lo último que su mente quiso concebir antes de que su vida se escapara para siempre, fue la certeza de que Otto sabría

perfectamente lo que tendría que hacer.

Rebeca Miramontes, se sirvió una generosa porción de su vino blanco favorito, un sauvignon blanc de Casas del Bosque. Se sentó en el mullido sofá de la sala y alzó la copa frente al cadáver hinchado de su *ex-marido* tendido en el piso.

¡Salud por ti, imbécil!... Treinta años de mierda se han ido para siempre... ¡Al fin podré darme la vida que siempre quise tener! Gracias a tu falsa y mentirosa existencia de rata de laboratorio podré cumplir con mi sueño de viajar por el mundo... ¡libre!... ¡sin ataduras!... ¡sin nadie!... sin ningún idiota que me diga lo que tengo que hacer... sin ningún imbécil como tú que se crea superior... ¡Ja, me cago de la risa!...

Se recostó en el respaldo del sofá, observó en detalle el tumefacto cuerpo inerte y trató de calcular qué tan grande tendría que hacer el hoyo para enterrarlo. Se miró sus manos, se quitó el anillo, lo puso en su bolsillo, se bebió de un sorbo el resto del vino en su copa, estiró sus brazos como para desperezarse y darse fuerzas para la tarea que se le venía y se dirigió a la cochera. Agarró un par de guantes, una pala, una picota y cargó todo en una carretilla. Se puso encima su raída y querida jardinera azul y, finalmente, coronó su cabeza con un pañuelo. Después, se dirigió hacia el extenso jardín. Estacionó la carretilla y analizó el terreno. Tenía más de 400 m² de tierra fértil donde excavar. Decidió que lo mejor sería que aquel *imbécil* sirviera de alimento para sus acantos, hortensias y camelias que lucían esplendorosas al fondo del jardín y enfrente del alto y largo muro que separaba su propiedad de la enorme casona vecina donde vivía en soledad un conocido escritor de novelas de misterio y terror al que no se le veía su cara de pocos amigos casi nunca.

Una vez determinado el lugar del entierro, la doña dejó las herramientas y se dirigió con la carretilla en busca del cadáver. Pensaba que lo bueno de amar los jardines era lo útil que ahora le resultaba haber desarrollado una buena condición física y habilidad para trabajar con la pala y la picota.

¡Por Dios, qué horrible te ves! - exclamó con una sonrisa de oreja a oreja mientras deducía cómo le haría para subir al muerto a la carretilla. Después de varios intentos, decidió que lo mejor sería tomarlo por los pies y arrastrarlo hasta su tumba. Le tomó casi media hora de lucha y esfuerzo llegar con el cadáver hasta el lugar elegido. Le dolía la espalda. Sin embargo, no lo sentía tanto gracias a las varias copas de vino que se había tomado en cada una de las paradas que había hecho mientras arrastraba el cuerpo.

Con sumo cuidado, aplicó todos sus conocimientos de jardinera experta y fue sacando una a una sus queridas plantas que ocupaban todo el espacio donde descansaría el *muerto imbécil*. Después, durante casi una hora, excavó un gran hoyo en la tierra mullida y olorosa. Finalmente, y sin

mayores preámbulos, arrastró el cadáver hasta dejarlo caer en el socavón. Se sintió satisfecha. El *estúpido* quedaba perfectamente acomodado en su fosa y le dejaba suficiente espacio a las raíces de sus niñas para que pudieran alimentarse.

Tras dejar todo ordenado, limpio y sin huellas, levantó la botella de su vino favorito y con su brazo extendido la puso apuntando a la fosa. Temblaba entera cuando gritó

¡Bésame el culo, hijoeputa!

Y se bebió de un largo sorbo todo el contenido restante.

Mientras disfrutaba de sentir en su rostro el agua caliente de la ducha, empezaron a llegar a su mente las preguntas difíciles que le harían a cualquier mujer que tuviera que explicar la repentina desaparición de su marido. Se le ocurrió que tendría que construir un escenario en el que quedara de manifiesto que:

"Fernando Benavides era un maldito delincuente con doble cara, doble vida y todo lo demás... y que fue él quien incendió su empresa para cobrar los seguros... y que, finalmente, el muy miserable escapó para eludir a la justicia, abandonándola a su suerte..."

En principio, le pareció una historia convincente. Sin embargo, cuando empezó a hilar más fino sobre las implicancias que tendría esa versión de los hechos, se le vino a su cabeza la imagen del gordo.

Se dio cuenta que Otto iba a querer *saber-saber* dónde estaba Fernando. Sintió una repentina contracción en la boca de su estómago. Se dijo que Otto podía ser el hombre más bueno del mundo y a la vez, el más temible y perverso. Su gran amistad con el ingeniero ponía una gran cuota de incertidumbre a la hora de darle explicaciones de su paradero. Sintió la garganta reseca

Tras beberse de un tiro la mitad de la copa de una nueva botella de su blanco favorito, las preocupaciones sobre el gordo se volvieron unas aguas tranquilas y mansas. En un instante, se sintió con ganas de hacer nuevas locuras. Fue hasta el tocador en su pieza y se sentó frente al espejo. Sacó el anillo de su bolsillo y lo contempló como quien se queda absorta en aquello que es la solución perfecta que conduce a la felicidad. Entonces, abrió el cajón del tocador y sacó una pequeña caja de madera labrada en cuyo interior había un frasco de vidrio negro y un minúsculo dispositivo hipodérmico que servía al propósito de rellenar el depósito del anillo donde habría suficiente veneno como para matar a cualquiera que se interpusiera en su camino.

Rebeca, levantó su brazo derecho y estiró los dedos de su mano. Pudo percibir un leve temblor en ellos y eso no le gustó. Se bebió de un trago la otra mitad de la copa de vino y respiró profundamente un par de veces hasta que sintió que nuevamente todo se volvía amable y apacible. Después, con una firmeza y precisión milimétrica, condujo la diminuta y fina aguja hasta el minúsculo depósito del anillo y puso en él una cantidad suficiente de veneno - se dijo - *como para matar al más bueno del mundo y al más temible y perverso...*

Su amor por las antigüedades la había llevado a un lugar muy especial en su viaje a Estambul donde descubrió aquella rara, hermosa y pequeña caja de madera labrada, casi oculta entre otras piezas exóticas. Cuando pidió que se la mostraran, el tendero le contó que era una singularidad usada por algunos miembros de antiguas dinastías en la Edad Media y también por asesinos por encargo.

Rebeca, estaba alucinada con los detalles de la historia y con la bellísima caja tallada de madera de olivo, el anillo de coral negro, la minúscula jeringa de metal y el pequeño frasco de vidrio azabache.

El tendero, acostumbrado a los largos regateos, se sorprendió que la dama pagara sin chistar la pequeña fortuna que le cobró. Tanto fue que, bajando la voz hasta el murmullo, le confesó que tenía la dosis perfecta del veneno más poderoso del mundo para ese anillo.

Con sus ojos brillantes y un resplandor parecido al que se enciende en las pupilas de alguien que acaba de concebir un plan, la doña pagó los US\$ 300 extra por el hermoso frasco negro repleto de veneno que reemplazó al que había en la caja. Entonces, el amable tendero le hizo un gesto cómplice, fue hasta la puerta de su negocio, le puso llave, bajó la cortina de lona y luego ocupó los siguientes 20 minutos en explicarle a la dama cómo se usaba correctamente el anillo (sobre la humanidad de cualquier persona), cómo se cargaba su depósito y cómo había que hacerle para que todo resultara perfecto y no hubiesen rastros, señales o huellas que lamentar.

Pedro Ramírez, estaba asustado y nervioso

iEsto es una locura! iUn acto demencial!... Me cuesta creer que esto haya sido algo fortuito...

Alfredo, al otro lado de la línea, trataba de explicarle al exaltado ingeniero que él no tenía nada que ver con el incendio

Así es, don Pedro... Pero iPor favor! Ni se imagine que yo tengo algo que ver con este asunto... Según bomberos lo que explotó en la casa vecina fue lo que ocasionó el incendio. Pero, respecto de lo otro, es evidente que algo pasó entre el colombiano y su socio... Cuando me fui del laboratorio,

ambos estaban juntos... Puede corroborar lo que le digo con Isabel...

Pero... entonces... si el señor colombiano está muerto... ¿Qué pasó con Claudio? ¿Dónde está?...

Aún no lo encuentran...

Pero... ¿Está muerto o qué?

No lo encuentran, don Pedro... Si estuviera muerto, lo habrían hallado tal como encontraron el cuerpo calcinado del colombiano... ¿Y qué le ha dicho su otro socio... don Fernando?

Nada... No sé nada de él ni me ha llamado... Traté de hablar con Rebeca, su señora, pero esa mujer está cada vez más... dispersa, y solo me dijo incoherencias... Que su marido era un monstruo, que estaba de viaje y cosas así... ¡Qué locura!... Después, llamé a Isabel y ella me dijo que Fernando no tenía ningún viaje programado y que, de hecho, acaba de llegar de una visita a la planta celulosa de Puerto Montt...

¡Vaya, eso sí que es extraño!... Sus dos socios están desaparecidos...

Es verdad... Capaz que ahora venga la policía a hacerme preguntas extrañas...

Es lógico que lo vayan a ver, don Pedro. Pero, el que nada hizo, nada debe temer... ¿No cree?

Así es... Pero, eso no me sirve de nada para saber qué diablos está pasando... En este momento no tengo ánimo ni fuerzas ni siquiera para ir a ver lo que quedó del laboratorio... Mi abogado está por llegar... ¿Y usted qué va a hacer?

¿Yo?... Pues, nada. No tengo nada que hacer en este asunto. Lo lamento por usted que ha perdido algo tan grande como su empresa...

Bueno, sí... pero, al menos, tenemos los seguros...

Ah, qué bien. Me alegra que así sea...

Llámeme si tiene alguna novedad o se entera de algo que yo deba saber... se lo pido de favor

Claro que sí, don Pedro... Aunque le confieso que este asunto está más para hacerse a un lado que para andar investigando... Tengo miedo de exponerme a que me interroguen o me involucren en algo...

¿Y qué pasó con aquello del que nada hizo nada teme?

No, don Pedro, no tengo ningún temor de que hagan las investigaciones que quieran... Lo que me angustia es que me lleven a pasar por todo el proceso de interrogaciones y todo lo demás que ello implica para que finalmente comprueben mi inocencia...

Sí, es verdad... Es lo que temo me va a pasar... Querrán saber si tengo algo que ver con todo esto... ¡Un horror!... En fin... Llegó mi abogado... nos hablamos, Alfredo.

Sí, señor... Hasta luego

¿Y qué te dijo? - Helmut, estaba angustiado

Pues, nada importante. No sabe nada

¿Entonces... qué vamos a hacer?

Exactamente lo que teníamos planeado... ¡Nos vamos!

¿Tú crees?

¡Claro que sí! No hay nada aquí que nos retenga. Te pido que te organices con tus cosas, el pent-house y prepares lo indispensable para irnos de viaje - lo miró con ojos chispeantes - ... un largo y fabuloso viaje en busca del lugar más maravilloso del mundo - lo tomó de los hombros y lo atrajo hacia sí para abrazarlo con emoción y hablarle al oído - ... en donde seremos felices como lombrices...

Helmut, se aferró al abrazo sintiéndose la persona más feliz de la tierra, y como siempre, tenía ganas de reír y de llorar

Por lo pronto - dijo Alfredo - tendré que ir a hacer algunos trámites. No quiero dejar cabos sueltos ni cosas pendientes...

Helmut, se separó del abrazo para mirarle con ojos de angustiado

Pero... ¿Es necesario que vayas ahora?...

Alfredo lo agarró con fuerza y lo volvió a abrazar

¡No seas bobo! Todo estará perfecto... Tú, quédate tranquilo... - se separó para buscarle la boca y le dio un beso apasionado

No... No te vayas aún... - dijo Helmut con una voz apenas audible

Otto Bazturk, cortó la llamada del celular y en sus ojos se podía percibir un oscuro resplandor. Si había algo que el gordo odiaba más que cualquier otra cosa, era que un plan se rompiera en alguna parte porque alguien no estaba haciendo lo que le correspondía.

Nadie, ni siquiera Rebeca, la chiflada mujer de su amigo, sabía dónde se encontraba Fernando. No le entraba en la cabeza que hubiera desaparecido así como así y sin avisarle.

No, Fernando no haría nunca una cosa como esa... - se bebió un largo sorbo de su trago

Hernán Barruntes, sentado junto a él en el amplio sofá de cuero negro, lo observaba con especial detenimiento. No quería imaginar que el gordo le estaba jugando a las escondidas con la plata prometida.

¿Entonces... cuál sería lo siguiente por hacer? - preguntó

Hermano, estamos fritos hasta que aparezca Fernando - dijo el gordo y entonces alzó el vaso en su mano y se acercó hasta ponerlo a pocos centímetros del rostro imperturbable del matarife - ... *Y te aseguro, amigo mío, que Fernando sí va a aparecer... Él, es un hombre de una sola palabra...*

Barruntes, le dio un suave golpe en el brazo

Lo que tú digas es lo que es - dijo

El gordo le devolvió el golpe e hizo chocar los vasos

Yo, propongo que salgamos a buscarlo - exclamó Zurk sentado en un sillón

¿A dónde? - dijo el gordo

Pienso que la pregunta es ¿con quién? - respondió Zurk - *No hay nadie mejor para conseguir las respuestas que nos hacen falta... que la doña a cargo del buque*

¿Rebeca? - el gordo puso cara de fastidio - *Esa mujer está mal de la cabeza... Según ella, no sabe nada. Aunque, pensándolo bien, tienes razón... Después de todo, es el mejor hilo disponible para llegar a Fernando... Habrá que apretar algunas tuercas...*

Rebeca Miramontes, finalmente y casi de casualidad, encontró las llaves que abrían la oficina-bunker adjunta al jardín que, Fernando Benavides,

mantenía cuidadosamente cerrada con doble cerrojo.

Le pareció un tanto sorprendente que un tipo como Fernando Benavides tuviese tantas cosas impropias de su estirpe de ingeniero y dueño de una "mentalidad de enciclopedia", como lo moteaban algunos colegas por su fama de estudioso.

En medio de estantes repletos de libros, había una vitrina en la que lucían, impecablemente ordenadas, varias escopetas, rifles y pistolas.

¿Y este... qué se traía? - se dijo mientras contemplaba las armas y ojeaba las cajas con tiros y balas

*¿Quién hubiera dicho que este pendejo era un amante de las armas?
¿Pero, cómo? ¿Es que treinta años de vivir con alguien no son suficientes para saber qué mierdas se trae entre manos?*

Rebeca, trataba de dilucidar cómo nunca le hizo empeño suficiente para entrar en ese lugar que estaba ahí cuando compraron la casa seis años atrás.

Abrió la vitrina y sacó una de las armas. Era una escopeta de última generación. Una Winchester SX3 calibre 12, semiautomática, ultra liviana, que no pesaba más de 3 kilos y que traía un cargador especial para 9 cartuchos.

La mujer llegó a alucinar con la sensación que le produjo el arma en sus manos. Añoró sus tiempos de cazadora en los bosques del sur y en las montañas de la zona central del país o en la península de Yucatán en México donde consiguió sus mejores presas, y se dijo que habría sido capaz de cazar el doble de jabalíes o venados si hubiera tenido la oportunidad de disparar con una escopeta tan fabulosa como esa.

Como toda cazadora que atesora aquellos instantes grandiosos en los que hizo algunos de sus tiros más memorables, Rebeca, guardaba en su memoria algunos disparos suyos en que acertó de lleno cuando la distancia hasta la presa y la velocidad necesaria para dar en el blanco lo hacían parecer casi imposible.

Observó los detalles de la escopeta y se fascinó con el cargador especial para 9 cartuchos. No podía creer lo cómodo y confortable que resultaba meter los tiros al interior de la recámara.

Después, sacó de la vitrina la impresionante pistola que traía puesto un silenciador. Era una H&K Parabellum de 9 mm y 15 balas. La sintió demasiado masculina para su gusto. Aunque, y a pesar que el cargador estaba repleto, cuando estiró su brazo y apuntó hacia la lámpara sobre la mesa, se percató que la pistola en realidad tenía un excelente balance. No

le tembló el pulso ni por una milésima.

Trató de imaginar qué hacía una pistola como esa en las manos de un *imbécil* como aquél, y no pudo verlo ni entenderlo.

Como la vida está llena de eventualidades, sorpresas y muchas otras cosas que no podemos controlar y que tampoco son previsibles por nuestra intuición, el gordo y Zurk eligieron el peor momento del mundo para hacer todo lo que hicieron: estacionar el Ford nuevo de Otto en el antejardín de la casa de Fernando Benavides, pedirle al matarife que los esperara en el coche, bajarse a tocar el timbre en la puerta de calle y esperar a que alguien saliera a recibirles. Todo este conjunto de acciones, para quien acaba de matar a alguien muy comprometido con un criminal como Otto, no pueden pasar desapercibidas. Especialmente, si en el interior de su cabeza y de su torrente sanguíneo, hay un montón de señales de advertencia acerca de alguien tan poco paciente y con un genio tan peligroso como el de aquel gordo violento. Y si, además, le sumamos que la persona que acaba de enterrar un muerto entre sus plantas favoritas, tiene muchas horas de estar atenta esperando lo inevitable y ahora carga una H&K de 9 mm con silenciador y 14 balas en el cargador, todo el asunto no puede terminar en ninguna otra cosa que en una lluvia de balas que sonaron como roncós estornudos apenas Otto y Zurk cruzaron el umbral de la puerta sin que nadie les hubiera franqueado el paso. La mala idea del gordo de dar el empujón, hacer saltar la cerradura y entrar violentamente junto con su amigo entrañable, sirvió perfectamente para que Rebeca le metiera dos tiros al sorprendido gordo y otros tres al estupefacto Zurk.

Ambos cadáveres se fueron de bruces al piso.

Rebeca, era en ese instante una mujer decidida a lo que fuera y también a lo que no. A través de la ventana se había percatado de la presencia de Hernán Barruntes instalado en el asiento de copiloto del Ford.

El matarife, minutos antes y mientras escuchaba... "*Yo sé bien que estoy afuera, pero el día en yo me muera, sé que tendrás que llorar...*", en la potente voz de José Alfredo Jiménez, pudo observar como Otto y Zurk entraban violentamente en la casa, pero no oyó nada de los cinco disparos que los mandaron al otro mundo.

La voz, al interior de la cabeza de doña Rebeca, le dijo en el oído que aquel par de cadáveres tenían un buen número de muertos a su haber y muchísimas cuentas pendientes con la ley y que, seguramente, el tipo adentro del Ford debía ser alguien de la misma calaña. Ideó entonces un plan en el cual el sujeto del auto era el autor material de la muerte de aquel par de *cabrones y del otro idiota bajo sus plantas más queridas*.

Puso la pistola sobre la mesita de la entrada y después fue a asomarse a la puerta de calle. Entonces, se afirmó del dintel como si estuviera a punto de desmayarse. Se aseguró que el hombre en el Ford la viera, y cuando éste abrió la puerta para bajarse, rápidamente se metió de vuelta en la casa, agarró la pistola y, tranquilamente, dio vuelta su sillón favorito hacia la puerta de calle y se sentó a esperar.

Cuando Barruntes cruzó el umbral se topó con una reluciente pistola de 9 mm apuntándole a su cabeza y los cuerpos tendidos en sus respectivos charcos de sangre de sus dos cómplices.

¡Escúchame cabrón! Sé muy bien cómo usar esta pistola. Si no me crees, pregúntale al par de idiotas que están ahí...

El matarife, acostumbrado a estar en situaciones mortales y maldiciendo no haber sacado su arma, se dio cuenta de inmediato que aquella mujer con cara de loca lo mataría sin que se le moviera una ceja. Se quedó inmóvil pensando cómo haría para sacar su pistola aprisionada por el cinturón en su espalda.

La mujer, pareció leerle sus pensamientos

Date vuelta y levántate la chaqueta en tu espalda... ¡Ahora!

No tuvo más remedio que hacerlo y quedó al descubierto su Baretta

Ok, vivo pendejo... ahora escucha lo que vas a hacer... Solo con el pulgar y el índice de tu mano izquierda vas a sacar la pistola... ¡Hazlo!

La tentación de Barruntes por hacerlas de *cowboy* se diluyó ante la seguridad y osadía que podía percibir en la voz de la mujer. Prefirió obedecer y el arma terminó colgando entre sus dos dedos

Ahora... ¡Déjala caer! - exclamó la mujer acompañando sus palabras con un violento zapatazo en el piso que retumbó como un disparo

La pistola se soltó de sus dedos. Además del brutal sobresalto, creyó que la loca esa le había disparado. Se quedó estático y encorvado como si de verdad hubiera recibido un balazo

¡Jajaja... pero qué pendejo!

Barruntes, sintió que toda su sangre se había agolpado en sus sienes. Crujieron sus mandíbulas y rechinaron sus dientes. Estaba a punto de darse vuelta y saltar encima de esa *hija de la gran puta* sin importar nada de lo que pudiera pasarle...

Pero, ocurrió que cuando se giró para enfrentarse a la mujer, ésta se había movido a varios metros de distancia y estaba parada junto a la barra del bar.

El matarife tenía el rostro ceniciento y en sus ojos estaba escrita una furia demencial y su irreprimible deseo de matar

Doña Rebeca, sintió un escalofrío que la remeció por completo. Se dio cuenta perfectamente que aquel era un enemigo feroz y que, ante el más insignificante pestañeo, su vida pasaría a valer menos que nada. Entonces, desde sus entrañas, emergió el coraje de un ímpetu irrefrenable. Con una frialdad escalofriante apuntó su pistola directamente a los genitales del hombre dispuesto a todo y listo para saltarle encima. La locura era ya la fuerza vital que guiaba el cerebro a punto de explotar de la doña.

El matarife, se paralizó. El impulso suicida que lo tenía al borde del abismo y de una bala en la entrepierna, se diluyó completamente. Captó, de inmediato, que no tenía la menor chance porque lo que pudo percibir en la actitud y el desplante de esa mujer era la representación misma del demonio y la muerte.

Con la punta del cañón le señaló el sillón

¡Siéntate! - tras darle la orden a viva voz y esperar a que el matarife obedeciera, la mujer caminó retrocediendo con sumo cuidado entre los dos cadáveres hasta alcanzar la puerta de calle, la cerró y con el pie le puso el paragüero como tranca. Regresó hasta la barra y se quedó ahí mirando directamente a los ojos del matarife mientras en su cabeza pasaban una tras otra las ideas y los planes posibles para resolver qué hacer con *ese cabrón peligroso y mal genio* que tenía enfrente

El matarife, en tanto, elucubraba que ya daba lo mismo morir de un balazo en vez de tener que esperar a lo que aquel demonio decidiera. Sin embargo, no lograba hacer que su cuerpo se moviera del sillón.

Entonces, la doña tomó una botella de vodka y sirvió una pequeña porción en un vaso de vidrio. Después, sacó un vaso grande de plástico y lo llenó hasta los bordes. Luego, con el vaso de vidrio en su mano, caminó hasta el sofá al otro lado de la sala y, siempre indicando con el cañón de la pistola, le señaló al matarife el vaso plástico lleno de vodka sobre la barra

¡Anda, bébelo!

Barruntes, que tenía la garganta seca y le dolían las mandíbulas de tanto apretarlas, no quiso preguntarse cuál era la idea de *la loca esa*, pero

pensó que le vendría muy bien tomarse un trago de vodka.

iAstuta la vieja cabrona! - se dijo mientras iba hacia la barra y se dio cuenta que la mujer le había servido el trago en un vaso plástico. Calculó que no quiso darle algo que sirviera de proyectil

iBebe!

Se zampó la mitad del contenido de un solo golpe y cuando se aprestaba a poner el vaso de vuelta sobre la barra, retumbó nuevamente la voz potente de la doña

iTómatelo todo!

El matarife, buen bebedor de vodka, calculó que el vaso era de medio litro. Quizás por la excitación del momento, la extrema tensión y todo lo demás, sintió una pizca del agradable sopor del alcohol con el primer trago. Al terminar de beberse la otra parte, su cerebro empezó a hacer lo que siempre hacía cuando el licor corría libremente por sus venas: relajarse por completo.

iLlena el vaso de nuevo!

Quiso protestar, pero le pareció una tarea muy difícil articular lo que quería decir. Se zampó un buen trago

iEscúcheme mujer! - pudo exclamar con alguna dificultad. De pronto, su cabeza regresó a la brutal realidad en la que estaba metido cuando sus ojos se centraron en Otto y Zurk muertos sobre sendos charcos de su propia sangre

iVieja hija de tu puta madre... te voy a matar! - cuando hizo el intento de avanzar y abalanzarse sobre la mujer que estaba a más de cinco metros de distancia, sus cálculos fallaron escandalosamente. Se tropezó con la mesa de centro y se fue de bruces al suelo. Al levantar la vista para ver dónde estaba la mujer que quería matar, Rebeca se había movido al otro lado de la sala mientras la pistola en su mano derecha parecía dibujar el lugar exacto en donde quería poner el tiro. La bala, se clavó en el piso a dos centímetros de sus testículos

iAnda, no seas imbécil! iLevántate y bebe!

El matarife, tembloroso y haciendo un esfuerzo descomunal, se puso de pie y casi a los tropezones caminó hasta la barra. Se bebió todo el resto del vodka de un solo golpe. Por tragar tan de prisa tuvo un ataque de tos y el alcohol le brotó por la nariz. Le costó recobrar el aliento. La mujer, lo

miraba hacer, inmutable.

Barruntes, luchaba por retomar el control de sus ideas y de su cuerpo. Todo se le había vuelto una cosa viscosa. No podía coordinar sus pensamientos ni controlar adecuadamente el equilibrio. Se tuvo que afirmar de la barra.

Doña Rebeca, le ordenó que volviera a beber y estuvo a punto de vomitar cuando acercó el vaso a su boca y el olor del alcohol entró por su nariz

La doña, que se percató del detalle, se dijo entonces que aquel *idiota* estaba justamente en la situación en la que ella había querido ponerlo. De hecho, el hombre perdía cada vez más control de sí mismo con cada minuto que pasaba. Llegó un momento en que le costaba sostenerse de pie aún afirmado en la barra

iHey, siéntate ahí! - le indicó el sillón con el cañón de la pistola - *No te esfuerces a lo pendejo... ¡Siéntate!*

Se dejó caer en el sillón en medio de una confusión tal que no podía coordinar casi nada. Ni la mente ni el cuerpo

iEscúchame!... A ese vodka le puse un toque extra para que no puedas hacer ninguna de tus maldades! ¿iMe oíste!?... Estás ebrio y drogado... No intentes hacer nada porque nada te va a resultar...

En alguna parte de su mente se encendió una cuota de admiración por aquella mujer

iMaldita arpía... tiene todo fríamente calculado! - la voz de su mente pareció abrirle una senda de luz. Pudo percibir con toda claridad que tal como ella decía y tal como estaban las cosas para él... no había nada absolutamente nada que hacer!... Entonces, decidió entregarse al desprecio...

iVete a la mierda, mujerzuela! - ni siquiera supo, en medio del caos mental que lo dominaba, cómo esas palabras pudieron salir de su boca. Es más, fueron las últimas palabras que pudo pronunciar hasta cuando despertó sentado en el piso, esposado y rodeado de policías, mientras otros agentes entraban y salían del inmueble. Hizo un esfuerzo por tragar saliva o algo que parecía tener atorado en su garganta.

El agente instalado en una silla a su lado, le habló acerca de las pruebas que le incriminaban por la muerte de Fernando Benavides, Otto Bazturk, Zurk Schmuck y el secuestro e intento de asesinato de doña Rebeca Miramontes.

Mientras luchaba por descifrar las palabras del policía, desperezarse y entender algo de lo que estaba pasando, una puntada lacerante en el abdomen le hizo perder el hilo de sus pensamientos.

De pronto y con sus ojos casi fuera de sus órbitas, Hernán Barruntes, pudo ver, a dos metros de distancia, la figura de Rebeca Miramontes tendida en una camilla y haciéndole un guiño de complicidad con una risa burlona y malévola dibujada en su boca.

Cuando quiso gritar, un terrible dolor en su estómago le impidió articular palabra. Abrió la boca para respirar mejor, pero por más intentos que hacía para llevar aire a sus pulmones, algo en alguna parte en su laringe se lo impedía. De pronto, su rostro se puso rojo, luego granate y finalmente, azul. Cuando el agente en la silla se dio cuenta y se apresuró a verificar qué le estaba pasando al detenido, Hernán Barruntes ya había dejado de respirar.

Rebeca, alcanzó a vislumbrar los acontecimientos justo cuando era trasladada en la camilla hacia la puerta de salida de la casa

iUf, menos mal... ya era hora que surtiera efecto! - exclamó

¿Cómo dice? - el joven camillero la miraba con sus ojos llenos de compasión

Ella, le sonrió apenas con su mejor cara de víctima, secuestrada y maltratada

iAy!, es que me dieron un calmante para el dolor y... parece que recién me está haciendo efecto...

El muchacho sintió lástima por aquella pobre mujer

Los acontecimientos que culminaron con la muerte del matarife, se dieron en el momento en que Rebeca escuchó las brutales e hirientes últimas palabras del *maldito aquel* antes de desmayarse

iVete a la mierda, mujerzuela!

Esas palabras, explotaron en su cerebro como uno de esos insultos horribles y desagradables que cualquier mujer *decente* no puede tolerar por ningún motivo

Mujerzuela ¡No!...Cualquier cosa, pero mujerzuela ¡No! - exclamó rechinando sus dientes

Fue entonces que la invadió una rabia ardiente y espesa. Las 86.000 millones de neuronas de su cerebro - en estado de guerra - se pusieron a

trabajar a toda máquina en la idea de un plan para hacer que aquel *gran hijo de puta* fuera el culpable de toda la *mierda* que le había pasado.

El reguero de tipos tirados en el piso, más *el idiota* enterrado bajo sus niñas, era un cuadro de película que le entregaba urgencias brutales para inventar algo a la velocidad del rayo.

El primer objetivo ya estaba decidido: el *drogado infeliz aquél*, tendría que cargar con la culpa de todo. Se daba cuenta que iba a necesitar ayuda si es que quería montar un espectáculo irrefutable, el perfecto escenario de un crimen, en el cual, ella, era la víctima.

¿Quién sino Macarena, su amiga, su confidente, su furtiva amante fuerte y musculosa que le daba los masajes más maravillosos del mundo?

¡Sí, Macarena! ¡Es la única que no se espantaría con este espectáculo de sangre!

Las palabras que se dijo en voz alta le sirvieron para el convencimiento y la toma de decisión. A través del teléfono le contó a su amiga un resumido relato del caos espantoso en el que estaba metida.

Macarena, una atleta de aspecto tan femenino como viril, era el prototipo de una rebelde de armas tomar con la que se podía ir a cualquier guerra. Era una mujer grande, ruda y fuerte, con un par de manos que podían recomponer huesos, dar masajes revitalizadores o de esos que ponen a descansar el cuerpo y la mente del ser humano más tieso y estresado. Lo otro que también podía hacer con los dedos de sus manos, era doblar un clavo del seis.

Ni se inmutó cuando observó en detalle el espantoso despelote de cuerpos, sangre y entierro. Todo lo contrario. Lo que Macarena sintió fue una excitación eléctrica recorriéndola entera. Le pareció estar en medio de una fenomenal película de acción y misterio.

Rebeca estaba desconcertada ante la actitud de su amiga y el protagonismo que tomó en todo el asunto. De hecho, el guion completo para poner al matarife como culpable de todo ese despelote surgió desde la entusiasta imaginación de la masajista.

El asunto, decía ella, estaba en la creación de un hilo conductor que llevara a la policía a relacionar naturalmente al ebrio drogado con el reguero de cadáveres. Cuando Rebeca le contó lo del incendio del laboratorio y la participación directa de su marido y del par de muertos como cómplices del atentado, Macarena sonrió de oreja a oreja porque esa revelación era para ella una cosa estupenda que lo simplificaba todo.

En resumen, Macarena ideó que había que poner en evidencia el entierro del muerto.

A Rebeca casi le da un ataque imaginando lo que sufrirían sus niñas con esto de volverlas a sacar.

Macarena, la tomó entre sus brazos y, tras darle algunos arrumacos y acariciarle tiernamente su espalda, la convenció de que el sacrificio de sus acantos, hortensias y camelias, era algo momentáneo y que después, ya pasado el chaparrón, podrían dedicarles tiempo y cariño para revivirlas.

Después, la miró fijamente a los ojos, hasta que, con un suspiro de resignación, la doña asintió con su cabeza.

Lo otro que seguía en el guion ideado por la masajista, era que el criminal borracho y drogado debía ser sacrificado justo en el instante en que despertara

Rebeca, creyó que aquello parecía ser algo imposible de hacerse

¿Pero cómo vas a lograr eso sin que la policía nos descubra?

Amorcito, no seas ingenua. Eso se hace en un momento preciso cuando estemos seguras que la policía está por llegar

No entiendo

Te explico. Necesitaremos preparar la puesta en escena de lo que ocurrió en esta casa... La historia es que aquí, hubo un tiroteo por un ajuste de cuentas que tiene que ver con el pago por el incendio del laboratorio.

¿Tú crees?

Lo que sea... de cualquier manera será la policía la que va a sacar las conclusiones del caso. Lo importante es que montemos el escenario como para que aquello sea posible

Pero... ¿Y yo qué?

¿Cómo tú qué?

¿Y dónde estaba yo cuando todo esto pasó?

Tú... pues... estabas haciendo lo que haces muchas veces... Andabas... ¡ Ya sé!... paseando en el cerro... De hecho, tendrás que ir ahora y traerte algunas plantitas de esas que tanto te gustan y que se te mueren

siempre...

Ay, sí... qué pena – exclamó Rebeca

... Y las pones en agua para que la policía las encuentre fácilmente después que te pregunten dónde estabas tú cuando ocurrieron los hechos... - le puso una mano en el hombro – Rebeca, el cerro está aquí al lado. Ahora que termine esta charla, te cubres la cabeza con algún pañuelo, te pones anteojos de sol, te montas alguna sudadera de tu marido, algo que te haga ver muy diferente, y te vas a buscar unas pocas plantas, evitando toparte con gente... Y no te demores ni muy poco ni tampoco mucho... ¿Okey?...

Okey

Mientras Rebeca se dirigía al cerro, Macarena se encargó de montar un escenario en donde parecía que habían dado vuelta la oficina en busca de algo. Desparramó cosas por ahí, tiró cosas por allá, sacó papeles de los cajones y hasta rompió un par de cerraduras de los estantes

35 minutos después, Rebeca regresó con un atado de plantas y flores que colocó en unos recipientes con agua

Bueno – continuó la masajista - te decía que este imbécil estaba enterrando a tu marido cuando llegaron los otros dos. No sabemos cómo ni porqué, pero el asunto es que este tipo les disparó a ambos cuando aquellos irrumpieron en la casa. Obviamente, éste tío había revisado la oficina de Fernando y sacado la pistola. Después, cuando tú llegaste, este tipo te agarró por la fuerza, te golpeó y te desmayaste...

Pero... es que no me golpeó...

Querida, no seas boba. Yo tendré que golpearte para que parezca que lo hizo él...

Antes que Rebeca alcanzara a preguntarle cómo y dónde la iba a golpear, el puñetazo que le propinó Macarena le hizo perder el conocimiento de manera fulminante. La masajista, la tomó entre sus brazos y la puso delicadamente sobre el sofá.

Al poco rato, el frío del paño húmedo en su mentón, le ayudó a recobrar el conocimiento. Estaba entre adolorida de su mandíbula, indignada y estupefacta. Pero, justo cuando iba a tratar de abrir su boca para protestar, las caricias de Macarena en su entrepierna le hicieron perder el foco de su indignación y dolor.

Perdóname Rebeca, pero era mejor que lo hiciera así... - exclamó sin detener sus caricias - Ya sabes que yo sé golpear y conozco muy bien

cómo funciona el cuerpo humano. El moretón que te va a quedar ahí será la mejor prueba de la brutalidad de este desgraciado... ¿No crees?

A pesar del dolor, Rebeca estaba concentrada en el placer.

Eres mala – dijo la doña con sus ojos cerrados

Y tú eres un bombón – le contestó ella dándole un beso, dejando las caricias y quitándole el paño en la mandíbula

¿Pero, qué pasó? - protestó la doña

Pasó, corazón, que tenemos que concentrarnos en el plan para que luego te organices con las plantas del entierro. Entonces... íbamos en que este tipo les disparó a ambos y luego te golpeó cuando apareciste en la casa... ¿Usaste guantes para enterrar a tu ex?

Sí – dijo la doña sobándose la mandíbula

¿O sea, ni las herramientas ni la carretilla tienen tus huellas?

Así es...

Necesito un par de guantes del tonto de tu marido para que se crea que éste cabrón los usó en el entierro...

Sí hay...

Bien. Tendremos que sacar las plantas y hacer que parezca que éste lo estaba enterrando cuando llegaron los otros...y también tendremos que poner la carretilla y las herramientas en medio de la escena.

Rebeca, entre adolorida y excitada, también estaba extasiada con el control que Macarena tenía de toda la situación. No hubo detalle que se escapara de su atención. Construyó un escenario del crimen en el que estaba contemplado, con una prolijidad exuberante, hasta lo más mínimo, incluyendo diálogos, preguntas y respuestas con la policía. Lo único que la perturbaba era cómo le harían o qué pasaría cuando despertara el tipo que se llevaría todas las culpas

¿Y si a él se le ocurre decir o hacer algo que me incrimine cuando despierte?

Tú tranquila - exclamó la masajista entornando los ojos con una expresión maquiavélica - *lo importante ahora es que debemos coordinar el último viaje de este pendejo...Tendré que ir rápidamente a mi casa para traer*

algo que lo pondrá a morir se apenas se haya despertado...

Rebeca, había asumido un papel muy diferente a la mujer que un par de horas atrás había asesinado con absoluta frialdad a tres personas. Ahora, se mostraba como subyugada por la personalidad de Macarena y parecía un corderito

¿Me vas a dejar sola? - tenía cara de angustiada

No seas boba, cariño... No me demoraré nada - le dijo acariciándole el rostro - más me voy a demorar en llegar hasta mi coche que lo dejé a un par de cuadras de aquí

Le dejó varias tareas por hacer antes de partir

Cuando regresó, traía consigo un frasco que contenía varias cápsulas de una mezcla mortal de arsénico. Explicó que lo importante era que el tipo recibiera la dosis justa que lo pusiera a morir se apenas su organismo entrara nuevamente en funcionamiento. O sea, cuando se despertara.

¿Y eso se puede hacer? - preguntó Rebeca

Claro que sí, bombón. El arsénico te mata, pero este otro componente hace que el veneno se active cuando te despiertas, tragas saliva y todo tu organismo empieza a interactuar con el caos que te rodea...

¿Qué caos?

¡Ay, mi amor... pero qué boba eres! Imagínate a este tipo cuando abra los ojos y se tope con todo el despelote... con la policía.... con los muertos... contigo...

¿Conmigo?...

Obviamente... Tú, harás tu mejor papel de víctima maltratada cuando llegue la policía...

Ahá... ¿Y cómo le das el veneno?

Ah, esa es la parte crucial... Hay que ponerlo en la entrada de su garganta. Y para eso, necesitamos algún aceite conque bañar la cápsula para que esta se deslice por ahí... Una vez que baje por su laringe, esta cosa se deshace y ¡plúm!... el tipo empieza a morir se en cosa de segundos...

Increíble

Y lo mejor es que no deja huellas. Es absolutamente indetectable...

¿Está segura?...

Mi amor... mi ex marido, el idiota abusivo que me maltrató por años... se murió de repente y en el informe de la autopsia está escrito que falleció por un derrame... Jajaja

¿Estabas casada?... No lo puedo creer...

Bueno, eso era antes... cuando era una mujer estúpida que no sabía hacer otra cosa que ser la esposa de algún idiota... Si de algo me sirvió estar casada fue para despertarme y transformarme en la persona libre, feliz e independiente que soy ahora... ¿Qué tal?

Bien por ti - exclamó Rebeca con una gran sonrisa, sobándose la mandíbula.

Cuando todo estuvo perfectamente montado y la doña repasó bien todo lo aprendido, Macarena dijo que era hora de llamar a los *polizontes*. Entonces, deslizó la píldora aceitada por la garganta del matarife que ni se movió. Después, le dio las últimas instrucciones a Rebeca y, tras asegurarse a través del ventanal que no hubiera gente afuera que pudiera verla salir, le plantó un beso y luego cerró la puerta tras de sí.

Claudio Maturana, se sentía como león recién enjaulado. Se daba cuenta que su situación era tan precaria que requería de acciones inmediatas.

Por un lado, temía que la policía pudiera pensar que estaba involucrado en el incendio y el crimen del colombiano. Si no encontraban su cuerpo entre los escombros pensarían que él lo planeó todo. Sin embargo, lo que más lo atormentaba era lo que podría ocurrir con el cartel. No sabía qué reacción habría de su parte o si lo estaban buscando o si aparecerían en cualquier momento para pedirle cuentas.

Lo otro que lo atormentaba eran las pruebas que tendría Cifuentes.

Cuando pensó en él y en Helmut, sintió una rabia densa y ardiente que se extendió por todo su cuerpo.

Entonces, decidió salir inmediatamente de su casa. Le pidió a su mujer que se fuera con su hija a una de sus casas de la costa y que no se movieran de ahí sino hasta cuando él les avisara. Una vez que ellas partieron, salió a la calle e hizo parar un taxi.

La paranoia se iba apoderando de él cada vez más. Sus dedos apretaron la culata de la Baretta cuando notó que el taxista le miró un par de veces

por el retrovisor.

¿Qué pasa?... ¿Necesita algo? - preguntó con la tensión al máximo

La pistola, en el interior del bolsillo de su chaqueta, apuntaba directamente al respaldo del conductor.

El taxista giró su cabeza para hablarle

Estoy esperando que me diga a dónde lo llevo, señor...

Tras darle la dirección, el empresario respiró honda y pausadamente. Se dijo que tenía que calmarse y pensar bien. Se daba cuenta que estaba perdiendo el control de sus nervios y que eso lo pondría a cometer errores y tomar mala decisiones.

Al llegar a su edificio de 6 pisos que tenía 12 departamentos en arriendo, subió hasta tercer nivel donde tenía su guarida segura. Un largo sorbo de whisky, un sedante y la tranquilidad de sentirse en un lugar más protegido, lo puso en un instante de calma relativa que le sirvió para examinar su situación.

Sin embargo, apenas había empezado a analizar todo el embrollo en el que estaba metido, su mente comenzó a divagar y se quedó profundamente dormido. Cuando abrió nuevamente los ojos, ya era de noche.

Tumbado en el sofá, sus pensamientos se centraron en la posibilidad de que había cometido un error monumental al no comunicarse inmediatamente con el cartel para explicarles la situación

¿Por qué habrían ellos de pensar que yo estoy involucrado en algo?... Pero, si yo ino he hecho nada!...

¿O sí?... ¿Qué hice?... ¡Nada!... Todo lo hizo ese hijo de perra del colombiano... - se quitó los zapatos, se puso de pie y empezó a caminar en círculos sobre la mullida alfombra de la sala - ¿Entonces?... ¡He sido un estúpido!... ¡He actuado como un imbécil!... Me he dejado dominar por las acusaciones del infeliz de Cifuentes y sus pruebas... ¿Qué pruebas?... ¿Cuáles son las pruebas que podría tener ese desgraciado?

Tenía pulsaciones en sus sienes, le ardía la cabeza y sentía retortijones en su estómago

¿Cómo tan imbécil?... - su mente lo llevó hasta Helmut y entonces la ira le hizo perder el ritmo de su respiración hasta hacerlo sofocarse - ¡Maricón

de mierda!... ¡Traidor!...

Casi de un salto fue en busca de un teléfono nuevo en la habitación

José Carlos Calderón Picado, era el hombre fuerte del cartel en Chile. Sentado en un confortable sillón en la sala de su oficina, y tras verificar que era una línea segura, escuchó detenidamente las explicaciones de Claudio Maturana.

No debió usted perder tiempo en comunicarse con nosotros, señor Maturana. Usted sabe que la confianza es un bien imprescindible para sostener una relación empresarial...

Entiéndame, José Carlos... alguien atentó en contra de mi vida. Yo, no sabía de dónde venía la agresión... Por lo tanto, me tomó un tiempo analizar la situación. Además, salí vivo de milagro...

¿Creyó usted que nosotros teníamos algo que ver con esa pendejada?

¡No, por dios!, no digo eso... Le repito, salí vivo de milagro y me tuve que abrir paso entre los escombros...

¿Usted habla por sí mismo o habla por alguien más?

No le entiendo, José Carlos... ¿Qué quiere decir?

Quiero decir que si usted ha hablado con alguien más o ese alguien más lo ha asesorado... algún abogado...

¿Sobre esto?... No, José Carlos, no he hablado con nadie más... Ni nunca lo haría...

¿Y qué hay de lo nuestro?

Bueno... todo el... material... se perdió...

¿Y los fondos?

Desaparecieron...

Ahí, señor Maturana, hay un problema que tendremos que resolver. Nada puede esfumarse y todo debe reponerse...

No hay problema, José Carlos, me hago cargo de los gastos

Bien, entonces, haremos los cálculos necesarios. Lo otro que nos preocupa es el material que su laboratorio envía a Costa Rica... Necesitaremos nuevas partidas para el mes de Julio. O sea, a unos 60 días de distancia...

¿Cómo haremos con eso?

No sabría decirle en este momento, José Carlos. Usted comprenderá que será necesario hacer muchos trámites policiales, administrativos, legales, recolectar los fondos del seguro, reconstruir... Veo imposible que estemos listos para algo como eso ni en 10 meses...

En plata... ¿Qué significaría reconstruir?

Listo para operar... unos 4 mil millones... o 5 millones de dólares...

Entiendo... ¿Ya se presentó ante la policía?

No. Eso es algo que voy a hacer ahora

No, espere. Le pido que no lo haga aún. Déjeme ver con mis asociados si hay algo que podamos hacer y qué es más conveniente que usted le cuente a la policía. Lo llamaré en un par de horas o le haré llegar algún mensaje. La seguridad es importante.

Claudio Maturana, tuvo un mal presentimiento. No le gustó para nada quedarse a esperar ni llamada ni mensaje. Por su mente cruzó la idea que el cartel ya sabía perfectamente donde estaba. Lo empezó a dominar una agobiante sensación de paranoia. Entonces, como medida de precaución, decidió llamar a su favorita del cabaret.

Larissa, necesito me ayudes con algo...

Claudio, estoy trabajando...

¿Quieres triplicar lo que estás ganando ahora?

Larissa, no titubeó

¿Qué quieres que haga?

Necesito que te vengas de inmediato al departamento de mi edificio... Pero, tiene que ser ahora ¡Ya!

Okey... voy

De inmediato, Maturana garrapateó algo en un papel, tomó unas llaves del perchero y salió del departamento. Dejó la puerta entreabierta, metió el papel debajo del letrero C3 en el muro, bajó hasta los estacionamientos y se subió a su coche de seguridad, un BMW de color verde oscuro. Condujo el auto hasta la calle que daba al frente del edificio y se estacionó a unos 30 metros de la entrada. Respiró profundamente varias veces hasta sentir que sus pulsaciones entraban en un ritmo casi normal. Se

reclinó en el asiento y se dispuso a esperar.

Habían pasado unos diez minutos, cuando un coche grande y oscuro se estacionó justo en frente del acceso al edificio. Se bajaron dos personas que no supo reconocer. Eran dos tipos altos y bien vestidos. Tras mirar hacia el ventanal del departamento en el tercer piso, los dos hombres cruzaron la calle y se dirigieron a la entrada del inmueble.

Unos segundos después, apareció un taxi y la graciosa figura de Larissa con una falda cortísima que dejaba ver aquellos muslos perfectos que ella sabía cuidar muy bien. Se despidió del taxista tirándole un beso con la mano y después corrió taconeando hasta el edificio.

El empresario, no hizo ningún intento por detenerla. Pensó que lo mejor que podía ocurrir era que aquellos tipos se toparan con el papel en la entrada del departamento y luego con ella. Se hundió lo más que pudo en el asiento y se quedó a esperar los acontecimientos.

Unos pocos minutos después, aparecieron los dos hombres y uno de ellos llevaba a Larissa tomada de un brazo. La hicieron subir al coche y partieron.

Claudio Maturana, no supo qué creer ni qué hacer. Aunque le pareció que aquellos eran algo distintos de los pocos miembros del cartel que había conocido, no tuvo la menor duda que eran esbirros de la organización. Policías no eran.

¿A dónde llevaban a Larissa?... ¿Qué le harán?... ¡Malditos cabrones!...

De pronto, se vio a sí mismo conduciendo el coche a toda velocidad en pos del auto oscuro. Cuando finalmente lo tuvo a la vista, disminuyó la marcha y optó por mantenerse a una prudente distancia mientras los seguía por las intrincadas calles llenas de actividad del centro de la ciudad.

El coche se detuvo frente a un edificio y los vio cuando se dirigían caminando hacia la entrada. El hombre que llevaba a Larissa del brazo parecía estar nervioso o algo parecido, porque lo vio mirar en todas direcciones como si temiera ser visto.

Claudio Maturana, se quedó observándolos desde el coche hasta que entraron al edificio.

En ese instante, pensó que era el hombre más estúpido del mundo. Se preguntó qué diablos estaba haciendo ahí. Se sintió hasta ridículo sentado en el coche como si fuera el héroe que viene al rescate.

Pero, a pesar de sus aprensiones, su vista se quedó fija en los ventanales del edificio de 5 pisos. De pronto, se encendió la luz de un departamento del segundo piso. Un minuto después, empezó a sonar una música estridente y, a través de las cortinas, se podían ver reflejadas unas siluetas que parecían chocar entre sí.

Creyó oír gritos. De pronto, se abrió la cortina y uno de los hombres, a torso desnudo, tomó la empuñadura de la ventana entreabierta, la cerró con fuerza y volvió a correr la cortina.

Claudio Maturana, trémulo, con sus dientes apretados y sus dedos crispados en la empuñadura de la Baretta, trataba de imaginar las razones para que el cartel se hubiera decidido por eliminarlo.

En su mente febril aparecieron muchas: La mercadería malograda, la plata perdida, el laboratorio quemado, la imposibilidad de cumplir con los envíos, lo expuesto que podía quedar el cartel si se llegaba a relacionarlo con el laboratorio incendiado y el colombiano calcinado... Demasiadas cosas.

Pensó, entonces, que su vida no valía nada y que todo estaba perdido.

Larissa, era una de esas pocas "cosas" a las que le tenía cariño de verdad. Era una buena chica y una amante gentil y deliciosa que sabía hacerlo sentir bien.

iMil veces más que el maricón de Helmut! - se dijo enrabiado pegándole un manotazo al volante

Fue, entonces, que tomó una determinación fatal: se decidió a ir por el rescate.

Nunca había sido un hombre de armas, ni osado, ni físico, ni mucho menos un tipo con valor suficiente como para salvar a una princesa de ningún dragón. Pero, esta vez, fue abducido por un sentimiento básicamente inexistente en él durante toda su vida. Una emoción abrasadora que lo impulsó a dar un salto cuántico imposible, un gesto de grandeza impropio del perverso corazón retorcido de un inmoral como él.

Respiró por su nariz todo el aire que pudo conseguir, apretó con fuerza la culata de la Baretta y se lanzó a la gran aventura, al acto quijotesco más heroico que habría de hacer jamás y que, obviamente, le costaría la vida.

Jonathan Melgar y Denis Cienfuegos, se quedaron mirando lo escrito en el papel incrustado detrás de la placa C3 sobre el muro

Lari, perdona, tuve que irme. Si puedes quédate y me esperas. No sé a

qué hora podré volver. Si no, deja cerrado. Un beso

Denis, el más alto de los dos, empujó apenas la puerta del departamento y asomó su cabeza en el interior

iHola!... ¡señor Maturana!... ¡Aló!... Venimos de parte del señor Calderón...

Al no recibir respuesta, el hombre pensó que lo mejor era regresarse e informarle al jefe

Jonathan, creo que mejor nos vamos...

Hola... ¿Puedo ayudarles? - dijo Larissa detrás de ellos agitando el papel con su mano - Esta soy yo - agregó con una sonrisa

Los hombres se dieron vuelta y se la quedaron contemplando, extasiados.

Bueno, chica - exclamó Denis -... una belleza como tú siempre puede ayudar

Ay, qué lindo... ¿Y ese acento tuyo de dónde es?

Somos de Centroamérica... de Costa Rica...

Ay, mijos... qué maravilla de clima tiene Costa Rica. Me encanta. Estuve en San José y en Puntarenas... No la de acá, sino la de allá... Jajaja... ¿Sabes, no?

Ambos, se quedaron mirándola embobados y sin comprender nada. Ella, estaba disfrutando de su confusión

Les explico, acá en Chile, también tenemos una ciudad que se llama Punta Arenas. Pero, la diferencia es que la nuestra se escribe de forma separada... Punta por un lado y Arenas por el otro, y es una de las ciudades más australes del mundo y con un viento y un frío que... ¡ Brrrrrrr!... se los encargo... Jajaja

Los dos rieron con ella, aunque seguían sin entender nada.

Bueno, chicos, parece que nuestro objetivo no está presente. Yo creo que voy a cerrar la puerta y me voy a ir a lo mío... Es todo por hoy... ¿Y ustedes, qué van a hacer?... ¿Quieren dejarle algún recado a Claudio?

Ambos, se miraron entre sí y menearon sus cabezas en señal negativa

No - dijo Denis - tengo instrucciones de dar el recado en persona

Ok, entonces... Si es así... ¿Nos vamos? - dijo Larissa

Jonathan con sus ojos furtivamente clavados en los torneados muslos de la chica, se atrevió a hacer el comentario que lo desencadenó todo

Claro que... la noche recién está comenzando...

Larissa, que era capaz de leer la mente de un hombre en cualquier circunstancia e intuir con claridad absoluta los anhelos de cualquier mirada, esbozó una sonrisa coqueta y le hizo un mohín cómplice...

Ay, sí... la noche joven me llena de energía... - exclamó, pensando también en que una plata extra podría venir en dólares

Pero, chica... aquí tienes un par de buenos acompañantes para una noche divertida...

Ay, me encantaría, pero tengo que ir a ganar dinero...

Los dos hombres cruzaron miradas y Denis tiró el anzuelo con una buena carnada

Chica, aquí con nosotros ganarías el doble... Jajaja...

Chicos, una fiesta de mil dólares... puede durar hasta mañana...

Jonathan, sacó del interior de su chaqueta un grueso fajo de billetes, de los que separó diez de US\$100 dólares cada uno

Amor libre, entonces – dijo con una sonrisa divertida que Larissa interpretó como el gesto de alguien con el cual no se corría peligro. Tomó el dinero y lo puso en su pequeña cartera

Amor libre... con amor, chicos... nada de cosas feas – exclamó con el índice levantado

Amor, amor y más amor – dijo Jonathan y la tomó del brazo con delicadeza – *Somos todo tuyos... Jajaja*

Lo que siguió después, fue la locura y el caos. Claudio Maturana, en estado crepuscular y con la adrenalina derritiendo cualquier razonamiento al interior de su cabeza, irrumpió violentamente en la sala del departamento e inmediatamente pudo constatar que el par de *sicarios* estaban desnudos en medio de un ritual sexual salvaje sobre la mesa del comedor en donde Larissa estaba siendo violada inmisericordemente. Los muy malditos reían descaradamente mientras ella, también desnuda, era forzada a darle sexo oral a uno de los facinerosos, al tiempo que el otro estaba montado sobre su trasero... Cuando apuntó el arma hacia uno de

ellos, alcanzó a observar el rostro de Larissa y no pudo interpretar bajo ningún aspecto el porqué de su rictus de placer o el de sus ojos chispeantes como si de verdad estuviera gozando en vez de estar padeciendo tal brutal agresión. En menos de un segundo, tanto el rictus de gozo como el brillo ardiente en los ojos de Larissa, se transformaron en una mueca de horror y asombro inconmensurables.

Claudio Maturana, ciego de rabia y sin margen para recalcular nada, alcanzó a apretar el gatillo una sola vez antes de recibir los dos tiros que lo mataron instantáneamente.

La bala que salió de la pistola del empresario, se fue a incrustar en el glúteo izquierdo del hombre que estaba montado sobre Larissa.

Jonathan, desnudo y con la 38 aún humeante en su mano derecha, se acercó al cadáver para ver el rostro del muerto

¿Y este hijoeputa quién es?

Larissa, colérica y desencajada, dio un salto desde la mesa y se fue encima del cuerpo inerte del empresario. Espasmos y un torrente de lágrimas incontrolables la hicieron sacudirse entera. Había comprendido todo. O al menos, quería interpretar que su ocasional amigo y cliente vip había llegado hasta ahí con el único afán de rescatarla o quizás de salvarle la vida.

¡Pobrecito, Claudio!... ¿Cómo tan pendejo?... - exclamó mientras las lágrimas corrían libremente por sus mejillas

Pero... ¿Quién es el carepicha este? - preguntó Denis, sosteniendo su calzoncillo sobre el glúteo perforado

¡Me cago!... ¡Es Maturana... Claudio Maturana! - Jonathan tenía el rostro descompuesto *¡La puta que la parió... el jefe nos va a matar!*

Y ni siquiera le diste el recado que tenía que firmarte - exclamó Denis con una puntada de dolor en su trasero

¿Qué recado? - preguntó Larissa arrodillada al lado del muerto

No sé... está adentro del sobre...

¿Y el sobre?

Está en mi chaqueta

Rápidamente, se vistieron y los tres centraron su atención en el sobre. En su interior había una sola hoja que traía escritas algunas palabras que les

resultaron incomprensibles

US\$ 5 M – ok – Obra lab: 5 meses tope – confirme

Braulio Rojas, el teniente de la policía a cargo de la investigación, trató de descifrar la expresión en el asombrado rostro de Pedro Ramírez, cuando, en el living de su casa, le dio la noticia de la muerte de Claudio Maturana

Lo encontraron flotando en el río Mapocho

¡Por Dios!... ¿No estaba desaparecido en el incendio?

No, señor Ramírez. A su socio lo mataron de dos disparos

Se quedó mudo. Su boca entreabierta daba señales a las claras de que estaba atónito y conmovido

¿Cuándo lo vio usted por última vez?

El ingeniero, buscó una silla donde dejarse caer

No sé... no lo recuerdo... Pudo ser... hace varios días... dos días antes del incendio...O algo así... Pero ¿Cómo pudo pasar eso?... Esto es una locura total... mi otro socio también fue asesinado...

Señor Ramírez, va a tener que precisar la última vez que habló o estuvo con él... Necesitamos aclarar si estaba o no en el incendio. Aquí hay varios crímenes y, por lo visto, lo del incendio fue claramente un acto premeditado...Tenemos sospechas de una confabulación entre un grupo de personas para cobrar seguros y también para ocultar evidencias de sustancias ilícitas producidas en su laboratorio...

Pedro Ramírez, estaba lívido. Le temblaba la voz al hablar

Yo, no sé nada de eso. Yo, soy ingeniero y solo hago mi parte técnica de investigación... Claudio Maturana, era quien llevaba el laboratorio y quien lo administraba...Yo, en el laboratorio, nunca hice tratos ni negocios con nadie... Tampoco, Fernando Benavides, mi otro socio asesinado, tenía nada que ver con negocios...

¿Qué sabe del cartel de Costa Rica? - premeditadamente, el agente soltó la pregunta con la intención de ver su reacción

Aunque esperaba una pregunta como esa, tuvo que hacer un esfuerzo supremo para no desmoronarse

Tuve muchos desencuentros con Claudio respecto de eso. Lo mío no es la administración. Por eso, al igual que Fernando, preferimos mantenernos

fuera de cualquier relación con esas personas. Sabíamos de ellos, pero no tengo idea cuál era el nexa que había entre ellos y Claudio...

No me diga... O sea, usted no sabía nada de lo que estaba produciendo el laboratorio... Perdóneme, pero eso no es creíble por ninguna parte...

Se dio cuenta que iba a ser inútil fingir que no sabía nada

Señor, lo único que puedo decirle es que nosotros producíamos química para la agro industria de Costa Rica... Nada más

Para el cartel de Costa Rica... que no es lo mismo, ingeniero

Le repito, para el cartel que usted dice, yo no producía nada. Yo, no manejaba órdenes de compra. Solo recibía formularios de solicitud de componentes... No atiendo clientes...

Sí, ingeniero, ya me dijo eso antes... Pero, no me entra que usted ni su otro socio vivieran aparte de la realidad del laboratorio...

Señor, si tiene pruebas que digan lo contrario... hágame el favor de acusarme formalmente... Estoy agotado... fundido y... asustado. Con mis dos socios asesinados, un reguero de cadáveres aparte y sin ningún culpable encerrado en la cárcel, no puedo pensar en otra cosa que en mi propia muerte...

El policía acusó el golpe

Es justamente por eso que necesitamos el máximo de su cooperación, ingeniero... ¿Qué hay del otro sujeto que estaba a cargo de la seguridad del laboratorio... un tal Alfredo Cifuentes?

Ese hombre no estaba a cargo de nada. Era alguien que recién se integraba al laboratorio y al que Claudio Maturana había contratado para que justamente hiciera un proyecto de seguridad... No creo que haya alcanzado a hacer nada...

¿Y qué sabe de él?

Solo que estaba entusiasmado con hacer su trabajo y que tenía muy buenas intenciones... No tengo idea de dónde puede estar, si eso es lo que me pregunta...

¿Y Edgar Elices, el colombiano... qué sabe de él... además de su muerte en el incendio?

Poco. Solo que era como la mano derecha de Claudio. No era un personaje

que pudiera interesarme. Más bien era alguien a quien rehuir...

¿Y por qué lo dice?

Bueno, el laboratorio estaba conformado por un grupo pequeño de gente. Corría el rumor que aquél era un mal tipo. No sabría decirle, pero no me inspiraba confianza. Otro asunto de Claudio en el que yo no quería meterme...

Bien, señor, gracias por su tiempo. Estamos en una etapa importante de la investigación y puedo requerir hablar con usted en cualquier momento ... ¿Tiene algún problema con eso?

No inspector, no tengo ningún problema con eso... ¿Es eso todo?

Escúcheme, ingeniero... sabemos muy bien o, al menos tenemos alguna certeza, que usted no es parte del complot... Pero, tiene que entender que el objetivo de este interrogatorio tiene que ver con que usted puede, aún sin quererlo, darnos alguna pista, alguna clave respecto de los otros involucrados.

Entiendo, inspector

También le informo que por su seguridad hemos asignado a una patrulla en vigilancia permanente afuera de su casa. Los acontecimientos que involucran a sus socios asesinados nos obligan a tomar todo tipo de precauciones

Cuando el policía abandonó la casa, Pedro Ramírez, reunió a su mujer y a sus tres hijos en la sala. La señora, encendió la vela y todos se arrodillaron a rezar frente a la imagen del dios crucificado colgado en la pared.

El aeropuerto estaba atestado de gente. Desde algún tiempo, y después que se terminó de vacunar a todos los países que acogieron el llamado de la Organización Mundial de la Salud, se había retomado la total normalidad en la circulación libre de personas y también con la apertura del turismo en casi todo el mundo. Había una especie de fiebre por viajar a cualquier parte, y por lo tanto, los aeropuertos eran un verdadero caos. Los aviones iban atestados y el Ministerio de Transportes, junto con la Dirección General de Aeronáutica Civil, se decidió por intervenir en la operación de las aerolíneas para normalizar el desorden que se produjo en los itinerarios de los vuelos.

Alfredo y Helmut, llevaban más de dos horas entre el tumulto de personas en largas filas de pie, sentadas o acostadas en medio de un mar de

maletas, bolsos y mochilas.

Tomados de la mano y, dominados por una ansiedad casi insoportable, tanto uno como el otro, creían ver policías dispuestos a encerrarlos en cada persona que caminaba hacia el lugar donde estaban, y solo cuando los veían pasar de largo, volvían a recuperar el aliento.

De pronto. Apareció una asistente de la línea aérea que se puso delante de la larga fila

¡Atención, por favor!... los pasajeros del vuelo 628 en tránsito a Lima, Perú, y con destino a Roatán, Honduras, que nombraré a continuación, se pondrán en una fila aquí...

Gonzalo James Alemparte Rodríguez

Mario Andrés Jorquera Benítez

Lucía Sofía Domínguez Canto

Macarena Alicia do Santos Pereira

Rosa del Carmen Soto Boneris

Helmut...

¡Aquí! - gritó Helmut

¿Berger Schule?

¡Sí!...Soy yo...

Póngase en la fila, joven

Es que venimos juntos – exclamó sin soltar la mano de Alfredo

La mujer se acercó hasta donde estaban y miró a Alfredo que trató de poner el rostro más sereno que pudo

Deme su nombre completo, por favor

Claudio Alfredo Cifuentes Galordes

La asistente, revisó la lista

Permítame su pasaje y su pasaporte

Alfredo sintió el apretón de la mano de Helmut.

Tras recibir los documentos, la mujer sacó un radio transmisor de su bolsillo

Hola, tengo un embarque vuelo 628, Claudio Alfredo Cifuentes Galordes...

Se secaron el sudor en sus pantalones y volvieron a tomarse de las manos

Tengan paciencia, están revisando la lista de pasajeros... Esperen aquí...

La agente, se fue nuevamente al frente de la fila

Bernardo Andrés Carrillo Mancilla

Lucía Rebeca Miramontes Saldaña

Claudia Isabel Farías Sotomayor y

... Francisca Lucía Donoso Gutiérrez...

De pronto, llega raudo a su lado otro oficial de la línea aérea que le entrega un papel. La mujer lo lee y después, ambos agentes se encaminan directamente hacia Alfredo, quien, aun fingiendo lo mejor que puede, presiente que todo se ha terminado

Claudio Alfredo Cifuentes Galordes... - repite la agente extendiendo su brazo hacia él - tome sus documentos...Vamos a embarcar

En ese instante, había dos corazones que parecían estar a punto de explotar

Doña Rebeca, tuvo que pasar varios días de angustia, temor, cansancio, insomnio y otras aflicciones, tras los largos interrogatorios y la entrada y salida, a todas horas del día, de decenas de agentes y otro montón de personas y periodistas que la acosaban con todo tipo de interrogantes y especulaciones.

Solo Macarena, al otro lado del teléfono, era su fortaleza, su muro de contención, el salvavidas de donde aferrarse. Gracias a sus directrices y a la firmeza y determinación conque la guiaba para que no fuera a equivocarse o a contradecirse frente a la policía, doña Rebeca podía sostener la entereza y no desplomarse.

Aquella tarde y mientras estaban en la sala de su casa, Rebeca presintió

que aquel agente de la policía tenía algo importante que comunicarle.

Tome asiento, señora Rebeca – dijo el agente abriendo un portafolio sobre la mesa de centro – De seguro esto le va a parecer impresionante. Le leo un resumen acotado de las conclusiones de un informe que tiene 126 páginas... Dice aquí que su marido Fernando Augusto Benavides Mujica, se coludió con el señor Otto Bazturk Fernández para provocar el incendio del laboratorio de propiedad de los señores Benavides, Maturana y Ramírez, con el fin de cobrar el seguro...

El policía, levantó la vista para ver la reacción de la mujer, quién, con sus manos en la boca y una expresión de incredulidad parecía estar sumida en un asombro indescriptible

Es así, señora, lamento tener que decírselo... - hizo una pausa a la espera que la dama se repusiera de la conmoción – Por otra parte...

Doña Rebeca, oía el informe casi sin escucharlo, mientras sentía que ella estaba en algún paraíso donde las olas del mar eran las aguas calmas y transparentes que subían y bajaban acompasadamente por las blancas arenas de una playa en alguna isla del Caribe. De pronto, sintió que su corazón palpitaba de emoción y que una contracción le hacía un nudo en su garganta. Las lágrimas brotaron de sus ojos al tiempo que una sensación de dicha arrebatadora le hizo sacudirse en sollozos.

El agente, se sintió tocado por lo que calculó del sufrimiento y la angustia de aquella mujer.

Cálmese, señora...Ya pasó todo... Lamento lo de su marido... Pero, usted tiene mucha vida por delante...

Cuando doña Rebeca levantó su vista para mirarlo, el policía no se sorprendió de lo que pudo percibir en esa mirada

Es que el dolor y el sufrimiento – se dijo - son dos cosas que pueden llevar a una persona a llorar, pero también a parecer que se estuviera riendo al mismo tiempo.

El vuelo 628 aterrizó en la ciudad de San Pedro Sula, en Honduras, y se pudo ver en los pasillos del aeropuerto a dos hombres correr como niños, abrazarse y besarse sin ningún pudor. Algunos que los veían hacer, sonreían con simpatía y otros ponían caras de desaprobación.

Cuando abordaron el pequeño avión que los llevaría a Roatán en un vuelo de 45 minutos, Alfredo y Helmut se toparon con la mirada cómplice de una mujer instalada en el asiento contiguo al otro lado del pasillo.

Los felicito – dijo con una amplia sonrisa de dientes grandes, albos y perfectamente alineados – *Hacen una linda pareja...*

Alfredo y Helmut le sonrieron de vuelta regocijados. Tenían sus ojos brillantes y parecían no tener aire suficiente para llenar las ansias que los dominaban. Estaban emocionados

Qué lindo es verlos así – agregó la mujer - *¿Ustedes son chilenos, verdad?*

Ambos asintieron con sus cabezas

Nosotras también – dijo la mujer alegremente, al tiempo que se echó hacia adelante para dejarles ver a su compañera de asiento – *Ella es mi pareja, su nombre es Rebeca... y yo soy Macarena.*

Rebeca, asomó su cabeza entre el respaldo del asiento y la espalda de su acompañante

Hola, mucho gusto – sus ojos parecían reír más que su boca – *nosotras también estamos en la gloria*

Los cuatro rieron al unísono.

...